

Alfonso Grosso

LA ZANJA



Biblioteca Libre

OMEGALFA

2018

Ω

Título original: *La zanja*

Alfonso Grosso, marzo de 1961

*Para mi hermano,
muerto en verano
frente al Guadarrama*

*Tu voz, de valle en valle y peña en peña,
de tu cólera espejo contrahecho,
incita a tus iguales a verdugo,
para sacar de todo —¿qué provecho?—
más trabajo, más bueyes y más yugos.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Tosió por dos veces, débilmente, con una tosecilla seca. Luego, escupió. El salivazo cruzó el caballo de frisa y fue a estrellarse sobre el montón de arena que impide el tránsito rodado por la calzada en obra. Para desenganchar el farolillo rojo tuvo que empujarse. Lo alcanzó difícilmente, de puntillas sobre las alpargatas de suela de cáñamo. No le fue necesario apagarlo. La llama se había consumido ya sola por falta de aceite. Sin embargo, levantó el cerrojo, hurgó en el pabilo y volcó la cazoletilla de latón. Hizo con la cintura un quiebro inútil para aminorar el dolor desgarrado de los bronquios. Por el vértice de los hombros le corría la cosquilla suave del amanecer, la agridulce cosquilla tísica.

El silbo del tren mensajero, que serpentea a primera hora la servidumbre de los Alcores, llegó resoplando la cuesta arriba jadeante, con el mismo ritmo cansino de su corazón. Respiró hondo con miedo, como si el aire al entrar en sus pulmones le fuera a quebrar una vértebra. Se sentó después al borde de la cuneta de la carretera y colocó una mano sobre la mejilla; se limpió los dedos de la otra en los perniles de los pantalones, cortó luego un tallo fresco de hierba y lo mordió, castañeteando los dientes. El silbo del tren llaneaba ya la planicie entre los olivares. Su corazón y el corazón de la locomotora bombeaban la sangre y el agua a un ritmo más suave y preciso. Cuando la máquina dejó de silbar llegó

el traqueteo de los vagones sobre la vía férrea. Los penachos de humo subían lentos por detrás de las casas encaladas de las afueras del pueblo. Contempló un instante las nubéculas blancas, que se desparramaban deshechas por la labrantía, e hizo palanca con las manos sobre los muslos para incorporarse.

Todos los días, después de descolgar el último farol, el de Valdehigueras, espera a los braceros que cruzan el pueblo, para, por la Barranca del Maestro-escuela, que les acorta en un cuarto de legua la andadura, bajar a las cortijadas. Y, casi todos, pegado a la jamba de la taberna de Florencio, encuentra a alguien que le invita a una caña de aguardiente y le alivia el repeluco con un golpe animoso sobre el costillar.

Vuelve a toser y la tos se le encabrita en la garganta y se le quiebra en galladas sanguinolentas. Blandamente, las suelas de sus alpargatas apagan el inverosímil murmullo de las pisadas borra-chas de su cansancio, mientras camina lentamente hacia el pueblo.

Hasta que no llega a la taberna de Florencio no advierte su retraso de casi media hora. Los braceros han cumplido ya su rito mañanero. Florencio, en mangas de camisa, aprieta sobre los platillos de hojalata el café recién molido y la zurrapa de la vispera, seca al sol y aliviada de achicoria. Las maquinillas, alineadas sobre el mostrador, cabrillean bajo la luz amarilla y sucia de las bombillas empolvadas. Florencio levanta las manos interrogantes y limpia luego la barra con un paño húmedo. Tamborilea después con los dedos sobre la madera y, resignado, llena de aguardiente una copa de cristal.

De nuevo tose. Le llega a la boca el regusto agridulce y sanguinolento del esputo. Con mal pulso echa al colete el copetín que Florencio le ha puesto delante. Luego pasa la lengua por el perfil descolorido de los labios, y, convulso, se apoya en la barra.

—¿Qué...? —pregunta Florencio.

No contesta. Saca un billete mugriento y hace ademán de pagar. Florencio rechaza:

—Da igual, hombre, déjalo. Por un día quien lo va a saber. Hoy soy yo el que te invita.

—Tú tienes en esto tu comer —dice sin convicción. Y enseguida, con reticencia—: Ya me has invitado muchas veces...

—Es lo mismo, te digo. No vamos a salir de pobres ni por una ni por mil copas que no pagues.

La peseta vuelve a ocupar su sitio en el bolsillo de la pretina del pantalón.

—Lo que es hoy se te fue el santo al cielo —prosigue Florencio—. Se te quedaron dormidas las cabras en el corral.

—Como tengo cogida la hora y me fio de la luz...

—Si tuvieras que levantarte como yo todo el año a las cinco ya verías lo que es bueno.

—Señal que tendría también una tasca. Que lo que es cuando terminen con el pavimento y con la conducción de agua y quiten los frisones y no haya que alimentar ya más farolillos... el pico al viento. Eso es lo que tendré que poner. O darme un chocazo contra cualquier esquina y acabar cuanto antes.

—A ti lo que te convenía es un sanatorio. Ver la forma de que te buscaras un sanatorio y terminaras de curarte de una vez. Vas a estar dando tumbo para arriba y para abajo toda la vida. Cuando no tengas remedio es cuando vendrán los ayes.

—A mí lo que me conviene es morir, Flore. Morirme de una vez.

—No tengas pena, que no te vas a quedar aquí. No tengas pena, que tarde o temprano has de mascar tierra como cada quisque. Pero que no tienes tú edad todavía para irte tan pronto para el otro barrio y estar pudriéndote bajo las malvas. Se patea lo que haya que patear. Se busca una influencia; alguien que pueda hacer algo. Pasa también que tú eres un orgulloso. A la gente lo que hay que darle es una de cal y otra de arena. Hacer el quite ¿comprendes? Una cara aquí y otra allí y a vivir, que son dos días. Nada de remilgos cuando se lleva como tú plomo en las alas. Nada de hacer feos ni de sentirse melindroso. Sabes que si le fueras al alcalde con la pena y te trabajaras la lástima, otro gallo te cantaría. Pasa que en este mundo hay que saber estar bien con la gente. Y tú, perdona, eres un poquito esquinao, en el buen sentido de la palabra se entiende, y no sabes darle a cada toro la lidia que ne-

cesita —se empuja por encima del mostrador y le da una topada cariñosa sobre la espalda—. ¡Que hay que saber vivir! ¡Que es menester que vayas aprendiendo a conducirte por este valle de lágrimas! ¡Que ya es hora!

La luz nueva lancea las pequeñas bombillas, las desdibuja sobre el techo. Florencio se desprende del mandil, da la vuelta al mostrador y se asoma a la puerta de la taberna para echar un vistazo a uno y otro lado de la calle.

—Y oye otra cosa que te voy a decir —continúa ya de vuelta hablando como a escondidas, vagamente, como queriéndole quitar importancia a la confidencia que no puede reprimir más tiempo—: Que no te fíes de Antonio el de Cristóbal, que ayer hablando con el contratista, aquí mismo donde tú estás ahora —señala el trozo de mostrador donde Carlos está apoyado— se dejó caer con que te pasas las horas durmiendo y dejas los faroles sin cuidar, sin alimentarlos de aceite. Que si se entera quien dijimos te la buscas y te pone de patitas en la calle; te da el boleto rápido. Ahí como lo ves, Antonio el de Cristóbal, tiene siete gatos en la barriga.

—Se te agradece, Flore —le sube de nuevo un repelucos por la espalda que le estremece los hombros—. Se te agradece —repite lentamente—. Ahora que yo te digo que Antonio el de Cristóbal no ha tenido lo que tienen que tener los hombres para decir eso. No ha tenido lo que hay que tener para decir una cosa así. Eso por un lado, que por otro, Antonio el de Cristóbal, se ha criado conmigo y hemos jugado juntos de chicos. Lo que pasa es que no oíste bien. No debo creer que oíste bien, Flore.

Florencio levanta los hombros y deja en suspenso en el aire la mano izquierda.

—Tú sabrás —dice—. Tú sabrás a quién es preferible creer. Con el corazón sano he querido decirte las cosas como son para prevenirte y ponerte en aviso. Te aprecio y me da grima verte como te veo vendido por unos y por otros.

—Eso es cosa mía, Flore. Cada cual vive la vida como le viene en ganas.

—Tú sabes que soy el primero en admirarte. Que lo cortés no quita lo valiente. Dichoso tú que tienes esa manera de pensar y que,

rabiando, mordiendo, todavía puedes permitirte, porque hoy por hoy, después de todo, lo que tienes que dar todos los días es gracias a Dios. Mientras tu madre siga echando medios días de lavado no hay novedad. Hasta que se acaben los calores y haya veraneantes no os faltará a ninguno de los dos un pedazo de pan que llevaros a la boca, aunque a ti te pongan en la calle. Mucho trabajo es para ella, la pobre; no te creas que no me da pena verla todo el día para arriba y para abajo de la Colonia a tu casa y de tu casa a la Colonia con la canasta de ropa hasta los bordes —limpia bajo el grifo los vasos de cristal y los va luego colocando junto a los platillos de hojalata rebosantes de café molido—. Sabes que si me permito darte un consejo es porque siempre aprecié a tu familia y serví al rey en la Cartuja con tu tío Julián.

Deja a Florencio con la palabra en la boca, porque cuando Florencio levanta los ojos de la pileta de cinc lo ve ya cruzar la calle y agitar una mano para despedirse al llegar a la esquina.

—Estos chavales —dice Florencio—. Estos chavales de ahora que parece que se van a comer el mundo. Por mí ya puedes reventar cualquier día. Ya podéis reventar todos juntos.

Al llegar al Cerrete de la Cruz, engurruña los ojos frente al brochazo insultante del caserío encalado. La calle se le resbala ahora mientras camina cuesta abajo. La dinamita del granel de «Machaco» aprieta sobre la vejiga y le produce ganas de orinar. La niebla blanquecina del amanecer se deshace lentamente dejando al descubierto los barracones del tiro al blanco, los tiouvivos, las voladoras, las casetas listadas de almagra y añil de los titiriteros acampados sobre el prado común, a la izquierda; y a la derecha la larga calle bien pavimentada de la Colonia veraniega —que es una prolongación de la carretera general o la carretera misma— sombreada de acacias, con sus automóviles multicolores, aparcados entre la arboleda y la cuneta, y sus altos setos de pitósporos.

Queda parado un momento y parece orientarse. Mira a un lado y otro y, por fin, continúa en línea recta hacia la camioneta roja que Chico Mingo calza con un tarugo de madera al fondo de la calle.

Chico Mingo le ve llegar y se queda inmóvil, en mitad de la calzada, después de echarle un vistazo a las ruedas traseras, con las

dos manos apoyadas sobre el mango de la pala que acaba de sacar de bajo el asiento de la cabina.

Los faroles tintinean sobre el aro de metal que los sujeta. Cuando llega a la altura de Chico Mingo deja el aro en el suelo. Chico Mingo pregunta:

—¿Qué, ya estamos de vuelta?

Carlos hace un ademán torpe y levanta los hombros.

—También que la vida que tú te pegas es para no vivir mucho — dice Chico Mingo—. Es malo eso de no pegar un ojo en toda la noche.

—Siempre será mejor que estar en la zanja.

Chico Mingo saca un paquete de picadura y un librito de papel de fumar del bolsillo de su mono de peto. En el momento en que va a ofrecérselo se arrepiente:

—Ya no me acordaba de que ni fumas ni bebes.

—No, no fumo. A veces, un pitillo liado.

—Ni eso siquiera deberías fumar. No es nada lo del ojo. Dinero que te ahorras; que de algo te tenías que beneficiar con la enfermedad. Ya quisiera yo, ya, tener un pretexto como el tuyo; que ganas no me faltan de dejar el tabaco.

—Un poco de voluntad es lo que tienes que echarle.

—Para otras cosas la quisiera yo y no la tengo, cuanto más para echar humo. Para no quedarme dormido como me quedo en el volante. Otra cosa de las que te envidio. ¿Ves el camión como lo tengo hasta los topes de arena? Pues debía haberlo descargado anoche. Volví con él de la ribera no sería la una; aún no había terminado siquiera la segunda sesión de cine. ¿Sabes lo que hice? Que en vez de haberlo descargado como me correspondía y haberme quedado libre hoy por la mañana para otro porte, me eché a dormir. Una hora larga voy a tardar en descargarlo y un acarreo que me pierdo; pero no me importa. No hay nada como el sueño. Cuando me compre el basculante será otro cantar y no me veré obligado a estar dale que te dale con la pala; pero mientras, ¡qué remedio! —Baja el tono de la voz y enciende el cigarro—.

Claro que tú, aquí entre nosotros, eso de que estás toda la noche en vela vamos a dejarlo.

—Doy las tres vueltas que tengo que dar: una a las doce, otra a las tres, y la última para recogerlos en cuanto amanece. Pon hora y media para cada ronda y ya tienes la noche completa sin pegar un ojo.

—Un procedimiento muy antiguo y muy pasado de moda ése de poner en los frisones un farolete de aceite, habiendo como hay electricidad y linternas de pila, porque ¿quién quita que de noche venga una bocanada de aire y entre por una rendija y apague el farol y el que llegue por la carretera y no vea la luz se estrelle? Poco me faltó a mí para que otro tanto me sucediera volviendo la otra noche de la ribera; que si no me tragué la valla fue de puro milagro, porque más o menos sé dónde está. Si es un forastero que no conoce el terreno se espachurra como las mariposas en el radiador. Claro que nadie puede evitar que una racha de viento puñetero apague la alcuza. ¿Verdad, Carlitos?

—Tampoco puedo estar yo en todas partes y a todas horas. No es mía la culpa. Si un farol se apaga, al llegar la próxima ronda se vuelve a encender.

—¿Y mientras? Si alguien se estrella, que se estrelle contra un frisan —sube a la batea de la camioneta después de abrir los portales y comienza a empujar la arena por los bordes de la caja para dejarla caer sobre la calzada—. ¡Carlitos, que nos conocemos! ¡Que no han sido una sola noche ni dos, ni siquiera cinco...! Que desde que se inauguraron las obras estoy volviendo de madrugada de la ribera y ni una sola noche estaban los faroles encendidos. Que ni les das una vuelta, ni les echa aceite. Que el día menos pensado vas a tener un disgusto gordo. Te lo digo porque, al fin y al cabo, ni me va ni me viene, ni me voy a ir con el cuento. Sabes bien que no soy de los que me voy con el cuento. Ahora que de eso a decirte que soy el único que de noche echa de menos la luz, tampoco. Ahora no es ya como hace unos años; que, aunque los frisones no estén en la general, hasta las de tercer orden tienen tráfico. Todo eso sin dejar yo de comprender que tú no estás para resistir en vela toda la noche, ni mucho menos. Estás para sopita y

buen vino y para cuidarte. Pero ¡imagínate que un loco americano de esos vuelve de noche borracho, cosa que no tendría nada de particular porque lo raro es que estén alguna vez serenos, y se te pega el tortazo! No iba a ser a mí al que metieran en la cárcel.

—No tengo yo la culpa que el viento apague los faroles —sonríe—. Al viento no creo que puedan meterlo a la sombra.

La arena que va arrojando Chico Mingo forma ya un montón sobre la calzada, junto a las zanjas abiertas donde antes de una hora empezarán a trabajar los hombres. El acero de la pala brilla húmedo y terso como un espejo. En una ventana una mujer riega los tiestos de flores. El agua y el barro salpican el blanco lechoso del muro.

—Tú juega, juega y verás —dice Chico Mingo—. Una cosa sí que podías hacer, si es que a ti ya no se te ha ocurrido, y que te salvaría de complicaciones caso de que hubiera novedad, que Dios no lo quiera.

Carlos permanece junto al camión, con el aro de los faroles que ha vuelto a tomar del suelo, y con una media sonrisa que le asoma tímida por la lividez de los labios y se le abre en ángulos bajo las orejas y le llega al extremo mismo de los ojos.

—Que no sé si ya lo harás —prosigue Chico Mingo— porque tú no tienes ni un pelo de tonto, y ése sí que sería un buen procedimiento para que nadie pudiera nunca decir que has abandonado la guardería. Y bien fácil que es; todo consiste en que dejes las alcucillas siempre llenos de aceite y prendas la mecha y la vuelvas tú mismo a apagar. Siempre se le podría echar así la culpa al viento. Así sí que no te cogías los dedos, no faltando el combustible en el mariposero. Nadie podía decir que no la habías vuelto a llenar a su hora. ¿Qué te parece la idea?

Carlos no contesta. Continúa sonriendo con los ojos puestos en las hilas de agua que resbalan hasta el muro desde la ventana.

—Buen lagarto estás hecho —prosigue Chico Mingo—. Qué pocas cosas habrá que se te hayan pasado a ti por alto y que tú no sepas. Si desconfías te diré que eso que te fue dicho del aceite es lo que hacía mi padre antes de la guerra, cuando estaba trabajando en Obras Públicas. Era también guarda nocturno. Pregúntale si no lo

crees al padre de tu primo Toto que estaba con él de ayudante. Pregúntale y verás cómo la que te digo es la fija. Claro que entonces eran otros tiempos.

Carlos echa a andar sin contestarle y sin dejar de sonreír mientras baja la calle. Chico Mingo se encoge de hombros y se pone a silbar mientras va rebañando de arena la batea de la camioneta.

Con un carnero abierto en canal, terciado sobre el serón de un burrillo enano, el carnicero silba también en la cuesta arriba. Cuando se cruza con Carlos hace un gesto con la cabeza que Carlos no contesta. Una mujer barre con una escoba de palma la delantera del portal al final de la calle. Carlos pasa a su lado y le da una palmada sobre el trasero. La mujer sonríe sin dejar de barrer. Más adelante se cruza con tres hombres que vuelven de haber pasado la noche guardando una viña o un melonar. Uno de ellos lleva terciada la escopeta sobre la espalda. Los otros caminan arrastrando por el suelo un largo chuzo con una punta de hierro.

La campana de la iglesia da el último toque de la misa de alba, y la brisa despeina en la campiña, al fondo de la calle, la roja panocha de los maíces híbridos en medio de las hazas cenicientas de los olivares.

Al dejar resbalar las manos por la baranda de la galería, las manos se le mojan. Se da cuenta que sobre ellas ha quedado polvillo húmedo y pastoso de orín; igual que si fuera invierno y estuviera asomada al balcón de su casa en la ciudad un día de lluvia.

Se ha levantado temprano porque es un día señalado. No hubiera podido permanecer más tiempo acostada. Todo a su alrededor es, sin embargo, como otro día cualquiera. Su marido ha salido para la ciudad a la hora de siempre. Como un leve susurro presintió su adiós en la duermevela de su amanecida, cuando parecía que, por fin, tras su noche insomne, iba a rendir al sueño.

La camioneta de Chico Mingo enfila la carretera y entra renqueando en la zona arbolada de la Colonia, pero ella no la ve siquiera pasar. Sigue apoyada sobre la baranda. La camioneta cruza por delante de la verja de la casa, carretera adelante, camino del transformador eléctrico.

La niebla sigue todavía pegada a los parterres, a la grama. Frente a ella, al otro lado de la calle, *mistress* Humprey cuida su jardín. Con el rastrillo asienta los montoncitos de arena que se levantan al borde de los arriates. No puede remediar sentir una solapada antipatía por Mrs. Humprey. No sabe decirse por qué. A veces, piensa que quizá por el equilibrio de su vientre y de sus caderas bajo el pantalón de sarga azul, por la flexibilidad de sus movimientos, por la forma leve y pequeña de su busto, por su andar elástico, por el timbre pastoso de su voz. También para Mrs. Humprey es un día como otro cualquiera; lo mismo que para Mrs. Linda Cheehw, su vecina más próxima, y para todos los otros habitantes de la Colonia, a muchos de los cuales no conoce ni siquiera de vista. Para todos los hombres y todas las mujeres del pueblo: para los peones agrícolas, para las muchachas que escardan la cizaña en el olivar, para los obreros que parten bajo el sol, con el mazo de hierro, la dura piedra gris en las regolas de las calles, es un día más solamente.

No hace el calor asfixiante de otros años. Por la tarde se levanta enseguida la brisa. Le resulta agradable pensar que, a la falta de distracciones de un veraneo lejos del mar, no se une la mandanga caliginosa de otros años. Y todo por culpa de Andrés, de su hijo. Sin embargo, da gracias al cielo, a todas horas y en voz alta, de que no se trate de nada realmente serio, de que haya sido sólo el estirón de los diecisiete, de que la destemplanza y el mal color hayan casi desaparecido antes de finalizar la tercera quincena de reposo. No puede quejarse de la casa —con las manos sobre la baranda contempla ahora los metros cuadrados de su extensión, en los que parecía no haber caído—. Ha sido arrendada para la temporada y ocupa el centro mismo de la calle, el epicentro de la barriada residencial.

Desde la galería ve a su hija Lisi sobre la bicicleta, al aire los muslos prietos, tostados por el sol, cruzar el sendero enarenado, abrir la verja de hierro y salir luego a la carretera casi azulada, húmeda aún de rocío nocturno.

Es temprano; pero Lisi cree que llegará tarde. A derecha e izquierda de la carretera, los pájaros revolotean sobre los jardines, patinan sobre las acacias, sobre los plátanos de India.

Andrés no se ha levantado todavía. Para él no hay excursión. Su hermana y los amigos de su hermana le son indiferentes. Si no estuviera obligado a reposar, saldría a pasear solo. Solo deambularía por los secos barbechos blancos, por la tierra árida, quemada por el sol. El timbre de la bicicleta de Lisi, al pasar bajo su ventana, le ha despertado definitivamente. Se sienta en la cama y se distrae viendo cruzar los pájaros, mientras Lisi se pierde en la cinta brillante del asfalto, calle arriba.

Muy temprano oyó a su padre. Escuchó la bocina del automóvil bajo la arcada del garaje. A la misma hora lo oye cada día y continúa durmiendo. Poco antes de las siete lo despiertan para la primera toma de alimento, para el primer vaso de leche. Se lo sirve Mari, la doméstica, tan joven como él; pero maciza, fuerte, rubicunda. No tiene apetito, pero desea que Mari entre ya en su cuarto con la

bandeja del desayuno. Se impacienta y mira su reloj de pulsera colocado sobre el cristal de la mesilla de noche.

Mari entra por fin con la bandeja del desayuno y se sienta a los pies de la cama:

—¿Te lo comerás todo, no?

— ...

—Te lo tienes que comer todo.

—Sí.

—Estás débil. Estás flacucho. Estás hecho un pajarito.

—No te metas. Te tiene sin cuidado que coma o deje de comer.

—Anda —dice Mari— haz un esfuerzo. Si fuera tu hermana habría acabado ya con todo.

Cuando Mari sale del cuarto toma la bandeja y la coloca sobre la mesilla de noche. Vuelve a tenderse sobre la cama y entorna los ojos.

Lisi pedalea ya rítmicamente. A Lisi le hace ilusión la jira campes-tre. En ella tendrá ocasión de conocer a Momi, de la que tanto ha oído hablar.

Los guijarros minúsculos de la orilla del asfalto se disparan obli-cuos bajo las llantas de aluminio. Comienza a silbar débilmente. Le cuesta hacerlo mientras pedalea a prisa, con el desayuno aún casi en la boca, con el regusto en el paladar de las galletas, la mermelada y la mantequilla. Intenta imaginarse a Momi y va uniendo perfiles conocidos con peinados conocidos y con narici-llas conocidas y con labios carnosos y con pestañas, y va formando una imagen que no llega a cuajar porque se desvanece con cada nuevo pedalazo.

Sin desmontar de la bicicleta, tira del cordón de la campanilla de la casa de Araceli. La casa de Araceli es el punto de reunión de los

excursionistas. Nadie contesta a su llamada. La repite una y otra vez hasta que, por fin, Araceli en pijama se asoma al balcón:

—Pero ¿qué hora es? ¿Te has vuelto loca? —le grita.

No sabe qué contestar. Hace bocina con las manos tras la verja. Grita también:

—Pensé que era tarde, ya ves...

—Espera un momentín que ya le doy al pestillo y bajo.

—¿De verdad que no ha venido nadie?

—¿Quién va a venir, mujer, con la hora que es? —se regincha de la baranda de la balconada con medio cuerpo fuera y da un corto silbido, luego chasca la lengua y hace palillos con los dedos—. Creí que no iba a resultar. Te cae muy bien la marsellesa, Lis. Si llego a saber que entona con la falda me compro también una.

Hace arabescos con el manillar y termina sosteniéndose con una mano sobre un árbol del acerado:

—Hay que arriesgarse —dice—. ¿Te gusta en serio? Con las combinaciones de color hay siempre que arriesgarse. Y con la falda de tergal blanco va aún mejor.

En la verja salta el pestillo automático.

—Pasa —dice Araceli—. Sube y no hagas ruido que está todo el mundo en la cama.

Lisi deja la bicicleta sobre la valla y atraviesa el jardín. Sube de puntillas la escalera. Araceli la espera en el descansillo del primer piso. Se abrazan, se manosean, se pellizcan como si hubieran pasado muchos años sin verse:

—¡Qué barbaridad, qué madrugadora!

—No tenía ni chispa de sueño —miente—. Me levanté porque no tenía ni chispa de sueño.

—Vamos a mi cuarto —dice Araceli—. No hagas ruido.

Camina tras ella por el pasillo encerado. Al llegar al cuarto de Araceli se deja caer sobre la cama deshecha. Le gusta el cuarto de Araceli; el dibujo del papel de las paredes, el tocador forrado de cretona. La casa de Araceli no es una casa arrendada como la de ella. Si no fuera porque a su hermano le dio por toser, hubieran veraneado en la playa, como todos los años, y no se vería obligada a dormir en un cuarto extraño, sin intimidad, alejada de todos sus recuerdos infantiles, de sus muñecos de trapo, de sus gacelas de porcelana de todos los tamaños y sin una ventana frente al mar.

La cama guarda el aroma tibio del cuerpo de Araceli. Restriega la cara por la almohada. Araceli se lava los dientes en el cuarto de baño. Le llega el olor fuerte y penetrante del dentífrico, el murmullo del agua que cae sobre el lavabo. Se incorpora y se deja caer sobre uno de los guarderones. Araceli sale del cuarto de baño con un cepillo de cabeza en la mano. En el espejo de luna ovalada del tocador, mientras mueve las piernas como si aún continuara pedaleando, contempla el jardín invertido, invertida la imagen de Araceli que se cepilla el pelo ante el espejo.

—¿Por fin, cuántos somos? —pregunta.

—Vete a saber. A última hora, por lo menos la mitad cambia de idea.

En la verja suena el campanil. Invertidas, cinco bicicletas aguardan tras el cancel. Salta de la cama, se asoma al balcón y agita las manos.

—Baja un momentín —dice Araceli— y les adviertes que no se me pongan a enredar. En cuanto despertáramos a mi padre agúabamos la función. Ya sabes que con eso del sueño es peor que una marmota. Araceli se asoma al balcón para verla cruzar el jardín; luego regresa al tocador y se pone a hacer visajes con la cara, mientras va ordenándose descuidadamente los cabellos sobre la frente.

El cielo es de un azul leve. Hay unas nubes espectrales, delgadas como filamentos de algodón, que pasean muy despacio por el azul. Sigue recostada sobre la baranda de la galería y sus ojos no están fijos en ningún objeto si no perdidos, ausentes, en la lejanía cenicienta del olivar, que se bifurca al fondo en dos ramales, tras el alternador y las tapias encaladas del cementerio.

De un momento a otro llegará a la Colonia veraniega el ómnibus azul con rayas verticales amarillas que recoge a todos los niños americanos en edad escolar, para llevarlos, como todos los días, al *school-children* de la Base.

Para todo el mundo —hasta para los niños— el largo día de la segunda quincena de julio, es un día más solamente. Lisi volverá de su excursión con la piel más tostada si eso fuera posible y Andrés habrá languidecido unas horas más, cuando anochezca, bajo las moreras y los plátanos de India sobre la *chaise-longue*, en el jardín. O todo habrá entonces terminado para ella, o, por el contrario, se verá obligada a inaugurar una nueva vida.

Sonríe con amargura, con resignación. Es preferible que de una vez suceda lo que tiene que suceder. La esperanza del imponderable se agarra, no obstante, cabalística, preñada de interrogantes, al hilo desmayado de su carraspera cuando abandona la galería, en el momento mismo que un reactor traza con su estela de keroseno una línea platina sobre el cielo.

El sol sube despacio por las laderas de los Alcores. La tierra negra y esponjada de las huertas rebrilla con la luz nueva; con la luz nueva reverbera la tierra calma, que se tornasola de ocres y de azules en los surcos donde la flor blanca del algodón, húmeda de blancura, se despereza.

Al fondo el pueblo asoma a la vertiente sur. Del pueblo, a un tiro de pistola, llega el tintinear de las esquilas de las cabras que salen a pastar a los secos barbechos.

A la puerta de la taberna de Florencio, silenciosos, con los brazos cruzados o dejados caer a lo largo del cuerpo, una hilera de hom-

bres tristes y serios, esperan el chalaneo de lo que caiga, el medio jornal por cuidar un jardín, por descargar una *frigidaire* o unos muebles de improbables rezagados veraneantes, mientras envidian la suerte de los que lograron ser admitidos como peones en las obras de pavimentación y acometida de agua de la calle Real.

El reactor da una vuelta sobre sí mismo y enfila una toma de altura en el imaginario gráfico del azul. En la puerta de la taberna, los hombres siguen sus piruetas con los ojos entreabiertos. Un carro cargado hasta los bordes de cañas de maíz temprano, tirado por dos bueyes parsimoniosos, busca la curva de la calle para tomar la carretera sorteando las regolas abiertas.

Florencio sale a la calle con un gancho de hierro para correr el toldo listado que encapota la terraza de la taberna. Los hombres se apartan para dejarle paso y lo miran dar vueltas y más vueltas al torniquete mientras el toldo va desplegándose. Luego vuelven a mirar hacia el cielo donde el reactor y su estela de keroseno se han ya disipado como un mal sueño. El boyero pica con la punta de su agujijón el lomo de los bueyes que caminan despacio con su carga cimbreante.

Cuando de nuevo regresa a la galería y vuelve a apoyar las manos sobre la baranda, la baranda está ya seca y los dedos resbalan en el polvo dorado de la herrumbre. La carreta cargada de maíz cruza por delante de la verja verde. Una lista de sol se quiebra sobre el rojo de las panochas en lo alto del carro, donde se anudan las cordadas de cáñamo que sujetan la carga.

Está familiarizado con la carretera que, desde la Colonia veraniega serrana, le lleva cada mañana a la ciudad. Conoce cada peralte, cada ensanche, cada una de sus curvas y de sus repechos.

Con la mano derecha sobre el volante, baja despacio, suavemente, la última pendiente de los Alcores, de los collados rojos sembrados de olivos, donde en menos de cinco kilómetros es inútil buscar una linde de separación, ni siquiera una servidumbre de paso; con la mano derecha sobre el volante reluciente, suave al tacto que nada le recuerda a aquellos otros de ebonita de los «Ford» uve, ni los de

madera nudosa de los «tres hermanos comunistas» tomados al enemigo, con los que tantas veces cruzó las cotas buscando las vaguadas desenfiladas, con su carga de vida o de muerte: muertos en la cuesta arriba, muertos de los que cercaban la ciudad —otra ciudad con muchos más miles de almas que la que ahora tiene a sus pies— cuya caída pronosticaba para el día siguiente cada nuevo boletín de guerra y que tardó en rendirse dos años; y vivos, vivos cuesta abajo que reemplazarían a aquellos muertos y morirían también posiblemente.

Se ahorró el sudor, el frío, la fiebre, la trinchera enfangada y abrió los ojos a las posibilidades del transporte por carretera que le convertirían de un «sin oficio ni beneficio» en un «carnet de primera especial». Las ventajas del retorno las aprendió allí, vivaqueando, echando un tercio de baraja a la muerte. En vez de granadas, víveres; en vez de hombres vivos o muertos, víveres. Víveres de la clase que fueran. Víveres que habrían de engullir juntos los vencedores y los vencidos de una ciudad que tarde o temprano tendría el pulso de la paz, los horrores primeros de la paz; sin obuses, sin alarmas, sólo con descargas sobre el paredón, al alba, y apenas que llevarse a la boca.

Aprendió la lección sobre los desmontes, sobre la cochambre de un ejército a punto de licencia, al compás de la armónica de los desocupados, de las canciones tristes del atardecer.

Cambia de velocidad. El paso a nivel está cerrado. Todos los días reniega de él, como renegaba de aquel otro cuando lo cruzaba con su carga de muchachos cantando. La barrera es blanca y roja y separa la campiña, que se apernaca en los alcores, de los suburbios de la ciudad. Una hilera de automóviles espera que la barrera se eleve sobre el balancín y quede suspendida de su tramoya después que el expreso haya cruzado la curva de nivel que limita los olivares.

Enciende el quinto cigarrillo de la jornada. Buen reflejo para desvirgar un paquete de «Chesterfield» —comprado a precio razonable, mensualmente y por cartones, a hurtadillas de la inspección de economato militar americano—. Aprieta el claxon y aspira el hu-

mo de la primera bocanada, como si con ello fuera a acelerar la llegada del ferrocarril. Es necesario esperar, y es difícil porque para nada tiene ya paciencia. La tuvo cuando era necesario de verdad tenerla, cuando su vida era como un montón de ropa que era preciso mantener seca en mitad de una corriente. La tuvo una vez, hace ya muchos años, mientras la carretera volvía a ser zona de bombardeo artillero, agazapado en la cabina del camión militar. Gabriel, con el que se turnaba en el volante, no la tenía ni en la medida mínima indispensable, y por no tenerla fue por los aires una mañana de marzo, una mañana fría, lluviosa, amanecida a propósito para la muerte. Sintió a Gabriel entre tanto muerto como lo rodeaba. Lo lloró por la noche, en la casamata, bien protegido de todos los fuegos artilleros nacidos y por nacer. Lo lloró como hubiera llorado al hermano que no tenía: «Cuando esté puesta la señal, no pases, un pepinazo te hará cisco», le aconsejó una vez más entonces; pero Gabriel no era como él, Gabriel pasaba. Y si en vez de haberse quedado hecho trizas continuara viviendo, no tendría automóvil, ni sería propietario como él de una casa junto al mar y de un negocio de transportes. Gabriel cargaría fardos en el puerto, o haría la ruta del pescado en un «diez mil kilos». Gabriel era pintiparado para un «diez mil kilos». Lo mismo que manejaba aquellas camionetillas rusas o americanas, cogidas al enemigo, manejaría un «diez mil kilos» como si fuera una pluma.

El expreso cruza ya el paso a nivel sin disminuir la marcha. Junto a la barrera levanta un mundo de pedazos de papel, de hojas secas, de arena y de polvo. Rostros apenas presentidos de primera, segunda y tercera clase; rostros que escapan sin haber sido vistos, que huyen como fantasmas tras el espejo sucio de las ventanillas.

La barrera oscila dulcemente y se pone vertical sincronizada a la música de fondo de un timbre eléctrico. Arroja el cigarrillo que se estrella como un proyectil contra la rastrojera de la cuneta y la chamusca. Pulsa el encendido. Con un traquetear de andamiaje, cruza el entablado que pone sordina a los raíles y enfila la calzada. Hace calor. Es verano y huele a verano en el suburbio que se acerca. Huele a agua estancada, a cáscara de melón. Huele a mañana sobresaltada de julio, húmeda de sudor ciudadano, en el arrabal de

la ciudad con sus mujeres de greñas sueltas y sus niños desnudos oxeando como cerdos en el arroyo de las aguas residuales, con sus hombres en huelga involuntaria pegados a los muros de yeso y de lata de las chabolas, con los brazos —siempre los brazos— dejados caer a lo largo del cuerpo y la mirada ausente ya a toda palpación vital.

Conduce ahora más a prisa. Es el primer año que siente preocupación por el peso, una preocupación más que sumar a la de la enfermedad de su hijo; un salto inexplicable desde febrero: de ochenta y cinco a noventa y cuatro; nueve kilos en cinco meses a los cuarenta y seis años con sólo un metro sesenta y siete de estatura.

Prende otro cigarrillo y rectifica la dirección. Es agradable vivir. Es mucho mejor que haber quedado como Gabriel, partido en mil pedazos, al borde de los alcores solitarios —aquellos alcores solitarios, tan idénticos a éstos, del frente de guerra—, cara a un paso a nivel, una mañana de primavera.

Cruza la ciudad a prisa. A una velocidad que no se ha permitido siquiera en la carretera. Cada día es igual su prisa por aparcar en la acera frente a su oficina y ver una vez más sus iniciales entrelazadas al cromo sobre el rectángulo de mármol del dintel, y luego caminar por el *hall* haciendo crujir los zapatos, flexionando los pies hasta darse de cara con el cristal esmerilado de la puerta de su despacho, y llegar hasta la mesa, a espaldas del ventanal que encuadra la perspectiva urbana.

La mesa del despacho con todos sus atributos es una pantomima. Él lo sabe. Es su cabeza la que trabaja; sin embargo, en ocasiones, toma notas sobre un *block* o hace dibujos caprichosos, al azar, en cuanto llega.

En la temporada de verano, durante la que todos sus camiones trabajan en contratas fijas de expediciones agrícolas y abandonan la ruta del pescado, juega a negociante. Apenas riesgos, apenas complicaciones con el personal de ruta. Ninguna determinación mercantil de importancia antes de octubre.

Después de sentarse en el sillón giratorio, tras haberse despojado de su liviana chaqueta de fresco, una absurda cosquilla bajo la tetilla izquierda y una extraña y desconcertante sensación de asfixia que parece no pertenecer siquiera al orden físico —aunque en nada pueda él creer que esté fuera de su biología— y después una aspreza en el paladar, un amargo sabor de boca que le recuerda su primer cigarrillo, que no tuvo que fumar a escondidas, que no significó nunca un misterio porque ninguna prohibición puso jamás barrera a su albedrío. A pesar de lo cual el pitillo le supo mal, quizá por eso precisamente. Le llega ahora aquel mismo regusto agrio que no identifica ni asocia a aquellos días de su niñez. Se desconcierta porque lo cree inaugurado. Le asustan las sensaciones nuevas. A propósito de ellas —en mitad de las conversaciones descarnadas, llenas de lugares comunes, de procacidades, con los amigos, dando golpes bajos sobre las tripas colgonas, temblando bajo la risa alguna papada satisfecha, con los dientes clavados en los cigarrillos con vitola de colección, con las entradas de fútbol o de toros en la mano— sonríe irónicamente, de regreso ya de todos los caminos del sexo.

No se atreve a jugar siquiera con la lapicera. La lapicera descansa paralela a los casilleros verticales de la agencia bancada y se eterniza sobre la raya de puntitos rojos. Cuando intenta cogerla, el leve movimiento atornilla un punto más la espita de los pulmones. Advierte entonces su absoluta desgana por todo movimiento, por toda acción. Es como si se hubiera detenido el tiempo en la punta de su nariz, y estuviera viendo el tiempo allí agazapado, como si se le hubiera escapado por los ojos el humo del cigarrillo y se diera cuenta de que estaba quebrando una ley física.

Pero hace un último esfuerzo y logra dejar caer la mano sobre el timbre de llamada, y el timbre de llamada comienza a sonar al otro lado del tabique.

La secretaria abre la puerta del despacho y bate al aire el abanico de facturas que trae en la mano aprovechando la llamada para pasar a la firma.

En el reloj fosforescente del plinto, muy cerca del techo, son las ocho y media en punto de la mañana. El horario señala el mural abstracto —fusilado de un *Cahiers d'Art*— el minuterero clava su aguja en la moldura de escayola que simula un friso etrusco.

El sol inunda ya el jardín. Al otro lado de la calle Mrs. Humprey, descalza, da una última chupada a un cigarrillo y abre la llave de paso. Luego toma la manga de riego y va dejando caer una lluvia de agua sobre los parterres.

Sigue con la mirada los movimientos de Mrs. Humprey mientras tamborilea con los dedos enjorjados sobre la baranda.

Un perro vagabundo cruza la calle y levanta con el hocico la tapa del cubo de basura colocado junto a la cancela por fuera de la casa.

Sobre la cristalera de la galería, sobre los baldosines rojos, sobre las pérgolas que sujetan el florido ramaje de los jazmines, reverbera, pálidamente rubio, el disco dorado del sol que se eleva lentamente desde el Oriente.

* * *

—Aquel lobito bajó otra vez este año. El del año pasado, el de siempre. No hay más lobo que él. El único que queda en los contornos a cinco leguas a la redonda, don Roque. Una escopeta como la suya y rondarle despacio los caminos y chamuscarle el hocico de una buena perdigonada —dice el secretario del Ayuntamiento.

El Teniente asiente con la cabeza y fuma despacio.

—Llega septiembre —tercia otro de los hombres— y olvida usted que está invitado a echar un buen día de campo con nosotros. Para el mes de difuntos, ya menos hay que contar con usted, y ése sí que sería el buen tiempo: el lobito baja hasta las mismas casas, y no es que haga daño, no; que no habiendo ganado suelto en el pueblo poco puede mercar. Por distracción más bien, don Roque, por darle gusto al dedo. Tomando el apostadero de la garganta, usted sería el que le volara las orejas.

Por el terraplén, frente a la vía férrea, a la derecha de la choza de Rosante —adonde llegan a veces los mozos del lugar para echar un cigarro despacio y quemar el avenate del sexo— bajó el somatén, precedido del Teniente de la Guardia Civil jefe de línea, a la práctica anual de tiro.

Nadie nuevo en el somatén. El Teniente es el mismo de siempre, don Roque Prado, para cinco años —con las más diversas graduaciones— soportando el día de San Alejo o de Santa Adela, sentado sobre el borde de la terronera polvorienta de la vaguada, el tiroteo a discreción de los afiliados del somatén: ocho máuseres checos y doce espingardas italianas; dos calibres distintos y ni un cerrojo limpio ni una sola ánima libre de polvo.

Como todos los años, antes de empezar, el calibreo y el cigarro gibraltareño, en corro, alrededor de la terronera donde el Teniente asienta el trasero verdipardo de su uniforme de campaña mientras escucha y promete la asistencia a la caldereta que nunca tiene lugar, a la cacería otoñal que nunca llega a celebrarse.

—Sin tener hembra —dice otro de los hombres— por la querencia de una perra no deja de llegar el lobito, don Roque, por la querencia. Toscas y hurañas son las alimañas; pero para eso —la mirada del hombre queda fija un instante en la cabaña de chamiza y caña de maíz de Rosarito— ya vale no tener entendimiento. Si aun teniendo mujer, a veces, no puede uno sufrirlo y busca aunque sea una escoba para variar... Que siendo alimañas y no teniendo ni el temor de Dios, ni una hembra siquiera para cumplir... figúrese.

El teniente prosigue fumando despacio sin contestar.

—¿Qué, don Roque? —pregunta ahora Cristino el bodeguero—. ¿Cuándo le vendrá otro ascenso? Aquí sabe que nos alegramos de sus cosas, siempre que el ascenso no sea para un traslado... que ya su miaja de cariño le debe haber cogido a la tierra y a la zona de su demarcación; que no habrá tropezado usted con gente, mejorando a sus familiares, como los medios serranos y los serranos de este lado de la provincia; que sabe que se le aprecia.

Don Roque se incorpora del terrón, tira el cigarrillo de «Jorge Ruso», inicia un bostezo y toca las palmas para llamar a todos los hombres.

—Al lobito, al lobo —dice uno de los recién llegados acercándosele y dándole un golpe sobre la espalda—. Al lobito este año por el mes de difuntos; que ese puñetero no ha muerto y nadie mejor para dejarle seco que usted. Una buena batida y después una buena caldereta para celebrar el cobro de la pieza.

—Vamos a empezar ya —dice el Teniente sin hacerle caso, mientras prepara la aspiración para pronunciar el discurso de todos los años—. Comprueben una vez más —prosigue— la absoluta limpieza del arma que manejan, que prevendrá en caso necesario cualquier contingencia y defenderá —deja resbalar las palabras sílaba tras sílaba— la in-te-gri-dad-ddd, en un momento dado, de los hombres de orden de este pueblo español...

La arenga quiebra el silencio de la mañana limpia. El somatén forma en línea de fuego. El eco de los disparos hace evocar militares hazañas de guerrilla en los somatenes. El Teniente vuelve a sentarse de nuevo al borde de la terronera. Un bostezo se le engancha en la ramita de rastrojera con la que juega el amarillo de los dientes y el rojo sangriento de la lengua. Don Roque escupe luego y confronta su reloj con las campanadas de la torre del pueblo. Se incorpora y sacude con una varilla de fresno sus botos nuevos manchados de polvo, que no se debiera haber calzado —piensa— y que le estropearán el almuerzo en casa de doña Rosa Alcaide, viuda del Cuerpo. Se seca el sudor con el pañuelo. Los somatenes fusilan una y otra vez la barranca. Imagina el patio umbrío y lleno de frescura de la casa de doña Rosa, la palmera alta en mitad del cenador, el loro que lo recibirá olvidando su ascenso con un «Buenos días, señor brigada» que se le clavará en el alma y obligará a rectificar la graduación, entre risas, a doña Rosa o a su hermana: «Buenos días, señor Teniente, se dice, lorito ¿No ves las estrellas?». Pero el loro se obstinará, incapaz de creer en sus méritos para el empleo inmediato superior: «Buenos días, señor brigada. Jesús, José y María. Viva la Guardia Civil».

Botas altas y lorito le fastidiarán la sobremesa, recostado sobre la hamaca de rejilla, hasta que pase a recogerle, al sol puesto, en la motocicleta con sidecar, el cabo de Parque Móvil. Botas altas que le cortarán la digestión; lorito que le sumergirá en sus recuerdos de suboficial, de sargento, de simple guardia con el mosquetón al costado y el caminar tendido a uñas de grillo o de chicharra en la carretera inacabable.

Algunos hombres han dejado de disparar, después de haber quemado los cartuchos reglamentarios, y se acercan otra vez al Teniente:

—Unos copetines de cerveza sí que nos vamos a tomar en cuanto lleguemos al pueblo —dice uno—. De un buen copetín o de los que se tercién no hay quien le libre, don Roque. Es día señalado para que lo tapemos con una buena loncha de jamón curado que no se la salte un galgo. Si para el verdeo se dejara usted caer por el pueblo, sí que lo íbamos a pasar en grande... Un dinero muy curioso se le va a sacar este año a la aceituna. Lo peor son los puñeteros jornales que vamos a tener que pagar, cosa a la que no hay derecho y a la que habría que poner coto como fuera: diez duros por hombre. Menos mal, Teniente, que uno tiene su miajita de picardía y no contrata más que mujeres y zagalones que con medio jornal se avían. ¡Ya ve usted, Teniente, que no son sino treinta aranzadas de olivar! Sólo para el chaval que tengo y que me está estudiando en Madrid necesito de orden de los setenta y cinco billetes verdes cada año. Y es que uno también ha sido joven y se comprende que alguna vez el chicuelo quiera echar una cana al aire, que para eso tiene un padre que está de sol a sol cavilando con las cuentas y viéndole la forma de sacarle el máximo provecho a la hacienda...

Asomada a la puerta de su choza, Rosarito tiende la ropa sobre un ramal de olivo. Luego entra en la choza, acuna a su hijo y le habla con palabras tiernas, pequeñas, diciéndole que no se asuste de los disparos que le han despertado. Le canta:

Ferrocarril, camino llano.

En el vapor se va mi hermano.

Se va mi hermano, se va mi amor,

se va la prenda que adoro yo.

Rosario sale luego de haber dejado dormido al pequeño y sigue lavando la ropa sobre un barreño. Los hombres del somatén miran de tarde en tarde para arriba y contemplan la mancha nacarada de su pierna. Casi todos han pasado con ella una noche antes de que le naciera el hijo; casi todos han cruzado el cañizal y la barbechera —que lleva a la choza desde la curva donde el ferrocarril toma la cuesta abajo de los Alcores— ocultándose entre las sombras como ladrón que va a robar, arrastrándose casi entre la corta retama, después de haber dicho a su mujer que va al casino y en el casino que va a la iglesia y al cura que no puede salir de su casa por sus muchas ocupaciones, para besar los rojos labios de Rosario.

También ella, después de secarse las manos en el delantal, mira hacia la hilera de hombres que dispara sobre la barranca, hacia el tricornio de hule del Teniente que brilla bajo el sol tibio, sueltas las greñas de sus cabellos, con la delantera alta del vestido de percal manchado de leche materna, y canta de nuevo, inconsciente, ingenuamente feliz por ser madre y tener un hijo sea de quien fuere:

*Se va mi hermano, se va mi amor
se va la prenda que adoro yo.*

—Si no para el verdeo ni para la caldereta ni para la batida —dice Cristino el bodeguero al Teniente—, para las fiestas sí que podía echar usted este año unos días con nosotros. Se trae a su mujer y a su hija y se viene a pasar una semana a mi casa, que sabe que siempre está abierta para lo que se le ofrezca. Se trae usted el traje de paisano, nada de uniforme ni de sombrero, y la noche que nos coja de hoja alquilamos un coche y nos vamos por ahí de folklore. Es cosa que me gustaría correr con usted, Teniente, una fiestecita a modo al estilo de la tierra, con un par de buenos cantaores, un guitarrero y alguna damisela de las cuatro letras.

* * *

—Entonces, ¿cuántos cacharros crees tú que fabrican de sol a sol?
—pregunta Antonio el de Cristóbal.

—Puede que quinientos o seiscientos, puede que mil. Yo, como saberlo de fijo... Sólo sé decirte que los coches que salen de la factoría en una jornada no cabrían en cien plazas como las del pueblo una detrás de otra; que no cabrían siquiera en todas las plazas de toros juntas que hay en España, ni en todos los estadios.

—Que si no sabes tú el número diario de coches que salen habiendo estado trabajando allí... —contesta Antonio el de Cristóbal — no sé quién lo va a saber. Es lo mismo, verdad, Toto, que si no supiéramos nosotros los metros de regola que abrimos todos los días. O, como si, cuando tomamos el capachín para el verdeo, no supiéramos el número de fanegas más o menos que se ordeñan un día con otro.

Toto, con la cabeza baja, deja que Antonio y Eugenio discutan la producción diaria de la «Citroën»; pero cansado acaba por terciar dirigiéndose al hijo de Cristóbal el tuerto:

—¿Y qué más le da a él que fabriquen diez coches o que fabriquen mil? A él le ponen la «tela marinera» en las manos todas las semanas y ahorró tres mil pelotes en once meses después de venir maqueado como un señorito, que es lo que interesa.

—Si pregunto es porque me da la gana —dice Antonio—. Y tú no te metas.

—Pasa que eres un curioso que en todo quieres andar huroneando. Eso es lo que pasa.

Eugenio, camisolín rojo de *nylon*, pantalón vaquero, mocasines de becerro con lazos de seda, forro de pasaporte asomando por el bolsillo de pecho, cruzadas las piernas, sentado a la puerta de la taberna de Florencio, de vuelta de París con vacaciones pagadas, tras un año de ausencia, no entiende de estadísticas:

—Lo que yo sé —dice— es el cante mismo que Toto te ha apuntado; que he estado masticando carnegita once meses, un día con otro, y que vengo con quince verdes en la faltriquera.

—Que si tú pudieras echarme una mano para salir de aquí, para irme contigo, para huir de esto, siendo sólo verdad la mitad de lo que dices...

Eugenio fanfarronea sin hacer caso de las palabras de Antonio el de Cristóbal.

—Yo lo que puedo hacer —dice— es invitaros a otra caña de aguardiente. Allá perdí la costumbre de desayunar veneno. Ahora que si vosotros queréis...

—Si pudieras echarme una mano para salir... Nada más una mano... —insiste Antonio.

Toto toca las palmas para que Florencio se acerque a la mesa y vuelva a llenar las copas de aguardiente. Cuando Florencio llega y seca con una rodilla deshilachada la tapa de mármol del velador, le dice:

—Pon dos más que paga el franchute.

Eugenio descruza las piernas y sacude una imaginaria mota de polvo de su pantalón:

—Yo no te prometo nada —dice—. Tú te largas. Lo importante es estar allí. Luego ya veríamos. En la «Citroën», teniendo buenas espaldas y un poco de suerte, caso de que tengas en buen estado la caja de cambio... Todo lo más que te puede pasar es que acabes por aterrizar en Bélgica, en las minas. Y en las minas también se ganan billetes. Es lo que yo pensaba cuando me fui. Porque entré en Francia con el pie derecho, que sino... Billetes, más billetes ganaría en Bélgica, para que veas.

—¡Pero minero! Para minero siempre hay tiempo. Para minero me quedo en mi tierra y me muero de hambre poco a poco y no de un golpe.

—De picapedrero a minero, ya ves. Aquí, de picar piedras es difícil que salgas. Allí, al menos, con lo que ahorras en dos o tres años, tenías para venir y establecerte y poner aunque fuera un puesto de pipas de girasol. Teniendo aquí algo que vender y no pagando contribución no hay quien se muera de hambre. Sería distinto. Estarías por lo menos garantió.

Toto chasca el pulgar y el índice:

—Te imaginas a éste en Bélgica y luego de vuelta poniendo un puesto de pipas en la plaza y es que te mueres de risa. Mira cómo me carcajeo.

La brisa trae el eco de los disparos del somatén.

—¿Es la guerra? —pregunta Eugenio.

—Son los del somatén, ¿es que no te acuerdas?

—Me acuerdo, claro, no me había de acordar. Lo que pasa que creí que eso ya se había acabado. En serio —deja la mirada ausente, como perdida en los tejados de las casas—. Ahora me parece todo nuevo. No puedo creer que haya vivido aquí toda mi vida. Y eso que hace ahora un año que tomé el petate.

El eco de los disparos asusta a las golondrinas posadas sobre el poste de telégrafo que cruza la calle y se pierde campiña arriba. Los alambres se estremecen como las cuerdas de una guitarra. Las golondrinas revuelan la línea de la calle, suben hasta los aleros de los tejados y vuelven a posarse de nuevo en los alambres de cobre.

—¿Qué fue de la Mari, Toto? —pregunta Eugenio.

—¿De qué Mari?

—De qué Mari va a ser, hombre..., de la Mariquita.

—¿De Mariquita la Larga?

—La Larga.

—Sirviendo. ¿Qué quieres que haga?

Las golondrinas vuelven a escapar de los alambres y a sobrevolar la calle. Luego se alejan remontando el vuelo hacia el azul.

Los disparos sacuden las sienes y las espaldas de Eugenio. Sienes de veinticinco años cansadas de novelas del oeste, de tebeos; espaldas uncidas al yugo de la cadena automovilista un sólo año de trabajo, el único, el primero en su vida, tras veinticuatro viviendo de lo que su madre mal podía arrimar y con la queja siempre en los labios: «Que para lo que se gana, macho, doblarla no merece la pena. Prefiero quedarme sin fumar, pero doblarla por una miseria...». Todo hasta que encontró la ocasión de evadirse. Voluntad de no quemar tres mil pesetas que le tocaron en suerte en los cupones iguales que compró de corazonada con la ganancia de media peonada en el molino harinero cargando sacos de cien kilos, y tomar un día el «catalán» camino del norte.

—Suerte que tuvo uno —dice de pronto—. Veinticinco francos al día. Comida *ychambre* en la residencia. Los domingos, un garbeo por París.

—Que si tú pudieras echarme una mano —dice Antonio—. Que si tú pudieras ayudarme a salir también de aquí, a huir de esto.

—Pero, si está sirviendo, se podrá saber al menos dónde está ¿no, Toto?

—¿Quién?

—La Mariquita.

—Voy ahora al currelo —dice Toto—. Ya te diré. Cuando dé de manos hablaremos. Y que se pongáis de acuerdo. A ver si te lo llevas y deja de llorar.

—También yo me tengo que ir ya —dice Antonio—. También yo. Me has de perdonar, Eugénín, pero no hay más remedio.

Eugenio queda solo, con los codos apoyados en el velador, con la mirada perdida en la línea de la calle Real, hasta donde han regre-

sado las golondrinas que vuelven a sobrevolar el asfalto a dos palmos del suelo.

En la botella de Coca-Cola vacía cae una lista de sol. La pone boca abajo y le acaricia el gollete. Luego apura el poso de color marrón que ha quedado en el fondo del vaso y escupe.

Toto y Antonio el de Cristóbal, cada cual por su lado, caminan lentos y cansinos hacia el tajo de las regolas. A Toto le ha tocado en suerte el tajo de la calle Real, porque Eugenio le ve volver sobre sus pasos y empezar a picar sobre el asfalto gris al fondo de la calle.

Toto clava la piocha en la zanja. De la piocha saltan chispas azules y rojas. A veces, en vez de hundirse blandamente, se engancha en la zahorra del firme. Es difícil mantener la regularidad de las cavadas porque el firme se resquebraja con los golpes y la línea ideal tirada a cordel, bajo la que ha de enterrarse la conducción de agua, se vertebraba en secciones como una cinta métrica plegable mal estirada.

El maestro de obra, con la gorra albañilera sobre la nuca, da instrucciones a los hombres de su cuadrilla para evitar el estropicio; ambiguas recomendaciones técnicas que de nada sirven.

La luz reverbera sobre los paredones encalados a uno y otro lado de la calle. En la zanja huele fuerte a orín y a sudor. Con la mirada en la punta de su herramienta sueña Toto la francesa lejanía de Eugenio que ha regresado con la querencia de la Mariquita en la bragueta y en los ojos. Los lazos que a él le unen con Mariquita no acaban de estrecharse lo que quisiera. Ella no se anda con remilgos cada vez que se le presenta ocasión: «Pero ¿cómo quieres que nos pongamos a festejar mientras estás ahí en las calles, dale que te dale con el piochín? Si siquiera te colocaras en la CAMPSA, como dices que te vas a colocar... Si salieras del pueblo para ir a trabajar a otro lado y tuvieras un jornal fijo... Si no hubieras todavía entrado en quinta pero, con la licencia en el bolsillo ya para dos años y en el mismo plan...». No sabe que contestarle. Levanta los hombros y sigue paseando a su lado por la carretera en las largas tardes

de los domingos iguales, aburridos, idénticos: de la iglesia al transformador o al cementerio, para volver despacio y llegar hasta la fonda de doña Mercedes y dar otra vez la vuelta a la plaza para empezar de nuevo. «Tú, que eres un hombre, es el que debías de hacerte cargo. Si nos ponemos a festejar, algún día se nos iría la mano y tendríamos que acabar casándonos a prisa y corriendo. Las mujeres somos tan tontas como para eso y como para más. Nos pasaría, tarde o temprano, lo que pasó a mi hermana, lo que les pasa a todos. A vosotros, los hombres, se os da una mano y acabáis por tomaros el pie. Nos cogéis el pan debajo del sobaco. No quiero ser una esclava todavía. Al menos, mientras esté sirviendo, tendré un pedazo de pan que llevarme a la boca, y un vestido y unas medias que ponerme. Si siquiera tuvieras una cosa fija me conformaría, aunque fueran ocho duros, aunque fueran menos los que ganaras, pero ¿tener que vivir como hemos vivido en mi casa toda la vida? ¿Con mi madre trayendo hijos al mundo y mi padre saliendo por las mañanas para ponerse en la puerta de la taberna a esperar un chapuz?».

A veces, a Mariquita se le saltan las lágrimas en el paseo y se la seca disimuladamente en la oscuridad de la carretera. A veces, él se acerca y la toma del brazo, y ella se deja coger un instante las manos, pero enseguida se suelta bruscamente: «Déjame. Vete. No puede ser. No debemos vernos más. Ganas de perder el tiempo y hacérmelo perder a mi cuando estoy en edad de merecer. Ganas de martirizarnos. ¿Si siquiera hubieras entrado en la CAMPSA como decías?».

Piensa confusamente en Mariquita. La imagina limpiando el suelo, baldeando con agua, jabón y un cepillo de esparto el porche de ladrillo de la casa de la colonia donde ha entrado a servir. Se avergüenza de no haberle dado razón de ella a Eugenio. «¿Quién, la Larga? Sirviendo. ¿Dónde quieres que esté?».

El maestro de obras llama ya su atención: «¡Toto, que te la buscas; que hay que estar en lo que se está haciendo; que, para soñar, te quedas en tu casa. Que aquí se viene a doblarla!».

Vuelve en sí. Despierta. Procura remediar el estropicio de las falsas cavadas machacando los quebrados trozos de alquitrán.

—Sí, arregla, arregla. No sé lo que quieres arreglar —dice el maestro de obras—. Vuelve a lo tuyo y pon la cabeza en lo que haces.

Eugenio —rojo y azul como una banderola de señales— apura una segunda Coca-Cola en el extremo de la calle, sentado aún a la puerta de la taberna de Florencio.

El sol pega duro. Alto y vertical deja caer a plomo sus rayos sobre el blanco del caserío. Toto saca del bolsillo un pañuelo de hierbas, le hace cuatro nudos, y se lo coloca sobre el pelo encrespado. Luego, ajusta sobre él el sombrero de palma y aprieta el cáñamo del barboquejo. Los pensamientos le van y le vienen como las golondrinas que bajan a ras de tierra buscando las larvas en la tierra removida.

El maestro de obras se encamina murmurando entre dientes hacia donde Toto trabaja:

—No es mal enemigo el que avisa, Toto. En este plan otro día y te doy el boleto rápido. No eres ningún señorito para ganar el jornal por las buenas. Mucha fantasía le echas tú al trabajo para ser tan pobre como eres.

Toto sigue trabajando sin levantar la cabeza. Dentro de la boca, los dientes le han abierto una pequeña herida en la punta de la lengua, de tan fuerte como sobre ella los tiene apretados.

—¡Hombría! ¡Cualquier cosa es hombría! —dice el capataz—. ¡Pulmón y corazón es lo que hay que echarle al trabajo!

* * *

Mariquita le ayuda a bajar las escaleras y camina luego tras él con la *chaise-longue* plegada. La extiende bajo el árbol de sombra en el jardín y entra de nuevo en la casa para salir con dos almohadas y una silla. Andrés lee ya un libro tendido en la hamaca.

—Quita —le dice Mariquita—. Levanta. Estarás más cómodo. Espera que te ponga las almohadas.

—Ya está bien así.

—Levántate y déjame hacer. Dentro de diez minutos llamarías para pedírmelas.

Andrés acaba levantándose y se apoya en el tronco del árbol mientras Mari muelle las almohadas y las coloca sobre la cabecera de la *chaise-longue*.

—¡Qué vida que te pegas! ¡Ya quisiera yo, ya, estar todo el santo día tendido como estás tú sin dar golpe! —dice Mari—. ¡Te puedes quejar! Y, al fin y al cabo, para nada, porque lo que tú tienes es nada: cuentos de Calleja. Más vale que comieras, que es lo que tienes que hacer. Ya verías entonces el tiempo que te iba a durar la fiebre.

—Déjame, que estoy leyendo.

—Lee, lee mucho y quiébrate la cabeza con tantos disparates. Después dices que no duermes de noche. ¿Cómo vas a dormir con tantos embustes como te metes entre pecho y espalda? Si yo fuera tu madre ya verías cómo te quitaba el cuento.

Sobre el couché de las pastas del libro de Salgari cae una hebra de sol. Andrés procura mantener el hilo del relato lleno de arboladuras y bergantines, de mascarones de proa y de océanos como espejos; pero los ojos se le cierran en una morriña destemplada.

Mariquita atraviesa el jardín y sube la escalinata de ladrillos del porche camino del trajín doméstico.

Un gato maúlla sobre el templete de uralita del garaje. Luego da un salto y clava sus uñas en las alas azules de un grillo que bebe una molécula de agua del envés de una hoja del jazmín trepador. Es el murmullo de la última palpitación vital que percibe Andrés antes de quedarse dormido.

Todos los días, de vuelta de misa, al pasar ante la verja, doña Eduvigis saluda con la mano enjorada y confusa la languidez de Andrés, somnoliento y paciente en su *chaise-longue* bajo el árbol de sombra.

A Andrés se le alegra el semblante. Si no tiene los ojos abiertos los abre al percibir el débil taconeo y contesta al saludo. Si la verja está encajada, doña Eduvigis se atreve a pisar el umbral. Empieza entonces un diálogo que Andrés contesta casi siempre con monosílabos:

—Tienes buenita cara; pronto te pondrás bueno.

—Sí, señora.

—Te encomendaré a mi devoción, verás...

—Siempre solito. ¿Cómo estás?

—Bien..., mejor, señora. Muchas gracias.

—Cuando te pongas bueno vienes una tarde a merendar conmigo.

—Sí, sí, señora.

—¿Me lo prometes?

—Claro.

Doña Eduvigis cruza ahora la calle camino de su casa. La blonda, dejada caer hacia atrás, le abufanda el cuello que se marchita con inútiles arrepentimientos carnales por la caridad ejercida va ya para seis años tras la liquidación —por balance espiritual— de media docena de prostíbulos. El traspaso le valió un par de millones y la retirada —bien asegurado porvenir terrenal y salvación eterna— a su casa de campo enclavada en la mejor parcela de la colonia veraniega, muy cerca de la Santa Eulalia de cerámica que preside la barriada, a la que no deja de rezar cada mañana, sin ol-

vidar dejar caer sobre el cepillo un crujiente billete de menor cuantía.

No hay saludos. Al llegar a la verja lo encuentra dormido, vuelto de cara al tronco de la morera, el libro abandonado sobre el brazo de la tumbona, y continúa sin detenerse por la acera camino de su casa.

La casa de doña Eduvigis huele a terciopelo chamuscado y a almoneda, a orín de gatos y a bolitas de alcanfor. La balconada de piedra recamada de columnitas de mármol, arcos de medio punto y vidrieras emplomadas —bambalina añil, pintado telón de Romeo y Julieta— se asoma a un jardín descuidado donde sólo el romero mantiene su compostura.

Fuera del mobiliario, de los mantones de Manila, de los biombos chinoscos, la casa deja transcurrir sus horas con recogimiento monjil. Y hay en el gesto de la servidumbre —una encargada de burdel y dos domésticas pueblerinas que desconocen el santo y seña, tronándole la retina relámpagos misteriosos de pasado formal y tristísimo al lado de marido calavera— un complemento a la seriedad puritana de Eduvigis Solís Cruz, divorciada hacia el treinta y tres de Germán García Reina y viuda espiritual de una porción de hombres ilustres por los que no deja de rezar cada día en sus intenciones particulares.

A veces, sin embargo, en la casa de doña Eduvigis salta una chispa de vida que quiebra su letargo endémico: una sola palabra aviva el recuerdo de tiempos floridos; una frase sin intención de las domésticas, cualquier equívoco. Y entonces, rueda por las alfombras, repiquetea en las vitrinas repletas de abanicos y se estrella en el ventanal, la risa, lúbrica aún, acompañada de dorados postizos vocales de la señora y de la Sole, la última y más fiel encargada al servicio del amor de treinta años de tapado, entretenimiento, prostíbulo, cita veloz y alcahuetería arrabalera.

Ya en el poyo, ante la cancela de su casa, doña Eduvigis sonríe dulcemente. Y luego, dentro del jardín, su sonrisa se transforma en sonora carcajada que hace temblar las cuentas de su rosario de

azabache enroscado con maestría en la mano que tanto supo de caricias.

Sole sale a recibirla con la bata larga de casa, y las dos juntas, riendo sin saber por qué, pasan al *hall* para comentar las incidencias del día recién inaugurado: los veraneantes que han dejado de asistir a misa, la plática del párroco, el gesto adusto y «peligroso» de los hombres en paro en la puerta de la taberna, el polvo seco, amarillo y espeso que cubre las calles del pueblo por mora del arreglo del alcantarillado y la conducción de agua, el calor, los grados centígrados que marca a la sombra el termómetro en la fachada de la botica.

—Vas a sacarme la butaca de rejilla a la galería y me vas a hacer una palomita de anís —dice la dueña—. Este calor me pone los nervios de punta. El día menos pensado vendemos la casa y nos vamos a vivir al Norte. Es algo que no acabaré resistiendo mucho tiempo.

Sole entra en el cuarto de estar, saca un abanico rojo y azul con periquitos y guacamayos, y abanica a doña Eduvigis que suspira mientras se despincha los alfileres de la blonda y se desabrocha la negra botonadura de su escote.

* * *

La carretera, serpentea en la cuesta arriba y corta el reprise del taxi que corona en segunda uno y otro alcor. A derecha e izquierda, los olivos sobre los bancales rojos de la servidumbre serrana. De tarde en tarde, una casa encalada; la casilla de un peón caminero con su parra trepadora en el porche, un zócalo de añil y unos niños que juegan desnudos junto al portal al lado de una mujer que zurce unos calcetines, junto a una bicicleta apoyada en el quicio, y un hombre encorvado sobre la pequeña parcela de su huertín sembrado entre la linde del latifundio y la carretera: en la estrecha zona de los caminos pecuarios.

—Debiera ser al contrario —dice el taxista—, pero mientras más subimos más calor hace. Puede que por estos predios refresque de noche, pero yo, qué quiere que le diga, si tuviera cuartos para veranear, me iba a una playa. No hay cosa como la mar. No sé si es porque serví en la Armada y me ha quedado la querencia. Que sea muy cómodo esto de tener una casa cerca de la ciudad no se lo discuto, y puede que ir y venir todos los días tenga sus ventajas si se posee un vehículo propio. Usted con seguridad que tendrá aquí en la sierra a la familia.

Viaja con el taxista en el asiento delantero del coche, pero no contesta. Ofrece al chofer un cigarrillo.

—Me va a perdonar, pero no fumo tabaco rubio —dice el taxista—. Se lo agradezco igual.

—No conocía yo esta parte —dice de pronto—. Vengo —aclara después de dudarlo unos instantes— a visitar a unos amigos, a echar el día fuera.

—Para un día sí que se puede resistir, y si los amigos tienen piscina y se puede dar usted un baño, encantado. Ahora que, por lo que dicen, todo el que tenía por aquí una casa con una buena piscina se la ha alquilado a los americanos. Lo sé porque a veces subo a alguno que se le ha averiado el coche. Calculo que por lo menos hay un centenar de ellos. Para esos sí que ya vale el veraneo aquí. No pudiendo abandonar la Base y teniendo la facultad de poder ir y venir todos los días... y es que, aunque haga calor por el día, aquí arriba de noche refresca, ya le digo. No es lo mismo dormir abajo encajonado en una habitación que oír el canto de los grillos. Nada más se quita el sol comienza a correr la brisa. De noche ya podrá uno aquí al menos echar las patas por el aire y sentarse en el jardín a tomar el fresco. Ya quisiera yo, a pesar de lo que le he dicho antes, y por mucho que me guste el mar, tener uno de estos chalecitos de marra que, como todo en esta vida tiene su historia, porque resulta que, ahí como usted los ve, la mayoría fueron hechos para la gente del pueblo. Pasa que luego hubo sus más y sus menos, porque los pobres pelentrines no tenían con qué comprarlo, aunque les dieron cincuenta años para pagarlos y se vendieron a cualquiera

que los solicitara a pesar de pertenecer a «Viviendas Protegidas». Hubo gente que compró hasta cuatro en hilera, y nada más que con la renta de los veranos vive todo el año como un pachá. Una buena inversión. Cosas que pasan. Abogados, médicos y comerciantes los tiene usted a docenas. Menos pelentrines hay de todo en la Colonia. Viviendas Protegidas. Un decir como otro cualquiera. Cosas que pasarán mientras el mundo sea mundo.

La masa verdinegra de los olivos queda atrás. La campiña se abre a uno y otro lado de la tierra calma, de las cuadrículadas hazas donde junto al algodón crecen las plantas de verano.

Huele a flor de romero y a jazmín cuando el taxi enfila el último kilómetro. Quedan atrás el transformador eléctrico y el cementerio. La carretera se ensancha y a uno y otro lado de la calzada se levantan ya los chalets de la Colonia.

—Si se queda aquí esta noche, verá cómo me dará la razón —dice el chofer.

La palabra noche se le clava electrizante, aterida de incertidumbres, terrible de gritos. Noche de la que quisiera estar ya de vuelta, de la que no quisiera oír hablar siquiera.

—¿Nos quedamos en la Colonia, o vamos directamente al pueblo? —pregunta ahora el taxista.

—Será mejor que lleguemos hasta el pueblo —contesta.

Deslizándose por el asfalto, perfecta la compresión, el taxi atraviesa la Colonia y se detiene en la puerta de la taberna de Florencio, junto al bordillo del acerado donde los hombres esperan inútilmente el jornal que no llega.

Da al chofer cinco duros de propina, aunque sabe que no le quedan sino otros cinco después de haber pagado el viaje. Luego se pone derecho el nudo de la corbata, se estira los puños de la camisa, mira de refilón la puntera brillante de sus zapatos y entra en la taberna de Florencio. Con un gesto preciso levanta dos dedos de la mano izquierda para llamar al tabernero y, cuando Florencio se

acerca pide un doble de ginebra. Más tarde, enciende un cigarrillo y rechaza el vaso de agua de seltz que Florencio pone junto a la copa, sobre el mostrador.

El taxista da la vuelta en la calle para salir por el mismo camino por donde ha entrado. Al llegar a la altura de la taberna de Florencio levanta la mano para saludar al viajero que, con la copa de ginebra en alto, contempla distraídamente los azulejos de la paredilla del mostrador, los grandes carteles de toros, las cazoletillas de latón llenas de café dispuestas ordenadamente sobre la barra.

—¿Aquí habrá algún sitio donde almorzar, alguna fonda? — pregunta el viajero a Florencio.

—Otra cosa no, pero un par de huevos fritos y unas patatas y luego unas frutas del tiempo para postre puedo yo prepararle. Ahora que si lo que el señor quiere es un almuerzo en regla tendrá que ir a la fonda de doña Mercedes. Mejor sería, porque si va a pasar el día completo y quiere echarse un rato a descansar a la hora de la siesta, la fonda tiene buenas habitaciones. Si usted quiere, el chico le acompaña.

El viajero hace un gesto para que Florencio vuelva a llenar la copa. Luego pregunta:

—¿Tiene teléfono la fonda de doña Mercedes?

Florencio duda unos instantes.

—Pues, si quiere usted que le diga, no lo sé. Ahora que por eso no tiene que apurarse, el de mi casa está a su disposición, si es que quiere poner una conferencia y no quiere molestarse en esperar en el locutorio de Teléfonos.

En la acera de la taberna, bajo el toldo rayado, los hombres discuten las ventajas de hacer juntos una visita al alcalde. Florencio pulsa el contacto de la «radio» que ofrece la síntesis de la prensa de la mañana sobre la situación internacional. La locutora corta cada dos minutos las noticias para intercalar la «gentileza» de la casa comercial que ha patrocinado el programa.

Apura la segunda copa de ginebra y da una chupada a su cigarrillo.

(Sobre la *guía Michelin*, única reliquia de su automóvil, después de haber escrito la carta anunciando su viaje —la inaplazable determinación de su viaje— estudió el itinerario. Rechazó la combinación del autobús de línea. No podía, sin embargo, permitirse el lujo de un taxi, al menos que aquella noche Mila, en un gesto de generosidad, le prestara cincuenta duros, y dudaba un tanto de la generosidad de Mila. Se los prestó, no obstante. Fue a buscarla al club nocturno. La encontró de buena uva, con las piernas cruzadas sobre el taburete del bar americano. Mila sacó los billetes cuidadosamente doblados del sostén de ballenas que le apuntalaba el pecho flácido).

—De pura chamba me coges puesta —le dijo—. Me los devuelves. Estoy mal de cuartos; muy mal, Santiaguín. La cosa está muy achuchada. Se acabaron los buenos tiempos.

—No. Si sólo es por un día, mujer. Si mañana estoy en dólar, si mañana te los devuelvo.

—Lo mismo dices siempre.

—Palabra.

—No des palabra. Es peor. Me los devuelves y en paz. Ya quisiera yo saber qué te solucionan a ti cincuenta duros.

—Pues me solucionan, ya ves.

—Ni para tabaco.

—En serio, un viaje que me dejará unas miles. Si sale bien, que saldrá, nos bebemos juntos una botella del francés.

—Sueñas, chatín.

—Ya lo verás.

—Asienta la chorla, que ya es hora; que luego viene el tío Paco con la rebaja; que ya no te quedan herencias, majo.

Mila saltó del taburete y se arregló el pelo. Con las uñas untadas de saliva se peinó las cejas. Puso luego derecho el sesgo de su falda. Santiago se acercó a ella, la tomó por el cuello y la besó en la nuca.

—Déjate de comedias.

—¡Que te los devuelvo, muñeca! Nos vamos a dar el verde como en nuestros buenos tiempos.

—Anda, loco. ¡Que sea verdad es lo que quiero! A ver si una vez en la vida tienes palabra.

Florencio lo contempla desde el otro lado del mostrador, silencioso, como escudriñándole el pensamiento.

—Pues lo que usted quiera es lo que se hace —dice al fin—. El chico no espera sino que usted diga en marcha.

Las espirales de humo azul del cigarrillo quedan flotando, subiendo todavía lentas hasta el techo de la taberna, cuando el forastero sale siguiendo los pasos del más pequeño de los sobrinos de Florencio, el que ayuda al tabernero a fregar los vasos y el que, según el rumor, cuando el tío muera, habiendo como ha cruzado ya la barrera del medio siglo y permaneciendo soltero, pasará a ser el propietario del más importante establecimiento de bebidas del lugar.

* * *

Su bicicleta marcha encajonada entre la de Clementina y Felipe. Felipe tartamudea tras ella. De vez en cuando, se adelanta e intenta pedalear a su lado. La saca de sus casillas el tono humilde de Felipe.

—Aquel libro que dices que te gustaba, ahora que ya lo terminó de leer mi madre, si quieres, te lo dejo.

—No tengo interés.

—Lo dijiste.

—He cambiado de idea.

—No se debe cambiar de idea con esa facilidad.

—Pues yo, ya ves, cambio.

—Dije a mi madre que lo terminara de leer para dejártelo.

—Entonces, me lo dejas en casa cuando te haga clase y en paz. Es bien fácil.

Felipe sonrío feliz:

—Mañana. Mañana sin falta.

—El otro día sí que me hacía ilusión, pero ya... lo mismo me da que me lo dejes o no.

—Hoy mismo si quieres, al volver. ¿Estás enfadada conmigo, Lis?

—No. ¿Por qué? ¿Por qué iba a estarlo? Lo que quiero es que me dejes tranquila.

Corta en seco el diálogo y sale de la fila para llevar la bicicleta hasta Araceli. Felipe queda atrás con la palabra en la boca, sin atreverse a salir también de la hilera.

Fuera del caserío, la carretera se estrecha, se abre camino entre vaguadas reseca. La tierra calma ha perdido la frescura del rocío nocturno, y un vaho caliente sube desde el asfalto y da al paisaje una sensación engañosa de postal invernal.

Hasta la vacuna del Sarmiento cinco kilómetros mal contados, y en la badina frescor de pinares, agua limpia para el chapuzón, delicias de la tierra esponjosa para pasar a la sombra del pinar la jornada entera. A la badina se va porque a todos ha arrastrado Quinito, a todos ha logrado convencer que de los alrededores la badina es el sitio mejor para echar un día fuera, para escapar de la monotonía

de los días remoloneando la calle, yendo a cortar varetones al olivar, disparando con las escopetas de aire comprimido sobre los pájaros de las acacias, bañándose en el agua de las minúsculas piscinas, jugando a las prendas bajo la sombra de las pérgolas.

Momi pedalea en la cabeza del pelotón. Lisi la ve cada vez que se levanta del sillín para dar impulso a las piernas. No puede evitar sentirse atraída por Momi. No ha cruzado con ella ni media docena de palabras mientras junto a la verja de la casa de Araceli se discutía el sitio más apropiado para echar fuera el día. Se consuela pensando, mientras aprieta también los pies sobre los pedales, que la jornada es larga y que para que el sol caiga detrás de los olivos y se inicie el regreso faltan casi diez horas.

De pronto los jugos gástricos se le revuelven. Siente tremendas ganas de comer. El pensamiento se le agarra a la cestilla de mimbre que reposa sobre el transportín. En la boca se le deshace el recuerdo del sabor agridulce de las empanadas de salmón, de las latas de *foie-gras*, de los crujientes panecillos que Mariquita le ha preparado para el almuerzo. La vitalidad borra el morbo adolescente y Momi pasa a ocupar un segundo término. Por sus muslos tostados resbala salada y lúbrica una gota de sudor que, desde el vientre, atravesando el sexo, busca la curva de las rodillas y se desvanece sobre ella en corpúsculos invisibles.

En la tierra calma un arado romano desgarrar un barbecho. Al fondo de la carretera el agua jaspea el sol sobre la orilla de la badina. La serpiente multicolor de las dos docenas de bicicletas se vertebra y la pandilla se desborda por los brezales.

Huele a tierra mojada y a praderío, y las chicharras asierran la mañana a horcajadas de las pinas resinosas que crecen a uno y otro lado de la ribera donde, por un calvero pelón, los camiones suben llenos de arena.

* * *

Niña-Linda —ojos oblicuos de *far west*, ojos de «Caballo Loco», lacia la cabellera negra, cautelosa como un furtivo cazador— logra escapar por el encerado. Se escurre luego por la reja entreabierta. El chillido de su voz vibra en el jardín:

—Andéggg, Andéggg.

Andrés despierta de su modorra, se le ilumina la cara, salta de la *chaise-longue* y corre a su encuentro.

Mari oye también el grito y baja la balaustrada de ladrillos. Se adelanta a Andrés, la toma en brazos y la hace subir por los aires: «¿Te has venido solita sin esperar que vaya por ti?», le dice.

Prietas las caderas bajo el rayadillo del uniforme, Mariquita regresa al porche llevando a Niña-Linda de la mano mientras hace a Andrés un gesto de burla, de complicidad, donde quizá brille un soplo de deseo.

Andrés acepta resignado que Mariquita se la lleve y regresa a la tumbona. Se extraña de no oír la cantinela de la voz de su madre que todos los días obliga a Mari a llevar a Niña-Linda a su alcoba: «Mari, sube a la niña; que no se quede en el jardín. Lo que no está bien no está bien. Sería un cargo de conciencia dejarla jugar con mi hijo». No hay voz. Mariquita sube a Niña-Linda por propia iniciativa, pero él no se atreve a decir nada. Continúa inmóvil con la mirada fija en el cielo. La adolescencia se le quiebra en guiños somnolientos, en parpadeos que le traen remembranzas de último curso de bachillerato, de novillos, de tardes de exámenes. Melancolía por la caída, desde su dorado pedestal, de la amistad sublimada: promesas de visitas de amigos que no han llegado a realizarse; si acaso una tarjeta postal desde lejanas y luminosas playas, y en el reverso, el compromiso de unas letras escritas a prisa contestando sus apretadas cuartillas epistolares.

Cambia de postura. Queda recostado sobre el lado derecho —el izquierdo le produce esguinces; el izquierdo, cuyo interior se casifica, le da pequeñas topaditas, leves palpitaciones como si una pluma le rozara por dentro—. Y la nueva postura le acerca a la

tierra, al pequeño mundo que se mueve bajo el árbol. Deja volar su fantasía. La grama abre pequeños senderos por donde las hormigas se desparraman, y donde los macizos de flores son collados y los parterres cordilleras y los minúsculos cipreses colosos «everest» inaccesibles. Luego, mira otra vez al cielo. Arriba, con el garabato de su cola oscilante, una cometa da brincos sobre el campanario de la torre del pueblo y describe, mecida por la débil brisa de la media mañana, un arco de verdes, azules y violetas.

Deja caer los brazos a lo largo del cuerpo para hacer más fructífero su reposo. Una ranchera con fondo de guitarras y «jipidos» entrecortados inunda el jardín, primero suavemente, luego a todo el volumen posible del tocadiscos del padre de Linda, su vecino el sargento mayor San Cheehw.

Niña-Linda chilla correteada por Mari en la galería. Siente la necesidad de llorar, la necesidad de incorporarse y de correr también — ante el recuerdo de la excursión de su hermana— tras el bullicio de la algarabía adolescente.

En los párpados se le forma una película de agua y de sal, pero no se le llegan a saltar las lágrimas. Mira a su alrededor. Fuera de la música que inunda el jardín frontero, un silencio tibio, casi de siesta, aprisiona la Colonia. Toma otra vez el libro, lo abre por una página cualquiera, y comienza a leer mecánicamente sin darse cuenta siquiera de lo que está leyendo, mientras la imaginación le cabalga por los vericuetos lejanos y difíciles del deseo insatisfecho de la pubertad, espoleado por la febrícula tísica de su infiltrado sobre el vértice clavicular izquierdo.

* * *

Hay que jalar para entre los dos, viejo y muchacho, subir el retablo musical hasta la cumbre. Quedan muchos repechos todavía para que el organillo se deslice suavemente, casi sin empujarle, por la media meseta llana que se abre en la cima de los alcores rojos; pero Garabito sabe bien del andar. Es Pilete el que se cansa de la prisa del maestro. Con sesenta y cinco años a las espaldas, Garabi-

to sabe bien de caminos. Pilete, apenas veinte, en primera salida le acompaña. La cenefa de florecillas despintadas de la tela que encubre el misterio de la música, blanquea en la cuesta arriba la panorámica de los olivos.

Los tiempos gloriosos del manubrio han pasado; pero aún se le puede sacar algún provecho siendo verano y pegándose la caminata a los pueblos de cercanías. En la ciudad no hay apenas nada que hacer. Saliendo a los pueblos es distinto. Se saca en una «turné» para la cama y para el tabaco, para el vinazo, para las ganas de comer que abre la andadura, para el alquiler del instrumento. El permiso de músico ambulante faculta además para caminar sin que la Civil obstaculice la bohemia que se lleva dentro de la sangre, sin miedo a la brigada carcelera, sin que el oficio que no se tiene y el caminar pueda ser un pretexto para la aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes.

—Anda, vamos a descansar un rato —dice al muchacho—. Si hubieras hecho lo que yo cuando estuviste dentro no andarías desentrenao. El primer año que estuve yo de rastrillo para dentro se me quitaron hasta las varices. Dale que te dale patio arriba, dale que te dale patio abajo. ¿Sabes cuánto calculo que anduve en año y medio? Pues ponte a echar cuentas: ¿Habrá doscientos metros de un lado a otro del patio?

—Más de doscientos metros— dice Pilete.

—Pon trescientos.

—Trescientos. Eso puede que haya. —Calculas entonces trescientos y los multiplicas por diez y ya tienes la cuenta: tres kilómetros. Todos los días tres kilómetros desde el cuarto donde aplican el garrotín hasta la barbería. Haz la cuenta por treinta y después por dieciocho.

—También, porque fueron muchos días los que estuviste «a régimen» —contesta Pilete—. Cuando se le coge la costumbre ya es igual. Te aficionas y luego casi te cuesta trabajo salir. Para la pró-

xima, ya tendré experiencia para no acoquinarme como ahora y hacerme un ovillo como un payo.

—Es lo primero que se te atrofian, las piernas. Y eso que te lo decía: dales castigo y no te achantes que cuando salgas vas a estar como si hubieras tenido la parálisis. —Saca un paquete de tabaco de picadura para hacer un cigarrillo y lo deja sobre el mojón de señalamiento donde se ha sentado a descansar. Escupe sobre las palmas de las manos, se las restriega, da juego a los dedos frotándose las yemas y despega luego una hojilla del librito de papel de fumar. Después, entrega el *block* a Pilete—. De los malos trances más vale ya no hablar —continúa—. Alegra la cara y olvida los malos detalles de la vida. A tu edad no hay nada que preocupe. A tu edad, poco más o menos, estaba yo recién licenciado, tenía mi pañuelín de seda, mis botines de charol y mi gorrilla londinense como entonces se llevaba. A tu edad castigaba yo por lo bajini, y a embarcar para América estuve a punto, de no ser por lo de la guerra del moro, que me volvieron a llamar y me tuvieron como un puto castigando cábilas. Si no llega a ser por el paludismo que se me pegó a los riñones, hubiera tenido todavía tiempo para salir para Buenos Aires. Después, la vida que empieza a darte tumbos y guantazos a derecha e izquierda. Ahora que a tu edad, estando como estás tú más sano que una pera...

—Si no fuera por los antecedentes, habría sentado al salir plaza de paracaidista. Es lo que pensaba —dice Pilete—. Con tres veces que uno se reenganche se puede llegar a cabo primero. Y, si no hubiera querido reengancharme más, por lo menos hubiera salido hecho un hombre.

—Eso de que el ejército hace hombres vamos a dejarlo. Cada uno es lo que es, y uno no puede cambiar porque se ponga o se deje de poner un uniforme, ni porque le hagan marcar el caqui un año ni cinco. Es como la cabra que tira al monte porque lleva de nativitate la montanera.

Un camión sube la cuesta fatigosamente. Es un punto rojo que avanza lento por el zigzag de la carretera. El escape de gasoil llega monorrítmico, con la sordina que le pone la distancia. Las amapo-

las crecen sangrientas entre la barbechera que separa uno y otro olivo. En la linde, delante de una encina solitaria, junto a la casilla de los peones camineros, grita el gualda rabioso de unas florecillas campestres.

—¡Paracaidista! ¡Cualquier cosa debe ser eso de paracaidista! ¿Qué sabes tú si los antecedentes son los que te van a librar de una muerte cierta? Ni por todo el oro del mundo era yo capaz de tirarme de un cacharro volando. Vaya, es que ni siquiera soy capaz de montarme para volar. Paracaidista...

—Se cobran dietas y primas y te dan un buen uniforme, y el rancho, según dicen, es tan bueno como el que tapiñan los oficiales. Si no hubiera sido por la puta condena...

—Cuando el camión llegue a la casilla de los peones camineros —dice Garabito señalando el vehículo que sube— ya estamos tomando carretera y manta.

—¡Con lo bien que se está ahora aquí! —dice Pilete echándose hacia atrás y dejándose caer sobre la hierba—. Si la vida fuera siempre este cancaneeo, sí que merecería la pena vivir.

—Nada más llegar tomamos un tintorro y nos alegramos la vista. No me seas penco que así es como no se llega a ningún lado.

Al llegar el camión a la casilla encalada de los camineros, Garabito se levanta y se sacude los pantalones, se acerca al manubrio, da un tirón de la vara y marca un trotecillo en la cuesta arriba. En el bolsillo trasero le pesa el plato de aluminio que, mientras Pilete trabaja el manubrio, él pasará digno y solemne entre el público.

—Vamos ya y anda —dice a Pilete que bosteza todavía tendido sobre la hierba—. No me sueñes, que como dice en la lápida que hay a la entrada del cementerio protestante, los sueños sueños son...

Pilete camina despacio hacia el organillo. De pronto, da una carrera y se acomoda en su puesto en la vara de tiro.

Garabito se siente feliz con la mañana iniciada con un madrugón. Feliz, lejos del olor penetrante del «patio» de su última quincena carcelera que lleva aún pegado a la ropa, que aún le escuece el ánimo trotamundos. Le huele a primavera la mañana. Hay que apretar. Pilete remolonea en la vara izquierda. El camión pasa ya junto a ellos y hace sonar la bocina para que se aparten a un lado y se peguen a la derecha. Pilete da un corte de mangas al camionero que se asoma a la ventanilla vociferando.

—Pilín —chilla Garabito— que no vales una mierda; que no parece si no que tienes un cristalino y estás changao por los cuatro costaos; que si no aprovechamos la frescura que nos queda se nos pegarán las alpargatas.

Alpargatas compradas a propósito para la andadura. Alpargatas diestras y cabrías que se agarran al borde polvoriento del camino.

El camión es de nuevo un punto rojo que en lo alto brilla bajo el sol.

Garabito quisiera detenerse otra vez al amparo de cualquier sombra, porque los años no pasan en balde, y dar con el brazo, con el codo castizo, una vuelta al manubrio por gusto de darla, sin venir a qué, sólo por el placer de contagiar su alegría de vivir a los cuatro vientos; pero, en vez de hacerlo, jerárquico y chulón, grita de nuevo:

—Jala, chaval, que nos coge el torete; que dentro de media hora no hay Dios que dé un paso cuesta arriba.

* * *

Los hombres han ido en grupo, poco a poco, desapareciendo de la puerta de la taberna de Florencio para dirigirse, por la calle del General Sanjurjo, a la plaza. Al descuido de un piochazo que se agarra a la ubre de la piedra gris ha huido también Eugenio de la escena. Sobre el velador, en la terraza, bajo el toldo rayado, espejea vacía una botella de Coca-Cola.

En jarro el brazo izquierdo, bien sujeto con las manos el piochín, Toto suelta un salivazo de rabia por la ausencia. Imagina a Eugenio rondando las celosías, olisqueando como un perro el olor de Mariquita por los cancelos entreabiertos. Cualquiera —piensa— le habrá dado ya el santo y la seña: «¿La Larga? Sirviendo. ¿Dónde quieres que esté? En la segunda manzana, en la casa del jardín grande. ¡Cuando la veas ni la conoces de cómo se ha puesto!».

Se muerde los labios. El sol reverbera en la calina añil de los paredones, duro, alto y atroz. El sudor le resbala por la espalda y le empapa la pretina del pantalón remangado a media pierna. El sombrero de palma, sobre los ojos entristecidos, pierde su horizontalidad de pronto y sale despedido por un manotazo de furia, girando sobre sí mismo como un canto rodado. Lo recoge en mitad de la calzada donde ha ido a parar y escucha avergonzado las chanzas de toda la cuadrilla: «Toto, loco, ¿te picó el alacrán? Avenates, eso es lo que a ti te dan. Pero a todos los locos les da por lo mismo: por no doblarla. Mientras estés de aquí para allá con el sombrerito, cancanéo...».

El maestro de obras ordena silencio. Los mazos, los picos y las palas prosiguen cavando las regolas. Luego el maestro de obras se levanta de los tubos de gres en donde está sentado a horcajadas fumando un cigarrillo y se dirige a Toto:

—Toto, chalao, que te la buscas; que, si eres tan señorito, con pedir la boleta estás cumplido; que por la mitad de lo que tú ganas hay muchos que se partirían los cuernos dando piochazos.

Le entra en cajas el corazón, cuando levanta la vista para mirar al maestro, y ve de nuevo a Eugenio en la terraza, bajo la marquesina, ahora ante una jarra de cerveza.

—Mira, mira a tu amigo —dice el maestro—. Mira a tu amigo que por mucho que lo mires no te va a regalar el dinero que dicen que trae ahorrado. A los que son como tú y como él es lo que les conviene, poner tierra por medio.

—Sin faltar, eh —contesta al maestro—. Sin faltar que yo a usted no le estoy faltando, ni el Eugenio tiene nada que ver en esto. Sin faltar, que lo mismo pido el boleto ahora mismo, pero se acuerda usted de Toto y de todos sus muertos, que yo no tengo mujer que mantener ni chavales para que nadie me falte; que le estoy a usted aguantando carros y carretas y me estoy cansando ya de tanto cachondeo.

—Aquí nadie te ha faltado ni te ha dejado de faltar, que eres tú muy jovencito para ser tan chulo y para atemorizarme con tus bravatas, que lo que sobran en la obra precisamente son brazos.

Tanto cavilar para nada. No echa cuenta de las palabras del maestro, que vuelve ya a sentarse sobre el anillo de los tubos de gres. Como si la tierra fuera la culpable de sus celos, la machaca con furia con la piocha.

En grupo, torpes los mosquetones sobre los hombros, por la calle de Queipo de Llano, regresan del tiro los milicianos del somatén.

Los hombres en paro forzoso llegaron a la plaza y se sentaron en los bancos de azulejos, frente al Ayuntamiento. Los hombres discuten ahora la posibilidad de formar una comisión que vaya a hacer una visita al alcalde. Los guardias urbanos, con sus guerreras blancas de verano, su pantalón azul y su porra colgada del cinturón, pasean su ronda entre la Casa de Teléfono, el Ayuntamiento y la iglesia, esperando oír algo que digan los hombres para comunicárselo al alcalde.

Los hombres no forman grupos de más de tres personas, por lo que, ante la imposibilidad de discutir todos juntos el problema, no hay manera de ponerse de acuerdo. Algunos van de un banco a otro preguntando a los demás. Alguien insinúa ir a hacer una visita al cura, y uno de los hombres se encarga de ir pidiendo la opinión al resto, que deniegan con la cabeza.

El alcalde, de vuelta del tiro, cruza la plaza con el mosquetón —un máuser modelo 1893, sin baqueta— terciado y se lo entrega a uno de los guardias urbanos que, echándoselo al hombro, se pierde en

una calleja. Luego, el alcalde entra en el Ayuntamiento, sube al piso alto, y se asoma tras la celosía de una de las ventanas de la Casa Consistorial.

En la plaza, los hombres no parecen acabar de ponerse de acuerdo. Las ideas de ninguno les parece viable a los otros. Por otra parte, ninguno se atreve a formar parte de la comisión que irá a hacer la visita al Ayuntamiento. El alcalde deja de mirar por la ventana y se dirige al oficial que escribe a máquina:

—Va usted a redactar un oficio —dice— solicitando un crédito extraordinario para una guardería. Para el veranillo del membrillo es menester tener dispuesta una guardia especial para los olivos. El presidente de la Hermandad de Labradores también va a escribir otro al sindicato en el mismo sentido. Como están este año las cosas, y con la sobra de brazos que vamos a tener para el verdeo, si no nos atamos las taleguillas y se vigilan los árboles, no va a quedar una sola aceituna el ramón.

El oficial del Ayuntamiento toma un oficio con el membrete del escudo de la villa a medio relieve, le coloca los papeles de copia y los calcos y lo mete en la máquina.

De la plaza llega un revuelo de voces. El alcalde levanta la persiana y se asoma al balcón. Los hombres forman ya una unidad compacta delante del monumento del Corazón de Jesús que se levanta en el centro. Un guardia urbano sube las escaleras del Ayuntamiento y, jadeante, habla al alcalde con la gorra de plato en la mano.

—Es una comisión. Quiere hablar con usted personalmente. Son sólo tres hombres: el de María la Bujarra, el mayor de los hijos, José, Antoñito Prieto y Manolo, el mayor de la Molina.

—Los que menos debieran meterse en estas cosas —dice el alcalde—. Los que más motivos tienen para callar. Los de siempre. Los que, precisamente sabiendo cómo están las cosas, por el canto de un duro los pongo a disposición gubernativa. —Y dirigiéndose al

oficial—: tenga usted listo el oficio para la firma y que salga hoy mismo.

Cuando los hombres suben la escalera del Ayuntamiento, el alcalde los recibe con una sonrisa y los hace pasar a su despacho.

—Hay que ver que nunca vais a aprender a hacer las cosas en de-rechura —les dice mientras se sienta en la mesa y saca un paquete de «caldo de gallina» que ofrece a los hombres y que los hombres rechazan—. No es que me parezca mal lo de la comisión, no; que eso es un buen síntoma del orden y de respeto, pero ya sabéis que no me gusta que andéis reunidos en la plaza para arriba y para abajo y menos en la puerta de la taberna como moscones. Perder cuidado que precisamente ahora mismo estaba dictando un oficio sobre la situación de paro en el pueblo. Por más que tarden en contestar, que no tardarán, antes de una semana os prometo que tenéis resuelto el problema. A vosotros tres, mientras tanto, para que veáis que el hecho de haber venido no significa que os vaya a guardar rencor, sino al contrario, que hablando es como se entien-de la gente, os voy a mandar a lo mío unos días para que desvare-téis los gordales. Para quince días por lo menos tendréis de trabajo y os podéis aliviar. ¡Y que tengáis fe en mí y confianza es lo que quiero! Y que digáis a vuestros compañeros que estoy aquí para obrar. ¿De verdad que no queréis un cigarro? —Vuelve a ofrecer-les a los hombres tabaco—. Ahora vais a marchar y les vais a decir a todos palabra por palabra lo que os he dicho. Y vosotros, ya sabéis, ¡alegrar la cara! Mañana por la mañana, en cuanto salga el sol, a desvaretar los gordales. Y tú, Pepe —señala a Josele el hijo de María *la Bujarra*—, me vas a hacer un favor, hombre, ya que no tienes nada que hacer. Como tengo que trasvasar el vino, te pasas por la bodega y echas allí la tarde. Unos dureses muy apaña-dos vas a ganar por la faena, que no son de perder...

En la plaza no se oye un alma. Los hombres esperan en silencio que regrese la comisión; un silencio que se quiebra de pronto por el gol que, con una pelota de trapo, un chico marca en la portería formada por la esquina de la iglesia y la calle del General Sanjurjo. La pelota atraviesa la plaza y viene a caer a los pies de uno de los hombres que espera y que la devuelve de un manotazo a donde

juegan los chicos. Una cigüeña con un haz de gavillas cruza el azul a la querencia del campanario de la iglesia, donde los polluelos hacen tabletear el pico de gozo.

* * *

No son sólo las botas altas, es también el pantalón de monta que se clava en la cruz, bajo la portañuela; son los calzoncillos blancos y las cintas que lo sujetan; son los calcetines que resbalan bajo el talón y se dirigen inexorablemente a las punteras; es todo de medio cuerpo de cintura para abajo.

La mano izquierda del Teniente, al sentir la frescura umbría del patio, abandona con pena el bolsillo que sirve de alcahuete a sus inútiles esfuerzos por aliviarse las entrepiernas, y agita el campanil, mientras la derecha aplasta contra el zócalo de azulejo el purillo breve recién encendido que el alcalde le ha regalado al despedirse.

Aguarda impaciente tras la cancela, en el zaguán. Espera oír el grito gangoso del loro; pero no llega hasta él sino el cuchicheo de doña Rosa y de su hermana y los pasos de la criada que cruza el patio para abrir la cancela. Se destoca del tricornio. El tejadillo de hule le deja al descubierto la frente grasienta que se abre paso libre hasta la diadema de sutiles pelusas que enlazan las orejas. El tricornio oscila como un gorrillo cuartelero en manos de un recluta.

Las dos hermanas bajan ya la escalera de mármol, Don Roque saluda levemente a la doméstica y apresura el encuentro atravesando rápidamente el patio.

En el cenador, tras los cristales de la galería, insobornable y patriótico, el loro Juanito quiebra la claridad azulada con su agridulce chauvinismo nasal: «Lorito real. Buenos días, señor brigada. Jesús, José y María. Viva la Guardia Civil. Viva España».

—¡Despierta, Carlos, abre al menos los ojos! ¡Mírame!

La voz le llega lejana, como si atravesara un muro, pero no se siente siquiera con fuerzas para contestar, para moverse, para levantar los párpados y abrir los ojos y mirar a su madre sentada a los pies de su camastro.

—*Has dormido bastante. No puede hacerte bien tanto sueño. Es pan tostado con aceite y con una cabeza de ajo restregada lo que te traigo —señala—. Es pan con aceite. Te bebes un poco de leche y sigues durmiendo, aunque ya sabes lo que dice el médico de que no es bueno tanto dormir, de que lo que te hace falta es sólo reposar y dormir sólo las horas que duerme todo el mundo.*

—*Déjame. Estoy cansado —contesta al fin—. No tengo ganas de comer. Déjame. Estoy que no puedo tirar de mi alma.*

—*Hijo —dice ahora la madre—. Hazlo por mí. Bébete siquiera la leche.*

—*No tengo ganas, madre. No tengo ganas.*

La madre, con el trozo de pan sobre el plato de aluminio y la leche dentro de una lata de leche condensada con los bordes remachados, tercamente, lo hace incorporarse a fuerza de ruegos:

—*Es de la que a ti te gusta —suplica—, de la americana, la última que nos queda. El cura a lo peor ya no quiere dar más. Tómatela. Tengo que irme. No me hagas perder más tiempo.*

Toma la lata de leche y se la lleva a los labios. Hace un gesto de repulsa al ver el pan empapado en aceite. Bebe la leche despacio. Sus ojos negros y brillantes miran los ojos de su madre, los tristes ojos de su madre que, mientras con las uñas hurga el dobladillo mugriento del delantal, recorren las gotitas de sudor que le brotan a su hijo de la frente.

—Cuando se termine lo de las calles, no sé qué vamos a hacer. No sé qué vamos a hacer cuando se termine lo de las calles y no haya más faroles.

La madre no contesta de momento con la mirada fija en la frente del hijo. Luego dice:

—Aún falta un mes por lo menos para que se terminen las obras, y, al fin y al cabo, mientras Dios quiera que haya días de lavado por echar en la Colonia no nos faltará que comer. Hazlo por mí, Carlos —insiste—, tómate siquiera la mitad del pan y no pienses. No vas a adelantar nada con pensar. Si quieres uvas también te he traído.

—Sabes que no podría, madre, sabes que no podría.

La madre deja el plato de aluminio sobre la silla y se limpia las manos en el filo del vestido.

—Que no te vaya a dar el sol es lo que quiero. Ya sabes la de veces que te lo ha advertido el médico. No creo que vaya a venir nadie mientras te quedas solo; pero venga o no venga tú no bajas. Déjales que aporreen la puerta. Si gritan desde el corral, no hagas caso. En cuanto termine la colada estoy aquí. Si viene alguien te asomas por el ventanillo, pero no creo que nadie se lleve la ropa que he dejado puesta a secar.

—¡Quién va a venir! Anda y marcha tranquila.

La madre besa al hijo en la frente y baja luego los desconchados escalones del sobradillo. Al llegar al corral extiende algunas sábanas sobre el tendedero y sale luego a la calle.

Con el pañuelo negro dejado caer hasta la altura de los ojos, toma el camino de la «calle Abajo», sorteando los montones de zahorra que se amontonan a uno y otro lado de las regolas que abren los hombres, y la sigue a buen paso para torcer luego a la derecha camino de la Colonia.

El niño vuelve a llorar, y Rosario entra en la choza, lo saca del serón de esparto y se pone a mecerlo. Luego sale con él en brazos y se sienta en un banquillo de madera de olivo delante del rectángulo de sombra. Un tren descendente silba en la cuesta abajo de los alcores. La mujer del guardagujas vuelve a desenganchar la cadena del paso a nivel del camino de ganado, y se queda luego inmóvil sobre uno de los postes de señalamiento con la banderola arrollada. El viento mueve la falda de percal de la mujer del guardagujas. En los barbechos amarillos el sol reverbera, y en la panorámica, ante los ojos de Rosario, se mueven estrellitas fugaces que suben y bajan y se desvanecen entre los almiarés de las cortijadas y el terraplén férreo donde un hombre encorvado rebusca carboncilla que va echando en un saco.

El niño vuelve a llorar y Rosarito le canta muy bajo, convirtiendo la banqueta de madera de olivo en un balancín, la vieja canción de *Jazz* que tantas veces escuchara de labios de su madre, antes de que su madre tomara un día la carretera para no volver nunca:

*Con mi perro Bobby
y con mi maleta,
cogida del braz
de un novio poeta.
Y a Hawaii divino
en buque llegamos
Y el romanticismo
a mí me ha inundado.*

La máquina férrea suelta en los bordes de las vaguadas chorros de vapor blanquecino que llaman la atención del hijo de Rosarito, la hija de Rosario *la Mocha*, y, milagrosamente, lo hace dejar de llorar.

* * *

Hasta la penumbra de la alcoba llega el clamor del trajín doméstico que sube de la cocina por el hueco del patinejo. Con el cigarrillo

entre los labios fuma despacio. Lanza al aire rosquillas de humo. Las moscas patinan sobre el hule deshilachado de la mesa dispuesta a unos palmos de la cama. De poco sirve con ellas el «papel real» que cuelga de las vigas como una tripa seca, ni el azúcar rosada disuelta en agua dentro de un plato desconchado sobre la cómoda atiborrada de porcelanas, de estampas devotas, de iluminados retratos familiares; pero doña Mercedes, al mostrarle el cuarto, el más decente de la casa, hizo valer sus precauciones higiénicas:... «no hay una sola mosca porque, ya ve usted, les tengo puesta trampas por todas partes».

Se echó nada más llegar sobre la cama y entornó los ojos. Su camino hasta el final ha sido largo; pero ahora, mientras fuma, no piensa en nada. Se limita a arrojar, poniendo en ello sus cinco sentidos, rosquillas azules de humo. Hasta la muerte de su tía Natividad, que le mantuvo en usufructo el tercio de la herencia materna, no recibió en alud el dinero. Cuando la tía Natividad murió una tarde, inclinada sobre un reclinatorio de la iglesia de los dominicos, lo primero que hizo fue comprarse un automóvil, con el que había soñado toda la vida. Justificaba su adquisición en el «Círculo», delante del tapete verde de la mesa de juego: «Es lo primero que hubiera hecho cualquiera ¡qué carajo! Un “Cadillac” debía haber sido y no un bote de nada... Os invito a todos a coñac».

Se incorpora de la cama nervioso para sentarse ante la mesa con los codos sobre el hule, suelta la corbata, remangadas las mangas de la camisa.

Al volante del automóvil rubricó mil veces la ciudad. Se asomó a París aquel verano, tímido, inseguro. Regresó antes de la tercera semana, y en el «Círculo» se pavoneó de haber dejado en buen lugar la tradición hispana de riña o amor según el sexo. Se aburrió. Le desilusionaron las nubes altas de septiembre sobre el Sena. Se maravilló de que ninguna mujer tuviera para nada en cuenta su aire de señorito. Volvió con veinte mil duros menos y se recortó el bigote a la inglesa. Juró haber cruzado el Canal y haberse hecho un par de trajes en Savile Street. «Cosas de Santiaguín», dijeron los amigos. Nadie le creyó, pero le admitieron otra ronda de whisky.

La inquietud le hace levantarse y dar un paseo a lo largo del cuarto para llegar luego al ventanal y acodarse sobre el alféizar, después de levantar la cortina grasienta que protege la alcoba de la calina del mediodía. De la calle llega el runrún del motor de gasoil del autobús de línea recién llegado, aparcado en la acera de enfrente de la fonda, de donde se apean ya los viajeros. Maldice su impaciencia que no supo esperar unas horas —durante las que no ha logrado nada— y piensa que pudo haber realizado el viaje sin prisa en el autobús, ahorrando el importe del taxi. Hasta que el último viajero no baja del ómnibus no abandona el ventanillo.

Si viviera su tía Natividad le hubiera conminado una vez más a cambiar de vida y recordado que era congregante de la Inmaculada, y enseñado, junto al cordón azul y blanco de la congregación, el retrato de primera comunión, vestido de marinero, cándidos los ojos del madrugón y con la banda de moaré con las espigas cruzadas de la Eucaristía sobre el brazo izquierdo.

Se arrepiente de no haber sabido explotar con mejores resultados la generosidad de Mila. Siente miedo ante su aislamiento y abandona la silla donde ha vuelto a sentarse para dejarse caer otra vez sobre la cama. Dos chispas de candela abrasan la colcha desvaída de azul añil —que doña Mercedes estirara cuidadosamente al enseñarle el cuarto— y dibujan sobre ella dos grandes monedas vacías.

Infancia con regusto doliente de cobardía mimada de largos paseos al sol de mano de chacha almidonada. De los padres, ni el recuerdo. Adolescencia de billares y de novillos y, a fuerza de años, haber alcanzado la Universidad, para no sacar de ella sino dos campamentos de Milicia Universitaria —con rebaje de rancho y rosbif en la cantina— y las riendas ya sueltas de hombrecito, y el uniforme de oficial que a la tía Natividad le devolviera el recuerdo del novio subteniente que marchara a la guerra de África para no volver nunca.

Las moscas, sin hacer caso del «papel real», prosiguen sus pruebas de aterrizaje sobre el hule. De la cocina llega el olor penetrante del aceite hirviendo y la voz de un buhonero empeñado en hacerle a

doña Mercedes el artículo ante un par de combinaciones de *nylon*. Doña Mercedes suelta la carcajada y corta el chalaneo: «¡Pero, hombre de Dios!, ¿por dónde quiere usted que yo me meta esto? ¡Cuando no me sirva de tapaculo!».

El quincallero se agarra a la posibilidad de cambiar las prendas por una noche de posada.

—Pero no se entera que no puede ser —prosigue doña Mercedes— que la única habitación que tenía libre me la ha ocupado un fulano que ha llegado esta mañana y que por la pinta es de los que, como los gitanos, si no la dan a la entrada la dan a la salida... porque se ha dejado caer sin equipaje, ni muestrario ni nada que se le parezca...

La sangre se le agolpa sobre los ribazos de los labios, bajo el reflejo azulado de la barba. Se levanta de la cama, abre la puerta del cuarto y sale al corredor. Con la mayoría de edad solicitó la herencia paterna: dos paquetes de acciones y una casa de vecindad. Alquiló un apartamento de soltero en el extrarradio. Más tarde, con el abandono de la carrera se vio obligado a hacer las prácticas reglamentarias de suboficial. La tía lloró como si hubiera sido degradado por alta traición en el Barranco del Lobo.

Doña Mercedes discute ahora la calidad de las prendas interiores entre risas. En el patio de la fonda el sol dibuja planos fotográficos sobre el haz de las hojas de aspidistras, sobre el vidriado de las macetas de geranios.

Al fondo del corredor, junto al retrete, bajo un almanaque con viñeta de caza, la caja barnizada del teléfono se eterniza sobre el testero encalado. Es más penetrante el olor de la cocina. El buhonero arruga la combinación de *nylon* y la aprieta en el hueco de la mano. Luego la estira y la hace un nudo y pide a doña Mercedes que tire con fuerza de uno de los extremos, a lo que doña Mercedes se niega entre risas: «No se trata de que yo quiera comprarla, buen hombre, ni dejarla de comprar, que si fuera mi talla ya le pagaría yo de buen grado lo que pidiera por ella. Tan bien sabe usted como yo, que para eso tiene ojos en la cara, que no me entra el

juego ni por la cabeza. Ya querría yo, ya, poder quedarme con ella, que sería señal que tendría una cinturita y una pechera como ésa. No digo yo una noche de posada... la fonda entera era para usted, que ya ganaba yo con el cambio si por arte de birlibirloque y de golpe y porrazo perdiera cuarenta kilos que son los que me sobran.»

Camina hasta el teléfono. Descuelga el auricular y hace girar la manivela de llamada. Doña Mercedes regresa ya al patio, después de haber acompañado al buhonero hasta la puerta, y mira hacia arriba, hacia la cristalera de la galería del primer piso, y, en viéndole llamar por teléfono se desprende de los zapatos y sube de puntillas las escaleras; pero baja de nuevo en oyéndole colgar el aparato sin haber hablado y caminar de nuevo por el corredor para volver a encerrarse en su cuarto.

No había logrado aún llegar a su apartamento la conquista prohibida, la aventura galante con una mujer casada como había imaginado en los sueños de su adolescencia. Tuvo como un acceso de romanticismo colegial cuando la conoció. Ella supo enseguida rodearse de misterio para espolear aún más su deseo. Le propuso el abandono del marido, el abandono de los hijos. Ella le hizo desistir argumentando poderosas razones de orden moral y accedió solamente a las entrevistas de los jueves y los sábados, al caer la tarde, entre dos luces, con zaguán húmedo y escalera crujiente, con prólogos de sofá y vermut con ginebra.

En la galería, Mariquita da gritos histéricos a Niña-Linda: primores maternos inocentemente cachondos de su adolescencia pueblerina. En el jardín, entornados los ojos, Andrés no advierte el tránsito verdiazul de una lagartija por el brazo de la *chaise-longue*.

Desde la balconada de su cuarto contempla el jardín. La baranda de hierro está completamente seca y, cuando deja resbalar sobre ella la palma de las manos, el polvillo de orín no se pega ya siquiera a los dedos. Mira ahora a su hijo tendido sobre la *chaise-longue*. En la terraza de la casa de enfrente Mrs. Humprey toma el sol con un bikini, recostada sobre un «morris» listado y apura con una pajita de plástico una botella de «Cola mejorada». Niña-Linda y Ma-

riquita se persiguen jugando al escondite. Regresa a la alcoba y cierra el pestillo de la puerta de entrada. Luego saca del misal la carta recibida la víspera y vuelve a leerla sentada sobre la calzadora. El timbre del teléfono, desde el que él comunicaría desde el pueblo haber llegado, no ha sonado aún a pesar de haber transcurrido toda la mañana. Se siente desosegada. Deja la carta en el misal, pero al instante vuelve a sacarla y tomando del cajón de la mesilla de noche un encendedor le prende fuego y contempla la llama que se apodera de las letras de trazos desiguales. Vuelve a abrir el balcón para dejar caer la ceniza sobre el jardín y de nuevo a quedar apoyada en la baranda de hierro con la mirada perdida en la línea de la carretera.

La calle era como un espejo negro. El viento se agarraba a las esquinas. El zaguán se hacía interminable los jueves y los sábados cuando, sin respiración, llegaba a él en un final de primera etapa difícil después de atravesar la calle solitaria. El impermeable le venía estrecho. La tela engomada se le pegaba a los muslos al andar a un compás de lejana travesura infantil: los mismos golpes en la rodilla que, cuando de vuelta del colegio, enredaba con las katiuskas de goma dentro de los charcos de agua, las tardes que caían rápidamente, que se poblaban de fantasmas. El viento hinchaba el vuelo de su bocamanga como treinta años atrás hinchara también su capita de hule y la tornasolara de gotas de agua y manchas de barro.

La escalera se hacía interminable. Las gotas de agua saltaban desde el dobladillo a los escalones. Nunca se creía segura antes de percibir el vaho tibio, luego de estrangular la cerradura con el llavín. La penumbra de cada descansillo se le encabritaba en los ojos. Enfundada en el impermeable estaba convencida de estilizar su línea, de agudizarla hasta lo inverosímil, hasta la medida exacta de las siluetas de *Vogue*. Se aferraba a la manga ranglán, al medio tacón, al recurso último por escamotearse los años y las arrugas que empezaban a surcarle la cara.

Fue su último intento de reconciliación. Cada escalón abría una ventana de posibilidades. Por fin, la doble vuelta de la llave saltó dócil y la puerta perfiló el rectángulo de luz.

—Todo lo que puede pasar es que tenga que cambiar de cerradura —dijo él—. Ganas de complicar las cosas. Sabes, tan bien como yo, que es imposible seguir. —Se recortaba en el contraluz de la puerta cerrándole el paso.

—He venido sólo a devolverte la llave.

—Perdona, pero es mejor así. Es siempre mejor cortar a tiempo.

—No hay nada que perdonar.

Salió sin estridencias. La tarde se abría en abanico de nubes. Se descubrió fantoche embutida en el impermeable juvenil, con los tacones bajos, oscilantes las caderas, sin forma casi bajo el cinturón.

Regreso de día de aguacero y presión atmosférica al borde de la locura. Regreso con rabia de burdel y arrepentimiento. Regreso para la sonrisa al marido y a los hijos con caricias al atardecer, cara a los cristales del balcón del cuarto de estar estallados de malva, con el deseo insatisfecho sobre los párpados y los ojos brillantes y angustiados.

La ceniza está ya pulverizada abajo, en el jardín; es apenas un revuelo como de negras moscardas que la débil brisa pone en pie; pero a ella le parece que todos los trozos de la carta siguen unidos, o que, cada uno de los trozos ha tomado vida y siguen suplicando todavía después de quemados, o que ni siquiera están quemados sino que han vuelto a reproducirse y seguirán reproduciéndose mientras sigan allí sobre el seto de pitósporos o sobre la grama, antes de que el viento fresco de la noche consiga arrastrarlos y llevárselos volando hasta el olivar.

Cada uno de los trozos —como pedía la carta antes de ser quemada, destruida por el fuego, si es que verdaderamente hubiera sido destruida y no estuviera allí todavía chillando más fuerte que el recuerdo casi olvidado ya— sigue pidiendo un puñado de billetes para completar el pasaje para Venezuela; cada uno de los trozos continúa allí insultante, como un grito, lleno de veladas amenazas disfrazadas de cortesía; cada uno de los trozos se obstina fiera, urgentemente, en conseguirlo a cambio de la devolución de un puñado de otras cartas —que ella ahora después de tres años no recuerda siquiera haberle escrito— que él jura tener sujetas con un cordón rosa y que todavía conservan su perfume. Cada uno de los trozos anuncia el viaje y anuncia la llamada telefónica y anuncia la entrevista y anuncia el momento solemne del trueque, del rescate, y como éste ha de ser llevado a cabo lo más discretamente posible, como si se tratara del rescate de un niño, o el rescate de un prisionero de guerra, o se tratara del rescate de una mujer y no del rescate de un trozo de vida simplemente orlado ahora por el prurito del falso honor en el que no creen ni una ni otro.

El teléfono no ha sonado aún. Niña-Linda se orina sobre el delantal de Mariquita. Mariquita riñe a Niña-Linda; pero los ojos lejanos, ultramarinos de Niña-Linda no comprenden nada. El sol cruza las lanzas verdes de la cancela y dibuja cebras sobre la grama, Mrs. Humprey da la vuelta sobre el «Morris» para tostarse la espalda. La pluma más erguida y más azul de la cola de un gallo cosquillea el vértice clavicular de Andrés.

Todavía continúa unos segundos en la baranda, con los ojos perdidos en la lejanía cenicienta del olivar, indecisa, sin saber si todo ha pasado y no ha sido todo sino un sueño, a pesar de las negras motas que cuelgan del seto de pitósporos y que no acaba de arrastrar el viento, o si el timbre del teléfono acabará tocando finalmente.

* * *

—Vale sin pensarlo —dice Toto—. Ahora que no disponemos éste y yo —señala a Antonio el de Cristóbal—, sino de una hora para almorzar, y, con el bocado en la boca, por lo menos yo, tengo que agarrarme al piochín.

Eugenio, sin moverse de la silla, deja resbalar las manos por el cuello, subiendo la barbilla y bajándola, pasando luego las palmas a las rodillas y sobándose el pantalón:

—Lo dicho. Un par de cervezas os doy. Ahora que de vino cagación, nada.

Toto lo agarra por un hombro y lo levanta de un tirón:

—Al toro, chacho, que es una mona.

Entran los tres en la taberna y se colocan delante del mostrador. Se fríen patatas en la cocina y el humo pegajoso se agarra a las gargantas. Del salón contiguo llegan los tacazos sobre las bolas de billar y el chirriar de las rodajas de baquelita movidas horizontalmente por los jugadores en el alambre donde se anotan las carambolas. Toto tiene ganas de gresca amistosa, de banderillazos bajo cuerda, de solapada garata:

—¿No te da vergüenza beber con dos mataos como yo y como el Antonio, señorito? ¿No te da vergüenza? Habla al menos un poco el francés, que se vea que aprendiste algo. Que si no de poco te ha servido haber vivido un año en Francia.

Antonio tercia mientras da a Eugenio un golpe de chacota bajo el vientre:

—¿Qué tiene que ver, verdad tú, qué tiene que ver que sepas o no sepas hablar francés? —y dirigiéndose a Toto—. Lo que interesa es la «tela» y «tela» se trajo de sobra.

Eugenio sonrío, pide a Florencio tres «bodes» de cerveza y se apoya en la barra:

—Hablar, lo que se llama hablar, lo que se llama hablar bien, no. Ahora que para salir de un aprieto...

—Te imaginas que estas en un aprieto y ya está —dice Toto—. Como si tuvieras que preguntarle por una calle a un guardia. Igual que cuando tuviste que ir a pedir trabajo.

—No es lo mismo. No se va a poner a hablar sin venir a cuento —vuelve a mediar Antonio—. ¿Verdad, Eugenio?

—Siendo yo él, por hablar no iba a quedar mal. ¡Ya ves quién te iba a entender! Sino, lo dejas para el domingo a la hora del paseo por la carretera. Allí te podías lucir. Allí puedes hacer las diez últimas con la guayabería y darte pisto.

Eugenio apura su cerveza de un golpe y cambia de conversación:

—A ti no te he visto en toda la mañana. A éste —señala a Toto— toda dale que te dale con la piocha en la regola; pero tú...

—Ni lo has mordido ni lo muerdes, que es una misma cosa —dice Toto—. Éste está con los encofradores a la sombra abajo de la calle, en el depósito de agua. ¿De piochín éste? —gesticula—, ni el mango. ¡Pero si no tienes más que mirarle a la cara! Una semana estuvo en las zanjas y lloraba como un niño.

Antonio se encoge de hombros:

—¡Todo lo que sea quitarse un mal golpe de encima! ¿Tú que dices, Eugenio? Cuando haya que dar la cara porque merezca la pena, se da como cualquiera. Ahora que mientras uno pueda aliviarse...

—Cuando vayas a Bélgica, le dices eso al listero o al capataz —dice Eugenio—. Le dices que quieres aliviarte.

—Tú sabes bien, Eugenio, que cuando hay que doblarla y tomarse interés, la doblo como el primero —le soba la camisa—. Con un sueldo de hambre poco se le puede exigir a un hombre. Que si me recomendaras quedabas a la altura que mereces; que sabes que soy hombre para todo y que, cuando quiero ser largo de faena, soy largo. Que si tú quisieras no cogía yo más el piochín ni el encofrado

ni la biblia. Que si tú quisieras me sacabas de esto y me llevabas contigo.

A Eugenio le tiembla por un momento la lejanía de las tristezas pasadas, de las soledades aprendidas de la morriña enganchada a cada tarde sin sol de once meses:

—Si estuviera en mis manos... sabes que lo haría con mil amores. ¿Quiénes mejores que tú o que éste para estar conmigo? ¿Quiénes mejor? Pasa que yo no tengo influencia ni tengo nada de nada para sacaros. Que si estuviera en mis manos...

—En tus manos está.

—¿Qué sabes tú?

—Que te lleva. ¿Sabré yo que te lleva? —dice Toto—. Aunque no sea más que por no oírte, te lleva, o acaba cogiendo el camino y yéndose solo antes de tiempo por quitarse de encima un tío tan pesado como tú. ¡Ni que éste fuera obispo para tener la mano que tú te figuras! Bastante tiene cada uno con sus cosas, que hay que ver que te pones pesado.

—No te fíes de éste —dice Antonio— y no te figures que en el depósito no se trabaja. A lo mejor más, ya ves. ¡Vaya un enchufe el encofrado! ¡Con la leche que tiene el depósito desde arriba! Más alto que la torre, fíjate. Esta tarde te pegas un garbeo y lo ves. Lo mismo está uno expuesto a perder pie y estrellarse y partirse el alma —mete la mano por debajo del peto del mono, en el bolsillo de la camisa del ejército y saca un cigarrillo arrugado y lo enciende—. Enchufe el de tu primo con los farolitos —dice luego dirigiéndose a Toto—. Eso es un enchufe...

Toto lo mira despacio. Luego chasca el pulgar y el índice sobre los ojos de Antonio el de Cristóbal:

—¡Que yo faltarte no te he faltado para que saques a relucir las desgracias familiares, que nadie ha sacado aquí a mi primo a relucir para que te tengas que meter con él!, ¿estamos?

—Eso no es faltar. Que si te picas...

—Nadie ha dicho hasta ahora esta boca es mía con lo de Carlos. Tenías tú que ser el primero. Hasta a los correturnos, que eran los únicos que podían salir perdiendo y que les hubiera tocado de fijo la guardería, les pareció bien cuando el maestro le llamó, en vista de cómo estaba, y le encargó de las señales. Ni un solo fulano de su cuadrilla se quejó tampoco cuando lo escogieron, al revés; que si no llega a soltar la piocha a tiempo se queda tieso en la regola como un pajarito.

—Cuando yo me fui había dejado de toser y parecía otro hombre —dice Eugenio—. No te he preguntado por él porque no sabía. Me figuré que lo mismo estaba otra vez trabajando en su oficio, de peón, e iba y venía todos los días en bicicleta.

—En cuanto le dieron de baja, como es natural, lo despidieron. Le quedó el seguro, pero a los seis meses le cumplió. Luego, ya sabes: que si tenía que solicitar una prórroga, que si la solicitaba y no la solicitaba... total que, con una cosa y otra, pasó el tiempo; que si tenía que escribirla a máquina y ¿de dónde iba a sacar él una máquina? Para las malvas está, que para mí que ya lo suyo no tiene arreglo. Ahora, con el buen tiempo, menos mal, va tirando. Lo malo será cuando llegue el invierno; que no hace falta ni el invierno, ése se va con el veranillo del membrillo. Y eso que dice éste —señala con el índice a Antonio— que los faroles no tienen trabajo, vamos a dejarlo. Que toda la noche no está en vela, conforme. Que le echa a los faroles la mitad del aceite que le tiene que echar, conforme también. Que se queda con él cuando se le presenta ocasión, ídem de lo mismo. Que trinca todas las semanas doce pesos más; pero que, muriéndose como está, demasiado hace. Y otra cosa: que si ocurriera una desgracia por su culpa, por mor de los faroles, se buscaba la cárcel pa los restos. Mientras dure la obra que se aproveche. Cuando acabe, que siga otra vez echando los pulmones por la boca.

Eugenio le da unos golpes cariñosos:

—¡Anda, no te pongas así, no hables de mal fario! El Carlos tuvo siempre buena naturaleza. El Carlos fue siempre como un roble. ¿Os acordáis cómo se echaba a la espalda los sacos de cien kilos? El Carlos se cura, que hoy lo de la caja de cambio es una cosa que tiene arreglo. Un argelino que trabajaba conmigo en la fábrica se le clavó una vigueta y le hizo un boquete de costilla a costilla; pues se curó. Estuvo siete meses en un hospital y se curó.

—¿En un hospital? No sé a qué hospital quieres que vaya Carlos a que le curen... No sé a qué sitio ni quién le iba a dar las medicinas.

—Yo no quise ofenderlo —dice Antonio—. Se me fue la lengua porque empezaste con la leche de la carga; que tú eres de los que crees que no ofendes y ofendes; que desde esta mañana estás dale que te dale, y yo no soy de piedra y algo tenía que decirte. ¡Que tú sabes que yo aprecio al Carlos, que para eso me he criado con él como quién dice! ¡También sabes que no soy de los que se alegran de las desgracias de los amigos!

—Lo que hayas querido decir tú sabrás —dice Toto—, pero la razón no tiene más que un camino, y tú eres de los que le buscas tres pies al gato cuando te conviene, y tiras la piedra y escondes la mano. Nos conocemos ya muy bien todos, y cada uno sabe del pie que el otro cojea.

Silencio. Pensamientos que vuelan de una cabeza a otra sin salir de los labios. Las bocas están ya templadas con las jarras de tres cuartos de cerveza. Neblinazo turbio de prólogo de humera. Ante ellos las jarras ya vacías, el mostrador solitario.

—A ti también te pasa —dice Eugenio de pronto dirigiéndose a Toto— que hablas más de la cuenta. Eres un fuguilla y todo se te va por la boca; quemas en salva todos los cartuchos. Que no es que yo quiera, mucho cuidado, echaros a reñir; que si os busco es porque con nadie mejor que vosotros me gusta gastarme los cuatro cuartos cochinos que se ahorraron y que nadie me regaló, sino que muchas horas me costaron ganarlos trabajando también, sino de sol a sol, porque el sol pocas veces me lo eché en cara, desde la

mañana a la noche. Ahora que aguantaros una discusión no estoy dispuesto...

Se hace el vacío después de sus palabras. Un silencio tenso, vibrante, donde los ojos de Antonio buscan a los de Toto y los de Toto los de Antonio.

En la puerta de la taberna el sol abre un rectángulo de sombra bajo el toldo. Dentro de la taberna, una codorniz prisionera restriega su pico rojizo por los barrotes de su jaula colgada de una viga. Algunos viajeros que se dirigen a la ciudad y que esperan la salida del autobús de línea, toman café al otro extremo del mostrador. Bajo la cabeza disecada de un toro de lidia, alineadas sobre un papel de estraza pegado a la pared, cuelgan las orejas de una veintena de liebres sobre una ristra anaranjada de pimientos secos.

El pulso vuelve por fin lentamente. Para Eugenio es como si el tiempo se hubiera detenido un año, como si no hubiera cruzado el último olivar. Sueño su viaje. Mentira su viaje. Mentira su ausencia; su faena en la cadena de los «Dos caballos» de la factoría parisién. Mentira su cacheo y su detención en la Plaza de Italia por la sospecha de sus rizos negros, del tinte aceitinado de su piel. Mentira. Como si nada hubiera sucedido realmente. Mentira su llanto los primeros meses, sin una mujer, sin un rayo de sol, sin una sonrisa, sin el consuelo de la voz materna. Mentira la morriña espesa de sus once meses, sus paseos solitarios de los domingos por la orilla del Sena, sus sábados de cinematógrafo para no entender sino la imagen...

Una de sus manos se agarra al hombro de Antonio y prende el tirante de su mono azul salpicado de goterones de cemento; la otra aprieta también la camisa de Toto. Y las dos manos quedan sobre los hombros amigas quietas, inmóviles, Nada ha pasado. Mentira los ferrocarriles a ciento treinta por hora. Mentira sus dos noches de amor con una estudiante polaca.

—Pon tres vasos limpios, Flore, y una botella de vino blanco —dice—. ¿Sabéis cómo se dice en francés vino? —pregunta a Toto y a Antonio—. *Vin* se dice, *vin*, casi igual, casi lo mismo.

Florencio coloca la botella de vino sobre el mostrador y seca luego el borde de los vasos con el delantal. Va llenando después los vasos mientras sonrío. Enseguida saca tabaco y lo ofrece al grupo:

—Cuando hay una reunión así como esta vuestra da gusto. Da mucho gusto ver a los amigos juntarse otra vez. Ya echarás tú de menos estas cosas por allí, ¿verdad, Eugenio?

—No sé qué quieres que eche de menos, Flore; porque en mi puñetera vida me he podido permitir invitar a tres cuartos de litro de cerveza por barba como hoy; que muchos vasos de vino te he tenido que dejar a deber en mi vida, y no porque te faltaran a ti ganas de pedirme el dinero, que algunas veces hasta me daba vergüenza pasar por la calle, no fuera a ser que me hicieras pasar el bochorno que una tarde me hiciste pasar por cuatro cuartos de nada.

Florencio no sabe qué contestar; pero acaba por salir enseguida al paso:

—Cosas de chavales. Cosas de juventud en la que todo está disculpado. Que eres un hombre de bien a la vista está; que tu madre dice por ahí con la boca llena, para que se entere todo el que la quiera oír, que no ha pasado un mes sin que hayas dejado de mandarle dinero. Desde luego se lo tiene merecido la pobre que tanto hizo por ti cuando no tenías de donde y no ganabas un cuarto; que nunca te faltaron las dos o tres pesetas para tomar un «medio» por la tarde, que a ella le salían de los riñones, de lavar un día y otro del año, de llevar huevos a la capital para venderlos, teniéndose que levantar al alba —dice con reticencia.

—Anda, Flore, qué más da ya, perdona. Al fin y al cabo ahora comprende uno que no hacías sino mirar por tu negocio y por una peseta, que es por lo que se debe mirar. Tómate tú también un vasito con nosotros para que veas que no te guardo rencor, que no es sino una broma que he querido gastarte.

—Sabes que te lo agradezco igual, como si lo tomara —dice Florencio—; pero que va ya para tres meses que no lo pruebo. Como si lo tomara brindo por vosotros a la salud de los tres.

Florencio camina ya hacia la cocina. Toto vuelve a llenar los vasos:

—Has hecho bien con soltarle la pulla. El muy marrano... Ahora mucha risita y mucha coba. Ya no se acuerda cuando no te dejaba entrar siquiera en la taberna.

—También es que el Flore tiene el negocio, y un negocio hay que atenderlo, y siempre que pudimos hacerle una jangada se la hicimos —defiende Antonio—, las cosas como son.

Los ojos brillan turbios. Toto da un papirotazo a una mosca posada sobre el mostrador. De pronto, sin haberse puesto previamente de acuerdo, sin ninguna señal convenida, las manos se buscan las unas a las otras para iniciar el palmoteo. Al principio por lo «bajini», luego a prisa, nerviosas, epilépticas. Son que pide acompañamiento. Invitación para dejarse caer por «fiesta». Silencio. Sólo el vuelo de las moscas y el vuelo de las palmas.

El vino blanco, dorado, rubrica el horizonte de los vasos limpios. El reloj de la torre da un tizeretazo al tiempo. La campanada única, redonda, quiebra la geometría encalada. Los mocasines de Eugenio inician el respunte, mientras por su garganta ronca se desbordan los primeros «jipidos» de la tristeza. Las palmas se adelgazan, se apagan suavemente, cuando Eugenio canta:

*Esquilones de plata
llevan los bueyes.
¿Qué llevas en la boca
que se te enciende?
Esquilones de plata
llevan los bueyes*

* * *

Doña Mercedes, bajo la campana de la cocina, espuma la olla. Luego se desboca el escote hasta que asoma a su hombro izquierdo la tiranta rosada y mugrienta de su combinación. Flojo el nudo que la acorta y que ahora deshace, la combinación asoma unos centímetros bajo el vestido y le abanica las corvas. Tira hacia arriba de la tiranta y vuelve a apretar el nudo con destreza malabar. Repite la operación sobre el hombro derecho y espuma otra vez el guiso.

La manivela del teléfono gira de nuevo arriba, en el doblado. Descorre la cortina que separa la cocina del patio y escucha con atención poniendo sus cinco sentidos.

El teléfono de doña Mercedes ha conocido tiempos mejores. Treinta años atrás, cuando el pueblo era parada y fonda de la línea de los andaluces, la casa de comida —posada, fonda y casinillo—, «La Consolación», propiedad de don Ruperto Arias, albergaba hasta dieciséis camas de hierro dulce con floridas perinolas de latón y colchones de lana merina. El teléfono es una de las pocas cosas que han sobrevivido a la muerte del patrón. La casa fue dividida entre sus hijos. En la parte que a doña Mercedes le correspondió —por no tachar la tradición fondil por seguir el juego del pupilaje con las aves de paso que tantas veces habían consolado el calor y el frío y la soledad de su alcoba de soltera— continuó el negocio rebajando a la mínima expresión la posada y dándole una orientación culinaria, espejuelo de viajeros de comercio y buhoneros ambulantes. En la guía de teléfonos sigue apareciendo la sonora denominación: «casa de comida, fonda, cocina familiar».

La manivela ha dejado de girar. Doña Mercedes cuelga la espumadera en el bordillo de la campana y se arriesga a espiar desde el primer tramo de escalera. Vuelve a desprenderse de los zapatos y a subir de puntillas hasta el primer descansillo.

Santiago musita sobre el auricular mientras sonrío. Doña Mercedes espía la voz y el gesto, y un remilgo de desdén le sube por el camino seboso de la garganta hasta los labios. Ansia coger alguna frase que justifique la sonrisa del pupilo, pero la conversación se lleva a cabo tan en voz baja que le es imposible atar un solo cabo. Sin embargo, la sonrisa parece ser suficiente para desvanecer sus

dudas sobre la capacidad financiera del huésped. Baja despacio, apoyándose en la baranda, latiéndole en el pulso una desazón de arrebato juvenil.

De nuevo vuelve a su quehacer. Un instante después la sobresalta un grito que en un principio cree llegado de la calle, porque sale de la cocina, cruza el patio y se asoma al portal. Al cruzar, ya de vuelta el zaguán, los gritos llenan toda la casa. Desde el centro del patio contempla al huésped colgado del teléfono gritando como un desesperado. No sabe si seguir en el patio o regresar a la cocina. Todo transcurre luego en un instante, inexplicablemente. Al mirar de reojo encuentra al pupilo bajo el arco de medio punto que separa el patio de las habitaciones bajas, de las alcobas que asoman el filo flecado de las colchas. No puede evitar dar un chillido histérico.

—Quería sólo decirle que me quedaré a almorzar —dice Santiago sonriente.

—Pues me ha dado usted un susto de primera. Estaba hablando arriba y de pronto se presenta usted abajo como un fantasma.

La sonrisa se acentúa alrededor del brillo de los dientes:

—Debe perdonar. No ha sido mi intención asustarla.

—No, claro, si ya me figuro; pero que me ha dado un susto que para mí se queda. Si es por la comida no se preocupe...

—Lo bueno es que a lo mejor me tengo que quedar en el pueblo un par de días.

—Es lo que les pasa a todos. Creen sacar el primer día un buen número de notas y se encuentran con que en unas horas no tienen tiempo para nada. Ya sabe: No se ganó Zamora... Y usted que no ha salido siquiera a visitar...

—Yo prefiero siempre ver la forma de arreglar las cosas por teléfono, si es posible. En estos asuntos, ya sabe usted, es preferible

saber a qué carta quedarse. Lo que yo vengo es a cobrar, ¿comprende?

—Huy, ¿entonces que me va usted a decir? Aquí, como en todos lados, mientras venga a repartir dinero... ya le recibirán con buenos modales, ya, y le harán a usted estar perdiendo toda la mañana en copas en un lado y en otro. Ahora que para cobrar pare usted de contar, que uno le pondrá la pega que no está en su casa, y la mujer de otro le dirá que ha salido al campo, y el tercero le saldrá con lo de una transferencia de aquí a dos días. ¿Qué me va usted a mí a decir? También pasa que este año ha caído más agua que la que debiera y se encharcaron las hazas y alguno no ha cogido ni la semente. Mientras la aceituna no empiece a verdear, todos andamos mal de cuartos. Ahora que, eso sí, formales somos en el pueblo. Si le deben dinero se lo pagarán tarde o temprano. Usted, por supuesto, ha hecho bien en venir y en cerciorarse antes por teléfono si el fulano está en el pueblo. Bueno es pegarle un palito a la burra de vez en cuando.

—Pues nada, agradecido.

—Sabe que tiene la posada a su disposición para lo que se le ofrezca. Y si lo que quiere ya es almorzar, la comida está a punto.

Un erice de miradas, un calibrar de incertidumbres mientras le conduce al comedor. En el rabillo de los ojos centelleantes de doña Mercedes se enciende una lucecita lúbrica.

—Vaya tomando asiento que enseguida le saco el mantel y le pongo el cubierto. El vino que tengo no es del otro jueves, pero para la comida ya le servirá, ya. También que coincide usted con que la doméstica se ha tenido que llegar al apeadero del ferrocarril a recogerme unos paquetes y tengo atrasado todo esta mañana. Si quiere usted mejor una botella de cerveza, tengo una docena de ellas en la fresquera, de modo que no hay novedad y no hay que apurarse.

—A mí me es igual. Soy poco exigente con la bebida. Ahora que me apunto a la cerveza si no es mucha molestia.

—Ande, ande, que ya le abro a usted una botella fresquita para que vaya haciendo boca —dice doña Mercedes cuando abandona el comedor.

Al llegar a la cocina le palpita a prisa el corazón.

Antes de abrir las alacenas para sacar la botella de cerveza, sin fijarse siquiera en lo que hace, arroja un puñado de sal sobre la olla humeante, y, sin acordarse siquiera que envió a Seráfica, la doméstica, a media mañana al apeadero ferroviario, la llama a voces.

* * *

Apoyado sobre el brazo derecho de la *chaise-longue*, Andrés, deja resbalar el cuerpo por la lona listada; luego se incorpora lentamente y, escurriéndose de la zona de sombra, engurruña los ojos y enfila el seto de la izquierda del jardín. Aunque el seto es alto, el trampolín de la piscina vecina se percibe con toda claridad, a contraluz del sol, desde su nueva posición.

Ningún golpe seco de portezuela de automóvil, ningún chirrido de neumáticos sobre el bordillo del acerado. Como todos los días, a la misma hora, las notas cortadas del *pick-up* dos bandas cambian de ritmo. Los *blues* lentos sustituyen a las rancheras. La melodía rueda lenta, lánguida y pegadiza, sobre el seto de pitósporos: evocaciones y recuerdos; breves evocaciones y recuerdos de sus cortos años. Preferiría el chasquido enervante de un «carnavalito», la música de la mañana llena de gritos entrecortados, las dolientes voces de la música negra...

Sam Cheehw ha vuelto, a pesar de que él no ha sentido el inconfundible runrún del motor de su automóvil al llegar, ni las voces de su mujer dándole instrucciones para entrar por derecho el coche en el garaje, ni el golpe seco y cortante de las portezuelas.

Sobre el trampolín, bronceado natural, torso de luchador, *slip* celeste donde se despereza la silueta escarlata de un águila regia, el mayor Sam. Después, el mayor Sam en el aire. Enseguida

los brazos y la cabeza del mayor Sam en el rectángulo verde de la piscina.

Haciendo bocina de las manos, al borde mismo del trampolín, solicita Linda, que ha subido tras su marido por la escalerilla de hierro, que Mariquita devuelva a Niña-Linda a su casa.

La carne que modela el bikini de la mujer del mayor es carne joven, carne doliente de muchacha. Andrés, como todos los días, sirve de enlace entre la mujer del sargento y la Mariquita. Grita remedando el deje somnoliento:

—Mari haz el favor de llevar a Linda que ha llegado su padre. No me macanees y no te vayas a dilatar.

Tras el seto, asomada al borde de la piscina, agradece cantarina y acuosa Linda Cheehw.

Rectificación de todo el maquillaje, alargamiento del rabillo del ojo, faja tubular; repaso de esmalte a las uñas de los pies asomadas por la zapatilla de rafia descubierta. Setenta pulsaciones. Respiración normal. La llamada telefónica ha acariciado la herida que ya no tenía abierta, la herida bien calcificada del recuerdo, bien cicatrizada de egoísmo, sólida y bien templada.

Cuando se asoma a la baranda descubre la presencia de su hijo al sol, fuera de *lachaise-longue*, llamando a Mari en mitad del jardín. Agita una mano sin hablar y Andrés hace un gesto de fastidio y deja caer los brazos y encoge los hombros y regresa a la sombra de la morera.

Mariquita baja ya los escalones del porche con Niña-Linda en brazos; atraviesa el jardín y saca la lengua al llegar a la altura de Andrés. Luego empuja la verja y sale a la calle con Niña-Linda de la mano. Ahora no pasa siquiera la mano por la baranda antes de entrar. La mano perfilada y sedosa, suavizada con la «crema de día» queda flotando en el aire sin llegar a caer sobre el listón de hierro del balcón. Se siente más tranquila sabiéndose segura de sí misma, con los nervios templados, sin emoción, convencida de que en la cita que acaba de concertar por teléfono para media tarde, antes de

que el sol caiga del todo, antes del regreso de su marido, será ella la que fije las condiciones.

Cuando Mariquita regresa se sienta a los pies de la *chaise-longue*:

—Cuando quieras puedes almorzar.

—No tengo ganas.

—Vaya verano que te estás tirando. Ya te quisiera yo a ti ver desvaretao olivos en lo alto de una escalera. Ya veríamos si te entran o no ganas de comer.

—Ya quisiera yo poder desvaretar olivos.

—A los cinco minutos estarías que no te cabría el alma en el cuerpo. Ya quisiera saber yo para que valéis vosotros. Cualquier pelentrín escuchimizado de nada es capaz de desvaretar treinta olivos en medio día. Ya te quisiera ver yo, ya.

—Como de todas formas las mismas ganas de comer voy a tener ahora que luego, me puedes traer la comida.

De la piscina llega el rumor del agua, la algarabía de los gritos en inglés y en mejicano del mayor San y los suyos.

—Tampoco se pega el pollo —dice Mariquita señalando el seto— buena vida. Cuando no en el agua en el cochazo; cuando no dándole al vaso o leyendo tebeos. Así sí que se puede vivir.

El agua se remansa en el cuadrilátero añil. Linda Cheehw sube con Niña-Linda en brazos por la escalera del trampolín y agita una mano al ver a Mariquita y Andrés. Luego se tiende sobre la tablazón de madera a tomar el sol sujetando a su hija contra el pecho.

El mayor silba y canta luego a media voz, tendido también al sol, sobre la grama, una pegadiza melodía que sumerge a Andrés en una larga cabalgada por el lejano Oeste con un fondo piramidal de tiendas indias levantadas sobre las verdes praderas del cinemascope.

—Tampoco se pega el pollo buena vida —repite Mariquita mientras se amarra las cintas de sus alpargatas antes de subir de nuevo la escalera de ladrillo del porche.

* * *

La encina se tuerce hacia la izquierda del vallado tras el que se revuelcan los cerdos somnolientos en el lodazal. El manubrio ha quedado más arriba, defendido del sol, sobre el cuadrilátero de penumbra formado por la esquina de la iglesia y el almacén de aceitunas, lejos de los chicos que todavía juegan sin cansarse, sin notar la modorra de la siesta, alrededor de los olivos que circundan la aldea.

Están los dos recostados sobre el pasto que, bajo el encinar, dejaran los hombres encargados de la empacadora desparramado por el suelo cuando abandonaron el trabajo para asistir a la boda.

—Para mí —dice Pilete—, que casi hubiera sido mejor no haberles hecho caso y haber seguido. El vino así, a lo loco, deja los pies fríos y la cabeza caliente, y en verano la cabeza y los pies. ¿Estás dormido?

—¿Cómo quieres que esté dormido? —contesta Garabito—. Con los ojos cerrados y gracias. Mientras no dejen de enredar esos críos.

—Pues tú siquiera tienes ganas de dormir, yo ni eso. Dale que te dale me tienes reinando. Si hubiéramos seguido nuestro camino sin entretenernos estaríamos ahora echando una buena siesta en la posada, y puede que no hubiéramos almorzado cordero como hemos hecho, pero nos hallaríamos en forma.

—Tú eres de los que todo os parece mal. Mal sabes tú cómo se ventilan hoy los cuartos... Pagarnos lo que nos ha pagado esta mañana el padrino por un capricho no se cobra todos los días, y a una buena caldereta tampoco se le echa el ojo así como así.

Se habían detenido un instante en el penúltimo alcor, a la entrada de la pequeña aldea atravesada por la carretera. Pasaban ya de largo, cuando el padrino de la boda, con su traje azul cruzado y su corbata gris, les llamó para tocar en la corraleda del almacén de aceitunas, bajo el toldo donde había de celebrarse el convite. El padrino había sacado veinte duros de la cartera y se los había puesto en la mano a Garabito: «Ni radio, ni gramófono, ni nada — había dicho el padrino—. No hay como un pianillo para alegrar la fiesta. Donde se ponga ya se pueden ir quitando los violines y el órgano y hasta el mismo acordeón. Saliendo bien la fiesta y llevando unas piezas que sean del agrado del público, antes de que termine la comida, echamos un pañuelo y lo mismo os encontraréis con otros veinte duros más. Aparte que el almuerzo os sale del barato porque estáis invitados.»

Empujaron el manubrio dentro del almacén y lo situaron en una de las esquinas del corralón protegido del sol por una gran vela de lona blanca. Se turnaban. Mientras uno daba vuelta al manubrio el otro, sobre el suelo, apuraba la caldereta de cordero al estilo de la tierra. Dejaron a su alcance una garrafa de vino tinto mezclado con gaseosa donde flotaban pequeños terrones de hielo que cuando la fiesta concluyó difícilmente medianeaba.

En el corralón las mozas bailaban «el agarrado» las unas con las otras, no atreviéndose a hacerlo con ningún mozo por mor del cura que presidía la mesa nupcial.

Cuando los novios entraron en el almacén, el padrino arrojó un puñado de calderilla a los chicos e intentó luego convencer al cura para que dejara bailar juntos mozos y mozas, pero el cura se levantó, brindó por los novios, y aprovechó el brindis para denunciar una vez más las funestas consecuencias del baile. Los mozos terminaron por bailar también los unos con los otros. Alguno se ponía un pañuelo sobre la cabeza e imitaba gestos y andares femeninos. El cura terminó por enfadarse y mozos y mozas escaparon juntos para bailar al sol, fuera del toldo, en mitad de la calle. El padrino decía: «Ya se le pasará a don Miguel el avenate, ya, en cuanto empiece a entrarle bien el vino»; pero el cura seguía comiendo sin tocar una sola copa, y los mozos y las mozas tuvieron que seguir

bailando en mitad de la calle, al lejano compás de los pasodobles del organillo, resbalándole el sudor a ellos por las blancas camisas y a ellas por las sisas de los vestidos de crespón azules o rojos.

Cuando terminó la caldereta, el padrino pasó el pañuelo entre los invitados y dejó caer sobre el platillo de aluminio de Garabito muy cerca de otros veinte duros. «Ya han tenido suerte, ya —decía el padrino a Garabito—, al coincidir pasar por la carretera con la celebración y que yo haya sido el padrino, que para eso la novia es mi sobrina carnal, y no el padre del novio, que es un matao que no tiene nunca encima dos pesetas, como toda la familia quería. Y, por si fuera poca vuestra suerte, que haya coincidido también con el arqueo que se hace en el almacén cada semestre y con que se le hayan pagado ayer los puntos al personal, que si no, ya, ya. Estando como están las cosas y habiendo resultado tan penco el embarque de la aceituna el pasado año, no hubieran hallado en el pueblo ni un botón para muestra.»

Luego que salieran el cura y los familiares de los novios, mozos y mozas desarticularon la larga mesa formada por los bancos y las crucetas del almacén, apilaron a un lado las aspas y los tableros del escogido y empezaron a bailar libremente, arrastrando los pies sobre el albero amarillo bien apisonado del corral.

Los dos siguieron bebiendo el vino dulzón, ya caliente y turnándose en la manivela hasta que el padrino regresó al corral con los ojos brillantes, sin chaqueta ya ni cuello de brillo, y les dijo que era el primero que lo sentía, que si hubiera sido de noche, por muy tantas de la madrugada que hubiera marcado el reloj, los hubiera dejado seguir alegrando la fiesta, pero que estando ya próxima la hora de la siesta sería tontería desaprovecharla, y que cada cual debía de volver a su casa y a su quehacer, y a su sueño si el cuerpo le pedía dormir, y que la música no podía gustarle a nadie más que a él le gustaba, siendo, sin embargo, el primero en comprender que también era justo que ellos, los murguistas, descansaran, que bastante le habían dado ya a la manivela, y que aunque esto no fuera motivo suficiente para levantar el campo, aunque los jóvenes quisieran seguir todavía bailando, los mayores sentían ya las ganas de irse un rato a descansar, su mujer la primera, y que con la algarabía

de las voces y la música, dado que no corría la brisa y que no había manera de que el aire se llevara las notas, sino que quedaban como flotando sobre la aldea, daría al traste con el sueño de las mujeres y de los hombres que por una sola vez, sin ser domingo ni festivo, podían permitirse el lujo de echarse un rato sobre el camastro con el estómago lleno de carne y la cabeza cargada de vino.

—Ya me dio a mi pena la novia con su ramillito de flores blancas —dice Garabito—. Lo que dura un pitillo le durará al galán la que-
rencia de las entrepiernas. Luego, ¡Dios que lo crio!, verano e in-
vierno, noche y día, en la parva o en el desvarete de la oliva, en no
faltándole el trabajo, y por la noche arriñonado al volver, los niños
que chillan y la panza de los por venir, mirando caer la lluvia to-
mándose un vaso de vino en la taberna por olvidar lo que le cayó
encima con el casamiento. Eso trabajando, que sin trabajar... De
todo eso me ahorré yo, Pilete, cuando la mía antes del tercer mes
me salió por peteneras, me puso los cuernos y se me fue con viento
fresco.

Los niños juegan a la rueda alrededor de un olivo. Sobre las garras
de metal de la máquina de hacer pacas cae un hilo de sol filtrado
por el ramaje de la encina solitaria. Los cerdos gruñen en el loda-
zal, tras el vallado. De tarde en tarde, se levanta un leve soplo de
brisa ardiente que levanta remolinos de polvo en la era.

—Pues en un pueblín de éstos me quedaba yo, para que veas. Ga-
nas me dan a veces de salir un día de la ciudad y tomar carretera
adelante y llegar a un sitio que me guste y quedarme en él y llegar
a encontrar a una mujer como ésa, como la novia, y emparejarme
con ella para siempre.

—Anda la osa que ibas apañado. Más te recomiendo para eso el
paracaidismo, que con el fusil al hombro no te faltaría que chascar,
que los tiros es lo que más caro se paga. Hace treinta o cuarenta
años, en mis tiempos, sí que se podía hacer eso, sí que se podía
llegar a un sitio y pegar. Faltaban brazos en todas partes, y desde la
raya de Portugal hasta aquí llegaban los hombres y el trabajo no
les faltaba. Más de un mazuriño de éstos casó con una buena moza,
y eso que llegó andando por esos caminos de Dios sin más compa-

ña que su hatillo, trabajando una jornada en las obras de las carreteras y la siguiente en los tapiales de las dehesas. Han cambiado mucho las cosas desde entonces. Ya puedes, ya, corretear por esos campos y verás lo que recibes. Dinero, lo que se llama dinero, con las participaciones de lotería, si no le hubiera dado al gobierno por prohibirlas. Te comprabas un decimito y te hacías del mismo número una serie completa. Te mercabas una cartera donde guardar los papeles y una bicicleta, y dale que te dale por los pueblos a engañar. En veinte años tuve la suerte de no dar siquiera un premio. Buenos dineros les gané a la rifa. Reintegros y pedreas sí que salieron algunos: gajes del oficio. No dejé de pagar uno solo a tocateja. Un sello de caucho y una imprenta de confianza es todo lo que te hacía falta. De no pasar lo de Escámez, que siempre se tiene que romper la cuerda por lo más delgado, que quiso hacer en grande lo que nosotros todos hicimos toda la vida por lo chico, tenía yo un puñado de duros ahorrados —levanta la cabeza apoyándose en el tronco de la encina y deja de hablar en viendo a Pilete dormido—. Duerme, duerme —continúa—. Tú eres el que no tenía sueño. Duerme, que por dormir no quede; que no te hace falta a ti una cama para dejar de sufrir un rato —entorna los ojos, se rasca la pelambreira blanquecina de los vellos del pecho y se deja caer de nuevo sobre el montón de paja.

Los niños han dejado ya de cantar, han abandonado la explanada terrosa y ha vuelto cada uno a su casa, a las encaladas casitas de un solo piso que orillan la carretera y que se apiñan entre la iglesia, el almacén de aceitunas y los restos del castillo con su haz de flechas rojas cruzadas por el yugo, erguidas sobre la ruina de la torre de homenaje.

Cuando se levantan del heno el sol ha rodado apenas unos centímetros en su trayectoria por el azul. Los despiertan las campanitas de la iglesia tocando la hora de la catequesis para los niños. Garabito contempla el manubrio, las flores rojas y celestes desvaídas de la cretona, el brillo metálico de la manivela de latón. Luego busca a un lado y otro, inútilmente, un brocal de pozo, una pileta de cemento, un abrevadero donde corra el agua para refrescarse la cara. Pilete se despereza mustiamente:

—Ya debe de tener pocas ganas de dormir el cura tocando a la hora que es las campanas —dice mientras se incorpora.

Garabito contempla el caserío de la pequeña aldea, los tejados encalados de las casas, el techo de uralita del almacén de aceitunas.

—También a mí me dan ganas a veces de retirarme a la vejez a un sitio como éste, un lugarejo así, ni cerca ni lejos de la capital, donde cuando se tercié pueda uno coger el coche de línea y darse un garbeo. Un poco mayor y sería el mejor sitio que conozco si tuviera su casino y sus mesas de juego para echar alguna vez un dominó o una partida de tute.

Pilete, de pie, flexiona las rodillas y baja los brazos hasta tocar el suelo con las manos. Luego se da golpes muy a prisa, con los puños cerrados, sobre el pecho.

—Tú no hagas muchas demostraciones de fuerza —dice Garabito— que la gimnasia donde la tuviste que haber hecho fue en la bartolina. No me figuro yo que estés ahora para mucho trote.

—Si me hubieras visto con diecisiete años...

—¿Te has creído que eres un viejo?

—Pues no es lo mismo, para que veas; uno está ya más gastado y más corrido que una mona. Entonces es que me dio por ser boxeador —da saltitos de un lado a otro y se pone a martillar con los puños sobre un imaginario balón de entrenamiento—. Entonces me preservaba de todo, y no hubiera tocado a una dama ni por una apuesta. Facultades, ¿comprendes? Eso es lo que te quita las facultades. En cuanto te merques una damisela estás perdido y no tienes nada que hacer. Ya puedes hacer un día y otro entrenamiento y comer como un toro. El tabaco y las damas, prohibidos.

—Leche migada —dice Garabito—. Yo, cuando estuve hace dos años de limpia y trataba a los fulanos de los puños, ya te quisiera decir yo, ya, si tomaban sus copas y fumaban habanos y tenían sus trajines. Eso es todo un cuento para mamoncitos, un revienta pañales de coña. Lo que vale en el boxeo, que te lo digo yo que he visto

pelear a Primo Camera y a Max Baer y al Paulino, y a todas las figuras que cuando la Exposición de Barcelona llegaron a España, es la presencia. Lo mismo es ver tú a un chiquimiqui en el cuadrilátero que a un tiarrón...

—Eso es cuestión de peso, maestro. Se puede ser un buen boxeador y pesar una mierda.

—Eso es cosa que a mí, como comprenderás, me la trae floja y no pienso discutirte porque ni me va ni me viene. Vamos a dejarnos de chuminadas y a buscar un pozo para sacar un poco de agua y para aliviarnos el sueño. Luego, fumamos un cigarrito, tomamos una gaseosa fresquita en la tabernucha que hay junto al estanco y carretera y manta. Llegando dentro de un par de horas, aún tenemos tiempo sobrado para que el trabajo de la tarde nos pague la cama y la cena de esta noche.

Se desprenden de las briznas de paja que se les han pegado a la espalda y al trasero. Se ayudan el uno al otro: «es como si nos estuviésemos despiojando», dice Garabito. Luego toman la carretera en dirección al lugar. Sobre el paredón encalado del almacén de aceitunas, un reloj de sol dibuja un ángulo amarillo en mitad de la sombra añil.

—Lo primero que hago en cuanto gane unas perras —dice Pilete— es comprarme un peluco: un buen peluco con su correa flexible, un peluco dorado que parezca de oro.

El asfalto de la carretera que ahora atraviesan casi arde, y el calor traspasa las suelas de las alpargatas y les sube por los talones. Caminan a prisa hasta la bandera bicolor que distingue la puerta del estanco de las demás casas, después de dejar atrás el almacén de aceitunas y la iglesia.

—¿Qué sabrás tú siquiera lo que es un peluco? Los he tenido de todos los tamaños y de todos los estilos —dice Garabito—: desde un paterfili hasta un relojito de brillantes que me encontré en una feria al salir de los toros. Ninguno me ha calentado el chaleco ni la muñeca. Todos los he pulido rápido. ¿Para qué queremos tú ni yo

un reloj? Ganas de complicarte la vida. Primero porque aunque lo jures y lo vuelvas a jurar y a retejurar, si un día se te dan mal las cosas y te trincan por un quítame allá esa paja, te dicen con todas las letras que no es tuyo. Y no creerán que lo sea aunque les enseñes la factura. De cosas de valor, nada. Los billetitos bien cosidos a la camisa que llevas puesta, si es que los tienes. Mientras haya por el mundo fulanos que carguen con un reloj y te puedan decir la hora y torres y campanarios que te la anuncien, que ni puñetera falta por otro lado te hace saberla, es peso que te ahorras de llevar encima y energías que no malgastas en darle cuerda.

Una mujer cose a la puerta del estanco. Cuando se acercan a ella para preguntarle dónde hay un pozo, la mujer señala un brocal y un abrevadero a unos metros a la derecha, junto al verde brillante de un emparrado.

—Qué, ¿de descanso? —pregunta la mujer—. Buena mañana que os habéis dado girándole al manubrio. Y, a lo mejor, otra vez de camino, ¿no?

—Qué remedio —contesta Garabito.

—Pues ya podían ustedes esperar que se pusiera un poco el sol, que también es ganas de coger un sofoco...

Se despiden de la mujer y atraviesan la explanada reseca para llegar al pozo. Pilete mete la cubeta de cinc y tira de ella con fuerza para sacar el agua. Beben uno a uno en el mismo cubo, y abriéndose luego la blusilla dejan caer el agua fría sobre el pecho y los sobacos. Después restriegan el agua sobre la cara y sobre el pelo.

—Ya nos podíamos ahora encontrar al padrino para que nos invite a un cafetito —dice Garabito.

—Éste te está durmiendo la mona. Ése la ha cogido a cuadrillos. ¿Crees que ha dejado de beber? Nada; ése te está bebiendo todavía. Habrá formado luego una reunión en familia y está todavía dale que te dale al vaso. Lo mismo nos lo volvemos a encontrar y continuamos la fiesta.

—Lo mismo.

—Lo mismo es el tío castizo y nos da otros veinte machos.

—Lo mismo te lo piensas.

Sobre su nidal de heno, en la espadaña de la torre de la iglesia, las cigüeñas tabletean su pico amaranto. En el olivar han empezado de nuevo a jugar los niños. En la carretera corona el último repecho una motocicleta con sidecar.

Cuando toman de nuevo el camino del vallado para recoger el manubrio, un perro de color cobrizo escapa agazapado a la cuneta huyendo de los chicos que le tiran piedras. Un gavián inmóvil como una cometa planea lentamente sobre el cielo a la querencia de una conejera de tela metálica situada en el corral de una de las casas. De un horno de ladrillo sube lento y rojizo un humo de paja de garbanzos que se va extendiendo poco a poco sobre el caserío.

Con cuidado, tomando uno las varas y el otro la correa trasera que ayuda a la faena del arrastre, el manubrio se desliza por la suave pendiente que desde el vallado lleva a la carretera.

—Para librarse de las bombas atómicas sí que es buena la zona — dice Garabito—. Aquí en una aldeíta de estas y ya pueden caer bombas en las ciudades.

—¡Vaya, que aquí te ibas a quedar de rosita!

—¡Quién sabe! Además a mí en particular ni me va ni me viene. Ya pueden caer todas las bombas que tengan que caer, por lo menos siempre tendría el consuelo que sería un mal general del que no se libraría nadie. No estaría del todo mal que muriéramos juntos los ricos y los pobres; que por una vez siquiera no se libran los señoritos de la escabechina.

El sudor empieza a empapar las blusillas. Dejan atrás el pequeño cementerio de la aldea, con su tapia encalada y su verja de hierro oxidado, y la mancha amarilla de la era comunal.

—El terneros que enterrar al menos se lo ahorrarían. No iba a quedar un bicho viviente. No iba a quedar ningún Juan Simón para echar la paletada de tierra y taparnos el bigote. No iban a quedar vivas ni las moscas.

—A lo mejor es una cosa que le conviene a la humanidad, para que veas. Puede que después de la explosión a los hombres se les abran los ojos y se acabe para siempre el egoísmo y el afán de reunir dinero y de amontonar más dinero y de tener al prójimo fastidiado.

—Hablando de estas cosas, lagarto, lagarto. Siempre creo que no hablando de las cosas las cosas no pasan. Vivir, que son dos días, y no pensar en nada. No hacerle mal a ningún desgraciado que no tenga qué llevarse a la boca, e ir tirando con los chapuces. Hoy es de los días que me encuentro tan feliz y tan contento que ni me ha sentado mal el vino, ni me encuentro cansado, ni noto la calor. Hoy ya me pueden decir que lo negro es blanco y lo blanco negro que no sería capaz de llevar a nadie la contraria. Hoy me ha cogido el cuerpo que parece que la cara de la gente es más de color de carne que otros días.

—En cuanto lleguemos, lo primero que hacemos es darnos un garbeo para ver cómo está la plaza —dice Pilete—. Luego apalabramos la posada. Habiendo, como tú dices que hay, una colonia de veraneantes, a la Colonia nos vamos de cabeza. A sol puesto y todo se le pueden sacar unos cuartos a la manivela.

—Como si no los sacamos. Con ganar cada día lo que vayamos a comer ya nos podemos dar por satisfechos.

Aprietan el paso. Jala a un trote regular. Las alpargatas se acompañan a las ruedas de goma del organillo verbenero que se deslizan suavemente por el asfalto.

Caminan silenciosos, sin cruzar palabra. El sol cae de plano, vertical, terrible, dorado como las gavillas amontonadas para su recogida en el borde de las cercas de los latifundios. El escape de una cosechadora se deja sentir lejano, como una queja, en la vertiente

roja donde la tierra calma sustituye al olivar, donde antaño los hombres cantaran con la hoz en la mano, la sal en una bolsita de estameña, junto al pecho, y el vinagre y el aceite de los cuencos de madera bajo la manta caminera y las botas de cuero sin curtir dejadas a la sombra de un árbol solitario mientras arañaban con los bruñidos dientes de sus hoces el cañizo crujiente de las espigas ya maduras, mientras miraban el cielo y, aún a pesar de sentirse todavía esclavos de la tierra, sus ojos tenían siquiera un destello de esperanza.

* * *

Hasta la explanada amarilla, sin un árbol, sin una sombra, rala y pelona como un baldío, suben los burrillos enanos desde la linde del pinar. Los hombres de la contrata arenera, bajo el sol, con los sombreros de paja encasquetados hasta la frente, el pantalón con las perneras cortadas y desnudos de cintura para arriba, calculan a ojo de buen cubero los metros de arena que los camiones van cargando de la pirámide dorada, que los burritos han formado en sus cientos de viajes desde la ribera de la badina en el transcurso del día.

Sentado bajo un cobertizo de uralita, el capataz, inclinado sobre unos cajones, toma nota de las salidas. Los conductores o los ayudantes de los camiones que ya han cargado pasan, antes de poner de nuevo el camión en marcha, e inician el regreso, para abonar al capataz el importe de los decámetros cúbicos de arena que se llevan.

Es tanta la luz que reverbera sobre los cristales de las cabinas, sobre las curvas de los guardabarros, sobre los sombreros de paja de los hombres, sobre el hierro plateado de las palas, que el capataz, a pesar de sus gafas de sol, no mira siquiera la explanada sino que va tomando nota fiado de la palabra que le dan los conductores sobre la totalidad de la arena que han cargado, mientras recoge con indiferencia dinero, muchas veces sin contarle siquiera antes de guardarlo en una carpeta azul sujeta con una tira roja de neumático.

—Chico, ¿cuánto has cargado tú? —pregunta cuando Chico Mingo se acerca.

Chico Mingo se toca las orejas y se echa hacia atrás el sombrero de fieltro. Luego, Chico Mingo, se rasca la pelambreira sudorosa del pecho:

—Puede que doce metros como dicen ellos; pero para mí que no me llevo más de diez.

—Vamos a poner once —dice el capataz—. Vamos a partir la diferencia.

—Bueno.

—¿Cuántos portes llevas hoy dados?

—Cuatro con este: un total de cuarenta metros.

—Si hubieras llegado a los cincuenta, te hubiera hecho una rebaja del diez por ciento —dice el capataz.

—Eran más de las doce cuando ayer cargué el último porte. Ése no lo meto en cuenta. Ése ni para ayer ni para hoy. Ya vale meterlo hoy, capataz, y tiene usted los cincuenta justos.

El capataz juega con la caperuza de aluminio de su bolígrafo hasta donde llega un rayo de sol que se quiebra alrededor de la mano y se refleja luego en el papel cuadriculado del estadiño:

—Sean los cincuenta —dice—. Un porte que te hallas. Como sigas así, Chico, y duren mucho las obras, vas a ganar un buen dinero. Te vas a poner rico.

—El que trabaja no gana dinero, capataz. Ni los que están ahí abajo cargando —señala a los hombres arrojando paletadas de arena sobre los camiones— ni yo nos pondremos nunca ricos. Usted sí que acabará rico. Usted ahí sentado.

—Si fuera el propietario de la contrata... Por los gajes, que si no. ¿Sabes cuál es mi sueldo base?

—Eso no cuenta para usted —dice Chico Mingo—. Con eso no tiene usted ni para tabaco. Con un puesto como el que usted tiene me reía yo del mundo. Una contrata como ésta es la que me hacía a mi falta para en tres meses comprarme un «Leyland» y tirar los pies por lo alto.

Otro chofer cruza la explanada amarilla. Chico Mingo guarda en el bolsillo de su camisa de cuadros verdes y rojos el trozo de cartón doblado que le sirve de cartera y que sacó para pagar. Luego recruza la explanada y entra en la cabina para sacar la manivela y poner su camioneta roja en marcha.

Cuando llega al camino vecinal que desemboca en la carretera, Chico Mingo mira hacia la zona de la contrata arenera, hacia el pinar que nace en la linde, hacia el agua de la badina que espejea verdiazul más abajo. Por un momento Chico Mingo siente ganas de darse un chapuzón, pero enseguida se pone a silbar, pulsa sin querer el claxon y tuerce el volante hacia la izquierda, camino del pueblo.

Las ramas bajas filtran débilmente los rayos que logran atravesar el bosque alto. Una araña teje su senda de plata en la corona verde y gris de una pina. La orilla se ensancha unos metros más abajo, abre un calvero en los árboles formando la media luna de una playa y se estrecha luego al llegar al caminito ciego que llega a la falda del monte.

La pandilla ha tomado posiciones después del baño. Hay en toda ella cansancio muscular y modorra de siesta. Badina abajo el ferrocarril rugiente cruza el puente de hierro sobre la laguna y se pierde traqueteando en la explanada amarilla que se levanta al fondo del pinar. Badina abajo una piara de cerdos chapotea tercamente sin hacer caso de las voces del pastor que intenta sacarlos del agua.

Felipe, con un látigo improvisado, fustiga la corteza resinosa de los árboles. Su torso desnudo provoca la callada admiración de las chicas de la panda que lo contemplan distraídamente detrás de las gafas de sol.

El guijarro que arroja Lisi sobre el espejo terso del agua no logra hacer la ranita. Traza sobre la superficie círculos concéntricos y luego se hunde tras asustar a un pez rondador de los juncos en el fondo de lama gris. Ha habido impericia. La mano queda en balancín y se desmaya luego sobre el muslo. Intenta hacer de nuevo la prueba sin conseguirlo y se deja luego caer hacia atrás. Su cabeza queda situada entre un haz de luz y una sombra fría. Por tercera vez se incorpora y vuelve a tomar un canto rodado estudiando antes la forma que ha de poner la mano —emulando la hazaña de los muchachos— para que el guijarro salte una y otra vez en la superficie sin hundirse.

Felipe, cansado de correr a un lado y otro con el látigo en la mano, se deja caer sobre la hierba junto a Quinito que lee un trozo de periódico manchado de grasa mientras fuma un cigarrillo:

—¿Has visto a Nico?

—Qué voy a ver. No he visto a nadie. Andará por ahí.

—Estaba contigo hace un momento.

—Hace un momento, pero ahora no está. ¿Qué quieres?

—Lo que quiero es saber dónde está cada cual —dice Quinito—. Hemos venido juntos y no debemos separarnos. Ése por una gracia se nos baña haciendo la digestión y nos da el disgusto. Se incorpora de un salto y grita: —Nico. Nicooo. Niccooo. ¿Dónde estás?

La pandilla le hace coro entre risas: «Nico. Nico. Nicoo».

Por la vertiente, corriendo descalzo, dando saltos para no pisar la arena caliente, aparece Nicolás poniéndose derecho el sesgo de los perniles del «meyba». El calvero se desborda de risas. Quinito se siente defraudado, levanta las manos, limpia sobre el pantalón las gafas de sol y vuelve a sentarse tranquilo, casi feliz de su misión fiscalizadora.

En la orilla de enfrente la piara de cerdos chapotea sin que las voces y las amenazas del pequeño pastor dándoles trallazos para que

salgan del agua surtan el menor efecto. El chasquido de su látigo quiebra el silencio. La pandilla contempla el trajín del zagal y oye su voz de hombre —a pesar de no haber cumplido todavía la primera docena de años— gritándole al hato desbandado. Felipe contempla con envidia la maestría del pastor en el manejo de la vara de abedul con la correa de piel de cabra atada a uno de sus extremos.

Una nube solitaria, delgada como una hebra de algodón, roba durante unos segundos los destellos metálicos del sol sobre el gris acerado de las pinas, y de las colinas onduladas y la explanada amarilla llega lejano, casi imperceptible, el eco del traqueteo de los vagones del tren sobre la vía férrea. En la superficie del badén, a vuelo rasante, una avispa bebe una molécula de agua.

Lisi exprime el bañador mojado y se lo coloca sobre la frente. Araceli dormita junto a ella boca abajo. Las bicicletas han quedado abandonadas unas encima de otras sobre el muñón de un pino talado. Lisi zamarrea a Araceli inútilmente; luego entorna los ojos mientras desprende con cuidado un trozo de piel de sus rodillas tostadas.

Momi da vueltas a la cadenilla de metal que sujeta su bolsa de excursión. Durante la mañana, asediada por los chicos, ha chapoteado en la orilla. A partir del almuerzo ha preferido quedar relegada a un segundo término, sola, apoyada en el tronco de pino más alejado de la orilla, apartada de las risas, las cosquillas, los saltos histéricos que precedieron al almuerzo, antes que la modorra empezara a cerrar los párpados de todos. La cadenita de metal sigue enroscándose y desenroscándose, girando como una hélice. No piensa en nada. De tarde en tarde vuelve la cabeza y contempla el grupo formado por Lisi y Araceli, por Quinito que dobla ya el periódico y hace una pajarita de papel que coloca sobre la espalda desnuda de Ara, por Quinito que contempla en silencio el camino serpenteante que lleva a la falda del monte.

El pastorcillo ha logrado por fin sacar a los cerdos del agua. Los conduce bajo el sol —con el sombrero de paja encasquetado y una tira de tela cruzada sobre el pecho y la espalda sujetándole el pan-

talón, que no acaba de ser ni corto ni largo—. Durante los instantes en que se detiene para atar los cabos de las cintas de sus alpargatas, los cerdos se le desparraman de nuevo buscando la frescura jugosa de la hierba tierna que crece al borde del terraplén del ferrocarril. Tiene que hacer de nuevo uso del látigo y correr de un lado a otro dando trallazos mientras sujeta con la mano libre el sombrero de paja que sin barboquejo se le va y se le viene de la frente a la nuca y de la nuca a la frente. La pandilla sigue sus inútiles esfuerzos para conseguir volver los cerdos desbandados a la manada hasta que un saltamontes da un brinco desde un pino y se deja caer sobre la tostada espalda de Araceli. Cuando Quinito lo toma temblorosamente con los dedos, lo arroja con fuerza sobre el suelo y toma un terrón para rematarlo se sorprende encontrarse sujeto del brazo por la mano de Momi:

—Déjalo. ¿No te da pena? No creo que te haya hecho nada el animal...

—No, nada; pero es un bicho. No sé por qué no puedo matarle si quiero —mira a Momi a los ojos—. Bueno, te regalo el cigarrón —dice luego—. Es tuyo como Gibraltar de los ingleses.

Momi toma el saltamontes, que tiene ya una pata cortada, y se sienta de nuevo sola bajo el pino con el sobre las rodillas.

El saltamontes hace un primer intento para levantar el vuelo y deja al descubierto la película de metal azul-rojo de sus alas. Momi lo contempla con la mirada perdida asociando el color con el del sombrero de raso que le pusieran para la ceremonia del casamiento de su tía una mañana lívida de invierno, cuando la obligaron a llevar en alto la cola del vestido de novia y entrar en la iglesia pisando despacio con sus zapatos de charol la alfombra roja que llevaba desde el pórtico al altar mayor. El saltamontes logra en un segundo intento levantar el vuelo y abrir en abanico sus alas y cruzar torpemente el calvero en busca de un tronco resinoso.

Tenía apenas siete años cuando la tía Encarnación admitiera en su casa a su segundo novio y lo sentara en el sofá de peluche del recibidor, y, con sus manos gordezuelas, tomara él las manos pálidas

de la tía Encarna, tristes y blancas, fieles aún al recuerdo de la fotografía que adornaba su mesilla de noche y que no se atrevían a destronar del marco de cuero rojo desde donde su primer novio sonreía, aún no obstante haber ya muerto y no ser sino una sombra lejana.

Ella había jugado con el primer novio de su tía, que la sentaba sobre sus rodillas y le acariciaba su flequillo rebelde, antes de que el primer novio de su tía hubiera desaparecido un día para siempre y escapado a Francia, antes de que se llegara a recibir la carta en la que se decía que había muerto o que era lo mismo que si hubiera muerto y que su nombre debía ser ya olvidado, como si nunca hubiera existido y nunca, en el mismo sofá de peluche donde su tía sentara también a su segundo novio, él hubiera acariciado las rodillas de la tía Encarnación ni nunca hubieran juntado los labios, mientras ella espiaba tras los visillos de la puerta del recibidor. «Agua pasada —como dijera entonces su madre—, agua que no mueve molino.» Agua que ya arrastraba el río, como arrastraban —ella lo ha visto muchas veces desde el puente— el ajuar de los que viven instalados en las chabolas de la orilla, entre la estrecha franja de la vía férrea y el agua, las rígidas otoñales de la ciudad.

Y, desde su casamiento, no ver ya a la tía Encarnación sino de visita, hasta que al empezar el verano la tía Encarnación fuera a su casa y la invitara a pasar una quincena en el chalet que había comprado su marido en el campo, y su madre a pesar de su negativa, la obligara a pasar al menos unos días con su tía Encarna y con el marido de la tía Encarna y con el olor acre —olor de boj y de muerte— del marido de la tía Encarna.

Ahora son ya sólo cinco días los que quedan para su regreso; cinco días soportando aún al marido de la tía Encarna y los ojos del marido de su tía Encarna, y el asco por el marido de su tía Encarna, habiendo como ha rebotado ya el vaso de su desprecio desde el tercer día de permanencia en la casa, cuando lo sorprendiera en equilibrio sobre el pretil, materialmente colgado de la ventana del cuarto de baño, mientras ella se duchaba y descubriera sus cejas y el guiño de sus ojos miopes. No se movió. Continuó desnuda serenamente, dejando que la envolviera la cortina de agua mientras los

ojos del marido de su tía se tornasolaban lúbricos y pestañeaban en mitad del hilo de luz del cristal esmerilado. Era la gota justa que el vaso necesitaba para derramarse. Una especie de triunfo secreto la desbordaba cuando la tía Encarna daba a su marido cariñosas topaditas, sentados los dos por la noche en la terraza, fumando él un cigarrillo y escuchando los dos la radio o el timbre acuoso de su propia voz en la cinta magnetofónica que reproducía también las conversaciones sostenidas por las visitas que habían asistido por la tarde a su casa y la algarabía de sus gritos y de sus elogios por el «maravilloso buen gusto» con que la casa estaba puesta en cada uno de sus más insignificantes detalles.

Y, como un oasis en la monotonía de la Colonia, la excursión, tras la sugerencia que hiciera la víspera una de las madres para que la sobrina de los dueños del chalet nuevo fuera al día siguiente con su hija y con los amigos y las amigas de su hija a la jira campestre. Y ahora, ya en ella, la soledad, su soledad entre tanto bullicio, en medio de tanta vitalidad, de muchachas de tan poca imaginación, por ninguna de las cuales merece la pena de comprometerse seriamente. Los ojos de Lisi, sin embargo, son ojos profundos y hondos que se eternizan en el paisaje, que la han mirado todo el día con temor y con admiración a un tiempo como si quisieran ofrecerle un mensaje secreto.

La cadenita de metal vuelve a enroscarse y desenroscarse en sus dedos. La pandilla, a su espalda, desperezándose de la modorra, canta una ingenua canción a dos voces. El sol se filtra aún más suavemente por el ramaje. Los muchachos empiezan a lanzar otra vez cantos rodados al espejo del agua. La reata de burrillos enanos que bajan a cargar arena apoyan prudentemente sus patas al enfilar el terraplén que, desde el caminito amarillo, llega hasta la orilla. La marea que llega desde el lejano coto de Doñana, que cruza el Aljarafe, que perfuma de brisa salobre la marisma y las dehesas del Condado, trae un olor atlántico, salado y agrio de esteros y de gaviotas.

Presiente un aleteo sobre sus hombros. De reojo mira las manos que se agazapan a la costura de la manga ranglán de su playera, y,

enseguida, una voz quebradiza titila a su espalda: «Si no te importa, me siento aquí contigo».

En los brotes tiernos de los juncos, entre dos aguas, los pececillos no se sorprenden ya con la lluvia de los cantos rodados. Sobre el azul verdoso de la superficie han dejado de formarse los círculos concéntricos de los falsos disparos de guijarros. Mientras las chicas se obstinan en seguir tendidas en la hierba, los muchachos han tomado sus bicicletas y, con los manillares vueltos, juegan al toro.

Los burrillos enanos, bajo el sol, sueltan breves rebuznos y abren y cierran su boca rosada como una sandía, mientras los hombres van arrojando paletadas de arena sobre los serones de esparto. Luego, los burrillos toman solos el camino del terraplén, pacientes en la cuesta arriba, hasta llegar a la explanada donde los camiones recogen la arena.

Al salir de la taberna con los ojos rojos del vino, pesada la cabeza y las piernas tambaleantes, comienza la porfía:

—A la huerta del Carmen a por tomates y nos hacemos un gazpacho —propone Antonio.

—Para eso es mejor a los columpios del colegio. Hay una sombra bajo la higuera y nos echamos a dormir, y ponemos el mingo —chilla Toto—. Tú, como te largas... aquí quedamos nosotros para dar la cara.

—Al pilar entonces; es lo mejor. Nos damos un baño y nos refrescamos.

—Para eso a la badina.

—Una legua de aquí a la badina. Estás trompa, macho. Aquí el único que es capaz de resistir todo el vino que le echen soy yo —dice Antonio mientras imagina que el bordillo de la acera es una cucaña y pretende demostrar su serenidad corriendo sobre él hasta caer de bruces.

Eugenio y Toto se chancean. La borrachera trae a Toto el recuerdo de su primo y Toto propone una visita. Con él seguirán bebiendo hasta reventar. El vapor del alcohol pone catarata delante de todos los ojos y no se atreven a contradecirle.

Caminan bajo el sol hasta la casa de Carlos. Cuando llegan al portal, todas las lenguas se encasquillan. Ninguno quiere ser el primero en empujar el portalón de la corraleda. El sol renueva arabescos sobre la cal de la tapia filtrándose por los desconchados. Las gualdas desvencijadas de la puerta tiemblan bajo los golpes de los tres pares de puños.

—Bueno, venga —dice Antonio—. Tu que nos has traído eres el que tienes que entrar el primero; al fin y al cabo eres su primo y tienes confianza. Con nosotros no es lo mismo.

—El primero y te dejas de historia.

Empujado por Eugenio, Toto levanta la trampilla de madera y entra en el corral desierto cruzado de ropa puesta a secar. Eugenio y Antonio le siguen. El corral huele a lejía, a fruta en descomposición, a fuego apagado. Queda aún llamar con la aldaba en la puerta de la vivienda propiamente dicha que se divisa al fondo pintada de almagra.

—Anda, decídete. Si nos vas a tener aquí como a dos tontos, avisa.

—Mejor sería que le llamáramos por la ventana —dice Toto—. Duerme en el doblado —camina hasta la escalera que lleva al piso alto—. Se le pegan cuatro silbidos a modo y ya está saltando de la cama.

Se apostan los tres bajo la escalerilla. Una salamandra rugosa corre tambaleándose por el pretil y se esconde en una maceta de geranios marchitos. En la ventana abierta del doblado la brisa mueve una cortina de tela de saco. Gritan a pleno pulmón tan fuerte que las voces se desdoblán en ecos sobre la fachada de fábrica de la casa de enfrente donde el sol dibuja un tablero de ajedrez tras las celosías pintadas de verde y las rayas doradas del hilo de luz de las persianas:

—Carlossss.

—Carloooooos.

—Carloooooos.

Carlos, desde su duermevela tísica, tarda unos minutos en percibir el grito que llega del corral. Se levanta y asoma medio cuerpo por el ventanillo apartando a un lado la cortina. El sol le cae sobre los cabellos revueltos. Desde la ventana el camisón de Eugenio es como una mancha de sangre en mitad del patio. Guarda silencio. Toto es el primero en descubrirlo:

—Pero si está ahí el pájaro. Miradle como un tonto sin decir nada, sin abrir la boca.

—¿Qué hay, Eugenio? —pregunta Carlos—. ¡Buena tranca traéis encima! ¿Qué, cómo te fue por esas tierras?

—Déjate de cuentos y baja. Venimos a por ti. Ya te contaré, ya. Baja, tomamos unas copas y te cuento todo lo que quieras.

—Primo, que éste está en dólar —grita Toto—. Baja, primo, que nos va a invitar a una botella de maribrizá.

—Se te agradece, Eugenio —dice Carlos—, pero la casa está sola y mi madre no vuelve hasta sol puesto. Alguien tiene que quedarse aquí. ¡Ya veis cómo está el corral de ropa!

—¿Quién se la iba a llevar? ¡Anda, que para la cuenta que le echas! Lo mismo nos la llevamos toda nosotros y no se entera ni Dios. Baja, que si no maribrizá apencamos con un botellón de las tres cepas que no se lo va a saltar un galgo.

—Gracias, Eugenio, pero no puede ser, de verdad.

—¿Tú cómo estás?

—Tirando. ¿Cómo quieres que esté? Más en el otro lado que en éste.

—Cuando él cuerpo pide tumba —dice Antonio a media voz— hay que dársela, macho.

—¿Entonces, no vienes?

Ninguno de los tres puede seguir más tiempo mirando hacia arriba, hacia el sol. La salamandra escapa medrosa y salta de la maceda al pretil. La ropa blanca, seca ya en los tendedores, se columpia como bandera desplegada.

—Si esta tarde queréis pegar un garbeo y recogerme... Antes de que oscurezca tengo que salir a encender los faroles —dice Carlos—. Eso si es que tenéis fuerza de resistir sin acostaros, que es lo que debierais hacer. Y contigo, Antonio —señala a Antonio el de Cristóbal con un dedo que el sol transparente—, tengo que echar un párrafo.

—Cuando quieras —contesta Antonio—. Un párrafo y los que haga falta, que sabes que me agrada hablar con los amigos.

Los ve ya salir borrachines y revoltosos, atropellándose al llegar al portón y no acertando a abrirlo, dando golpes, tirándose de los brazos, luchando por ser el primero en atrapar con las uñas la puerta demasiado encajada. Luego coloca cuidadosamente la cortina sobre la ventana para que no deje pasar el sol y regresa al camastro.

El silencio, que puede cortarse con una tijera de sastre en la geometría de las esquinas, se quiebra con los gritos de los tres amigos que del brazo, dando saltos —como las niñas de las trenzas perfumadas, a punto de ser mujer—, completamente fuera de sí, remedando las voces femeninas, cantan La Parrala cambiando las últimas estrofas, como los soldados en las largas marchas de las maniobras militares.

—Que cuando hay confianza, don Roque, se dicen las cosas. Que otra cosa sería que se tratara de un abuso por su parte; pero que usted sabe que nosotras somos muy gustosas en ofrecerle un regalo a su hija, que es cosa esa que no se hace sino una vez. Casamiento y mortaja, ya sabe, del cielo bajan —dice doña Rosa.

Al teniente Prado se le suaviza la voz, que pierde su acento cuartero y pardo y resbala meliflua por el contorno ensalivado y baboso del puro recién encendido:

—Ella lo que se dice necesitar...

—Vamos, don Roque. Dígalo sin apuros.

—Dígalo, don Roque —insiste la hermana de doña Rosa—. Nosotras, ya ve usted, como si fuéramos de la familia.

El Teniente tuerce el gesto y se balancea tímido y cazarro en la mecedora de rejilla. El aire del patio, bajo la vela que entolda el espacio que deja libre el cenador hace agua como el moaré de su banda de gala.

Marejadilla de la calina tras el mediodía. Al espejismo marinero ayuda la pesada digestión de las espinacas con corruscos, del asado de carne borreguil, del arroz con leche del postre. Le suben eructos que contiene difícilmente cerca de la tirilla falsa. Silencio. La fresca umbría le alivia el resquemor de los pies enclaustrados y sudorosos. De tarde en tarde, el grito histérico del loro, insobornable en su actitud de no dejarle pasar sin pedir permiso al cuarto de banderas: «Señor brigada don Roque. Señor brigada don Roque. Lorito real...».

—Pero, hombre de Dios, decídase —insiste doña Rosa.

La respuesta, inaplazable ya, sobre el regalo de boda de su hija se le sigue encasquillando en la garganta. Cien veces su mujer le ha advertido antes de salir: «No contestes nada si te preguntan. Es lo mejor. Hazte el Lorenzo. Así se dejarán caer con algo en metálico,

que a la niña buena falta le hace, aunque no lo creas, mucha ropa interior para el ajuar; que no será mía la culpa, que te lo he dicho mil veces; pero como tú, tocante a dinero, no se te puede hablar y te pones como una fiera...» El teniente hace una profunda aspiración de humo y aguanta la tos:

—El caso es que...

Doña Rosa y su hermana se miran unos instantes. Se telegrafían con los ojos soluciones previstas. El teniente no logra descifrar la clave secreta, pero sonrío sintiéndose en ridículo. Se tranquiliza al fin viéndolas levantarse de las butacas y abandonar el patio entre cuchicheos. Queda solo. Las hermanas escapan arrastrando los pies por el mármol escalera arriba. (Ánimas sucias de los fusiles del somatén. Regalo de boda. Botas de caña que aprietan más y más y encharcan de sudor los calcetines reglamentarios. Cuello de loro Juanito para retorcer. Pantalón de monta que se clava en la cruz y atornilla la portañuela).

Suspira y monta el labio inferior sobre los dientes. Luego rasca un fósforo y reenciende el cigarro apagado, después de haber dejado caer la ceniza y enrollado sobre él, cuidadosamente, un papel de fumar.

Escaleras abajo regresa ya la risa de las dos hermanas. Doña Rosa cruza el patio y se adelanta trémula. El teniente se cree en la obligación de abandonar la mecedora, salir a su encuentro y recibirlas casi en posición de firme.

—Para Asuncioncita estamos seguras que será una verdadera sorpresa. Ya que usted se empeñó en no elegir, lo hemos hecho nosotros, que para lo que la íbamos a usar bien merece la pena que sea ahora ella la que lo disfrute.

Doña Rosa abre el estuche que sostiene su hermana. Con la cara entristecida por el recuerdo del palco de sombra en abrilña tarde de toros, los párpados caídos, ausente la mirada en los macetones de aspidistras que adornan el cenador, saca de él, despegándola cuidadosamente del forro de satén celeste, una peineta de carey.

—Lo que hoy no se fabrica —dice la cuñada del capitán.

—Ni hoy ni antes, porque la traje el abuelo de Filipinas; pero no nos importa desprendemos de ella, ¿verdad, Virtudes? Huy, don Roque, si yo fuera a contarle... El capitán, que en paz descanse, se encelaba las pocas veces que me atreví a salir con ella puesta.

El teniente se cuadra, abre los ojos y sonrío. Da una chupada honda a su cigarro y mira hacia el toldo blanco que cubre el patio, hacia las rayas amarillas que el sol dibuja en los extremos mal tensados de la vela.

—¡Y mal que le caerá a la Asuncioncita! Ya que Dios no ha querido darme una hija —mira a su hermana pensativamente— que sea Asuncioncita la que la luzca.

El teniente sostiene la peineta color caramelo rameada de vetas doradas y queda un instante con ella en las manos sin saber dónde colocar los ojos. No se siente tranquilo hasta que doña Rosa la devuelve al estuche y suena el clip de la caja al cerrarse. El estuche pasa luego de las manos de doña Rosa al regazo de doña Virtudes que vuelve a sentarse en la mecedora mientras saca del bolsillo de su bata de lunares blancos y negros una estampa iluminada:

—La encontramos en el cajón de la cómoda mientras le buscábamos el regalo.

—Es una bendición de San Francisco, teniente.

—Y se la hemos bajado para que la guarde en la cartera y le preserve del peligro, usted que viaja tanto. Mi cuñado llevó siempre una consigo.

—Mi esposo que en paz descanse era un devoto de Asís, don Roque.

El teniente alcanza la estampa, con la evidencia del ridículo subiéndole por las gruesas venas del cuello, y hace ademán de guardarla en la cartera.

—Antes léala en alto —suplica doña Virtudes.

—Léala. Léala, teniente. ¡Qué hermosa devoción! Debe acostumbrarse a llevarla siempre consigo. En la guerra, de más de un trance libró al capitán, don Roque. Cuando venía de permiso yo abría la cartera y si la stampa estaba ya rozada de tanto mate volvía a ponerle otra nueva doblada en el portarretrato. Cuando lo hirieron en Teruel me confesó que no la llevaba consigo, que perdió la cartera mientras vivaqueaba en un lugarejo después de haber matado a un buen puñado de rojos.

El teniente duda todavía. Echa luego un vistazo al patio, a las palmeras que se abren como flores antes de tocar con sus palmas el toldo. Después carraspea, imposta la voz y declama:

—El Señor te bendiga y guarde, te muestre su faz y tenga piedad de ti; vuelva a ti su rostro y te de la paz. El Señor te bendiga...

Fuera de la jaula, equilibrista en su anilla cromada, arrastrando su cadenita de latón, arriba en los corredores, sobre el cenador, en la amable penumbra violácea, el loro Juanito:

—El Señor te bendiga, señor brigada don Roque.

* * *

Lo vio llegar por el maizal despacio, con el sombrero de fieltro sin cinta y la blusa de dril, y torcer luego, por la vaguada, donde crecen las amapolas rojas, hasta el melonar. Desde allí, buscándole a la pendiente el sesgo más fácil fue ganando altura.

Rosarito lavaba sobre el barreño, bajo el sombrero emparrado de la choza, y dejó la ropa dentro del agua jabonosa y entró en su chamico que tiene olor agrio y penetrante de la pucherada del mediodía, de leche materna y vinagre. El niño duerme en su cesta de esparto colgada del techo bajo un mosquitero de muselina que le defiende el sueño de las moscas que bullen tercas en la habitación. Llega hasta dentro de la choza el zurear de la collera de palomos grises, con una llamarada roja de sangre sobre la mitad de su pechuga, encerrados en un cajón de leche condensada cerrado con

una tela metálica, y el graznido seco y cortante de los grajos que sobrevuelan el barranco y trazan círculos sobre las peñas donde se asientan los raíles de ferrocarril.

Rosarito mete atropelladamente los platos sucios y los cacharros de cocina bajo el fogón. Luego vuelve a salir para enjuagarse las manos en la lejía y secárselas en el delantal. De nuevo entra en la choza y, delante del espejito de marco de color naranja de madera de pino, se alisa los cabellos. Toma después un sorbo de agua de un jarrillo de aluminio, se enjuaga la boca, restriega los dientes con el índice, se desprende del delantal y se sienta en el banquito a la puerta de la choza con las piernas cruzadas.

El hombre atraviesa ya el olivar. Camina despacio bajo el sol y viene silbando, porque ella oye ahora, cada vez más cercanas, las notas descompasadas de su canción. En el último trecho, cuando el hombre cruza la barbechera en blanco y su sombra se alarga en el cañizal amarillo del haza ya segada, el hombre cambia el silbido por la letra. Rosarito se acompaña con palmas lentas y precisas la seguidilla que canta el mozo ya a pocos metros de la choza.

Rosarito vuelve a levantarse del banquito y echa una ojeada para dentro de su casa y mira para la viga donde el niño duerme colgado y sale enseguida al encuentro del hombre.

El hombre la toma de la cintura y los dos juntos se sientan en el porche, junto al lebrillo donde Rosarito lavara la ropa que despide un olor dulce y penetrante de lejía.

Los palomos continúan zureándose y el graznido de la pajarada en el barranco se regulariza entre medios paréntesis de silencio.

Rosarito sonrío al hombre. El hombre le sujeta los brazos e intenta besarla.

—De eso nada —dice Rosarito—. Todo lo que tú quieras menos eso. Ésta no besa más que a lo que tiene ahí dentro.

—Antes no te importaba —dice el hombre.

—Antes puede. Ahora como las lentejas: el que quiere las come y el que no las deja.

—Eres mala conmigo, Rosario. ¿Qué tiene que ver que tengas ahora un hijo para que me beses?

Rosarito se levanta y hace un remilgo de desdén.

El niño llora dentro de la choza y Rosarito entra en la casa dejando al hombre rebuscándose dinero en el bolsillo.

Rosarito sale con el niño en brazos y lo mece dándole paseos delante del porche:

—Tendrás que esperar dice al hombre.

El hombre no contesta. Hace un montoncito con los billetes y se lo alarga a Rosario.

—Pues mientras el niño no se duerma...

—Déjalo. Déjalo en la cuna.

—Eso no. Nunca. Si no se vuelve a dormir tendrás que venir esta noche. Tendrás que darte otra vez la caminata. Antes es él.

El hombre saca un paquete de cigarrillos «Ideales» y enciende uno con su mechero de yesca. Luego se pone a contemplar, mientras fuma silencioso, el barranco, la tierra calcárea y blanquecina sobre la que reverbera el sol, las piedras cortadas a pico sobre las que la vía férrea es dos hilos platino, el monte bajo, la cantera con sus muros altos y sus vetas de tierra caliza donde efectúa sus prácticas anuales de tiro el somatén, donde los civiles todas las semanas disparan un par de peines de sus naranjeros para estar en forma.

—Después que vengo por estar contigo adonde me prometí no poner más un pie... —el hombre deja los ojos en la cantera, en la pincelada terrosa sobre el muro calizo—. Después que me haces recordar cada vez que vengo...

Rosarito se pone un dedo sobre los labios mientras sigue meciendo al niño. El hombre se sienta sobre el cajón de los palomos y Rosarito hace un gesto silencioso para que se levante y se siente en el banco a esperar. El hombre, con los ojos bajos, fuma despacio. Con los tacones de sus botas de becerro mil veces remendadas escarba sobre la tierra apisonada de la delantera de la choza. Rosarito da los últimos movimientos a los brazos que sostienen al hijo y, de puntillas, entra en el chozo.

Del barranco, a intervalos regulares, llega la graznada seca y doliente de la pajarada revoloteando en círculo sobre las peñas.

* * *

Las pinchas le han pedido después del almuerzo, mientras friegan, que les permita poner el gramófono de trompeta que es como una enorme campánula floral abierta, orlada de rosas desvaídas y con una cenefa de añil en sus bordes. La vieja placa gira ya en la gramola un tango lánguido y enervante.

—¡Yo no soy quién, para meterme! —dice Sole—. Ahora que si se deja dominar por ellas en estas cosas acabarán comiéndosela por sopa tarde o temprano. Se acaba dando la mano y la gente termina por tomarse los pies.

—Calla, que cuando no sea por ti no sé por quién me voy a dejar dominar...

—Pero ellas tienen la radio —continúa Sole—, que le dejen a usted el recurso que le queda para distraerse. Sabe Dios que lo hago por su bien. No es buena tanta generosidad.

—Es un cacharro que no sirve para nada. Para ser sincera te diré que nunca sirvió. Ni cuando me lo regalaron era ya cosa del otro jueves. ¿Pero me lo regalaron? —deja la mano airada en suspenso acuchillando años y por las pupilas le corre una dorada gota de añoranza—. Ni me acuerdo del tiempo que tiene ni cómo fue a

parar a mi casa. A lo mejor alguien lo dejó en prenda una noche de farra. Todo pudiera ser.

La menopausia recién estrenada le sacude los nervios a la Sole encaprichada con el punto de cruz al que dedica todo rato perdido. Agujas de *crochet* arriba, agujas de *decrochet* abajo, gafas caídas sobre la nariz que dejan al descubierto los ojos todavía bellos, remata una vuelta de puntilla sentada en la silla baja de anea al pie de la dueña que, sobre un buró recamado de incrustaciones morunas, esgrime la baraja francesa para dar comienzo al quinto solitario de la jornada.

La aguja de gramófono araña las últimas vueltas del disco. Las pinchas tararean en la cocina al compás de su trajín la letra del tango de Gardel. Sobre la tapa barnizada del secreter toledano resbalan los corazones, los tréboles, los diamantes, y forman cuadro de combate de descoloridas escaleras sin suerte.

La brisa que llega del jardín mueve la cortina adamascada. Sole se equivoca en dos vueltas de su labor y tiene que deshacer un palmo de puntilla. Vuelta a empezar. No puede evitar soltar un taco de rabia, que se suaviza, se afemina, se aburguesa al final en el mismo borde de sus labios blanquecinos: ¡Coña!

La mano izquierda de doña Eduvigis, gráfica y alada, aconseja moderación en el intervalo de un as de espada y una dama de pique. Sole refunfuña y continúa pacientemente su labor. Luego se levanta para quitar el disco, volver a darle cuerda al gramófono y colocar otro.

—Tú mucho que reniegas pero también te gusta la música de mis tiempos —dice doña Eduvigis.

Sole no contesta. Busca afanosa un título entre las placas apiladas al lado del gramófono:

—Si hubiera algo de la Niña de los Peines o de don Antonio Chacón...

Una de las chicas de servicio se asoma al arco que separa el *office* de la cocina del cuarto de estar. Sole pone en marcha la gramola y la chica vuelve a su quehacer con la sonrisa en los labios.

Doña Eduvigis, silenciosa, ausente, va disponiendo ordenadamente el solitario. A veces, deja en el aire una de las cartas antes de colocarla y queda unos minutos con ella en la mano sin preocuparse de las peteneras de Chacón. La brisa levanta suavemente la cortina y estremece un billete de lotería colocado a manera de pantalla sobre la bombilla apagada de un candelabro de cristal, a la luz del que Sole cada noche lee a doña Eduvigis la sección de sucesos de los dos periódicos que llegan a la casa, el número del cupón que ha salido en los iguales, las esquelas mortuorias, las notas de sociedad y el santoral.

—Otra vez he vuelto a equivocarme —dice Sole—. Otra vez he vuelto a poner una vuelta de más.

El disco deja de girar en la gramola y doña Eduvigis deja a un lado la baraja y mira a Sole fijamente a los ojos:

—A ti te pasa hoy lo que yo me sé.

—¡Qué equivocada está usted!

—¡Huy, cómo si yo no supiera...!

—Pues no es por ahí. No es ése el camino. Pasa que he dormido mal esta noche y estoy inquieta.

—Que eres de las que no escarmientan. Eso es lo que te pasa. Ya te podían fundir de nuevo.

—Si lo quiere creer lo cree y si no, no lo crea. Es cosa lo que usted piensa que tengo más que echada en olvido.

—Somos del mismo barro para que puedas engañarme —dice doña Eduvigis—. Estás como una chiquilla guardándote el secreto.

—Aquello pasó y está más que olvidado.

—Es lo que tú quisieras.

—¡Anda, y dice que me conoce! ¡Pues sí que me conoce! Soy yo muy orgullosa para rebajarme a ningún tío, y mientras más vieja más pelleja.

—Al fin y al cabo es cosa que a mí ya ves, maja...

—Usted sabe que si me siguiera latiendo el izquierdo era la primera en decirlo.

—¡Huy, y tan latiendo, hija, y tan latiendo! Y que no se escarmienta, y haces bien con no escarmentar, que estás todavía para merecer. Ahora que más talento y más calma sí que te recomiendo. Aunque no seas ninguna mocita y estés de vuelta, peor si cabe. Es una quemazón esa que ya es difícil, ya, no dejar traslucir. En otras es posible, pero en ti...

Sole suspira y toma de nuevo su labor. Doña Eduvigis vuelve a esgrimir la baraja. De la cocina llega el susurro cantarino del agua de los grifos del fregadero. En el jardín, un escarabajo empuja por la grama achicharrada su brillante bola de excrementos, y unos verderones cruzan de una rama a otra huyendo del sol. En el reloj de sonería de la casa de doña Eduvigis Solís Cruz suenan unas campanas quedamente.

De pronto, convulsiva y asustada, la dueña se lleva las manos al pecho:

—Sole —grita—. Sole, Sole.

Sole abandona la puntilla y se acerca trémula al buró.

—Me temo que tendremos sangre. Me temo que habrá en el pueblo una muerte violenta...

Sole, lívida, mira en silencio el solitario. Doña Eduvigis aprisiona la carta funeraria con la punta de los dedos enjoyados. Luego continúa despacio, sonriendo enigmáticamente:

—... si no me equivoqué al tallar y barajé bien, claro, que lo mismo con la conversación se me ha ido el santo al cielo. Por si o por no, no digas ni media y enciende una lamparilla a las ánimas benditas.

* * *

Bajo la axila, el redondel húmedo de sudor se ensancha lentamente, decolora la tela y desparrama su tufo acre, y, junto con el humo del pescado frito, invade enaguas, bajeras, combinación, delantal, bragas, percalina del vestido veraniego de doña Mercedes.

El comedor ha quedado desierto y los manteles de plástico choorean pringue a la que acuden las moscas incansables. Hace ya casi dos horas que han terminado de almorzar los pupilos fijos, después que lo hiciera con menú extraordinario rociado con cuatro botellas de cerveza, Santiago. Seráfica, la criada, hunde ya en la fregadera la cochambre de los platos sucios.

Doña Mercedes se sienta en una de las sillas de la cocina y se orea el canalón del pecho con los extremos del delantal. No satisfecha se abanica luego con el soplillo de esparto. Siente arcadas de su propio aliento, de la bocanada turbia que le llega a los labios y le produce picazón en la punta de la lengua.

—Voy a echarme un rato —dice a Seráfica—. Estoy baldada de tanto trajín. Cámbiale el agua al ajo y no me hagas una de las tuyas. Y no me malgastes en balde la potasa, y no zorrees en el zaguán con el Chico, que a ti no hay quien te deje sola.

—Quede tranquila que no hay novedad —contesta Seráfica—. Quede tranquila. Y le diré, por si no lo sabía, que Chico Mingo es muy hombre para andarse por la rama. Que lo que haya que hacer se hace, pero que no ha de faltar sitio para tener que recurrir al portal.

—Sitio no faltará, pero la próxima vez que te coja agarrada a él detrás de la puerta te pongo de patitas en la calle. Esto es una casa decente. ¿Te has enterado?

—Sí que me he enterado, señora.

—No me repliques.

—¿No me ha preguntado usted?

—Tú procura no replicarme cuando te hablo. No está el horno para tortas.

Doña Mercedes atraviesa el patio despacio. Sueño de deseo aprisionado, comprimido, de mes y pico de abstinencia. Fantasía imposible que le corre por las sienas como un caballo a galope, como un ternero desmandado. Mientras sube la escalera intenta atornillar su pensamiento, sujetarlo con fuerza; pero el deseo se le astilla en mil pedazos de cristal que más clavan mientras más pequeños se hacen. Hace casi una hora que ha dejado de oír los pasos del púlpito en el doblado. Escuchó el golpe de sus zapatos al caer al suelo, el crujido del colchón de camisa de maíz cuando Santiago se arrojó sobre la cama para matar las dos horas de peso que le quedaban al sol.

Intenta ordenar su pensamiento, encauzarlo, sujetarlo con la rienda del ridículo haciendo mil composiciones de lugar de su entrada en la alcoba del huésped y sus palabras para justificarla. Durante unos segundos lucha consigo misma para continuar subiendo la escalera, pero temblándole el pecho, convulsos los labios, vuelve a bajar los escalones ganados y a entrar en la cocina para pulsar una cubeta de agua tibia y, balanceándose por el peso, volver a subir la escalera camino de su cuarto.

Antes de insinuarse en la soledad inundada de moscas es necesario asearse y restregar unas gotas de colonia sobre la ubre para que, al menos por limpieza, no llegue el desprecio si lo hay.

Deja encajada la puerta de su cuarto, y hasta el pasillo del doblado llega el chapoteo de sus brazos en la palangana de china y el olor penetrante y espeso del agua de colonia añeja.

Oreada y fresca, segura de sí misma, la carne achichonada y rugosa, tembloroso el bajo vientre embutido en el vestido de crespón azul de los domingos, atraviesa el corredor después de colocarse con maestría las horquillas pavonadas sobre el rodete y de haberse enjuagado la boca con licor del polo.

Sobre la cama, el pitillo en los dedos, arrojando bocanadas de humo, un brazo bajo la almohada manchada de sudor arriero, Santiago espera la media del reloj de la torre de la iglesia que señalará su hora de partida, la hora de su salida de la fonda para atravesar el pueblo y llegar hasta la Colonia y asistir a la entrevista.

Ni siquiera el timbre de la voz le ha sido familiar en el teléfono. La recuerda ahora nebulosa y lejana, un redondel marcando la señal de las ligas, tendida sobre el sofá de su antiguo apartamento, con las ojeras cárdenas, los labios despintados ya y la sombra de los años sobre la curva de la barbilla un jueves y otro de una y otra semana.

Por la cortina del ventanillo no entra ya el hilo del sol sino sólo una hebra de claridad platina. Sabe que aunque la campana del reloj de la iglesia no haya dado la media es hora ya de levantarse y de salir de la fonda. Apura la colilla de su último cigarrillo despacio, con los ojos entornados. Sonríe y sueña despierto. Piensa en Caracas, en su imaginario viaje que bien pudiera y debiera ser una realidad. (Jauja de vegetación lujuriente, prostíbulos, negras desnudas, sones de maracas, y palmeras, silvestres cocoteros y buques de rojas chimeneas anclados en la rada del puerto, con la luna riendo sobre la bambalina cinematográfica del mar. Crucero de placer en un transatlántico italiano con cenas rociadas de Chianti y canciones napolitanas).

Por unos momentos está seguro de viajar ya, de cruzar el Atlántico para ser recibido por un generalísimo y una compañía haciéndole los honores militares, y una banda de música interpretando sones

guerreros, mientras el dictador, después de guiñarle un ojo, entrega a Mila un gran ramo de gardenias azules.

Lo saca ahora de su abstracción la campanada de la media. Da una última chupada al cigarrillo. El pensamiento vuelve enseguida a engancharse en la fantasía ultramarina: pozos petrolíferos; también pozos petrolíferos de mil barriles al minuto, hoteles refrigerados y doradas playas.

No tiene voluntad para desprenderse de sus sueños y abandonar de un salto la cama. Por un momento siente miedo: el miedo terroso y lívido de siempre, cuando se da cuenta que camina por la vida sin dinero. Se acaricia la barba con la palma de la mano. De nuevo el mar, la mentira que pudiera ser verdad, de su viaje, la larga singladura, ahora en la bodega de un buque de carga, junto a los emigrantes con un fondo de acordeón y las literas apiñadas unas sobre otras, y una adolescente que le mira con los ojos negros y profundos al lado de un hombre que puede ser su padre, lleva crecida la barba y lee el Antiguo Testamento.

Cuando suenan los nudillos en la puerta de su alcoba se sobresalta. El jergón de camisa de maíz cruje cuando se levanta a abrir la puerta. Cruza la habitación descalzo, pero se arrepiente y vuelve para sentarse al filo de la cama y calzarse los zapatos. Abre luego el ventanillo y se ve obligado a engurrñar los ojos de la claridad dorada que entra en el cuarto. Se coloca luego la corbata y se aprieta el nudo y se da un toque discreto sobre el pelo revuelto presionando los dedos alrededor de la cabeza. Por último descorre suavemente el cerrojo de la puerta de la alcoba.

* * *

El vino blanco se deja caer con ésas. Al principio parece que se fuera a desbordar la cabeza porque forma ante ella precipicios y bancales, hoyos y todo gira como un tiovivo; pero luego todo se deshace como una mala nube y vuelve a ser lo que era. Queda sólo un péndulo vacilante y oscuro que se hace puntita de estrella y se

hace como bastoncito de arropía y se hace como flotante lengua de fuego, así como la paloma del Espíritu Santo, parecido.

El vino de la cepa que crece en los Alcores es vino fresco y dulzón que no hace daño sino a la barriga; y sirve de purga. Al espíritu lo deja libre y a las carnes cachondas.

—Vamos a verla —dice de pronto Toto—. Vamos a echarle un vistazo; que sepas que no me importa, que veas que agua pasada no mueve molino.

—No te importa ahora, vacilón, que antes... Esta mañana me la negabas. Esta mañana todo fueron evasivas y no querías saber nada —contesta Eugenio.

—Si tú lo dices...

—Digo la fija.

Antonio media en la discusión, abotargado aún, arrepentido de su rabona albañilera, del trabajo al que se dejó de acudir sólo porque se calentara la boca con la cerveza para terminar con dos litros de vino por cabeza:

—Que si se dejé de doblarla —dice— y perdí media peonada de trabajo y me he jugado la boleta para aguantar vuestras puñeterías, avisar...

Ni Toto ni Eugenio hacen caso de sus palabras.

—Si tan a pecho te lo tomas —dice Toto a Eugenio—. Y lo que quieres es casarte con ella, y, casándote, ella contigo va a vivir como una duquesa a tu lado...

Eugenio gesticula ofendido:

—De regalitos nada, macho. Que en bateas a mi damiselas, nada. ¿Qué te has creído, que soy un marusiño de los que cargan pianos mientras la mujer hace la calle...? Te has columpiado tú conmigo.

—Yo poco podía darla mientras esté con el piochín. Además que mientras me viva la vieja no hay hembra que me chifle, palabra.

—Te salva que estás curda y que no quiero disgustos de ninguna clase para los cuatro cochinos días que me quedan de estar aquí. Me sobra a mí lo que tiene que sobrarle a un hombre para ser platito de segunda mesa. A mí —se da un golpe sobre el pecho—. A mí —repite— que las he tenido rubias y morenas, castañas y negras como el carbón y he dicho nones... Pasa que tú has equivocado la vereda, macho; que no sabes lo que estás diciendo. No hace falta que a mí me des tú consejos sobre mujeres, ni me digas para allá o para acá, ni toma que te la regalo. Vales tú muy poco, como hombre para que me tengas que poner a la Mari de cepo. Vales tú muy poco, Totín, para dártela de sabihondo ni de nada.

Caminan los tres despacio, bajo las sombras de las acacias, las manos dentro de los bolsillos del pantalón, aburridos, torpes todavía, dando patadas a las pedriscas, a los envases inservibles, al cartonaje multicolor, al súper lujo de los papeles de cuché a diez tintas, a los vasos de papel parafinado, a los restos de las vituallas arrojadas a la cuneta de la Colonia por el Strategio Air Command.

—Ahora que si tú lo que querías era un plan —dice Toto—. Si tú lo que querías era llegar haciéndote el nuevo, dándote aires de macho para matarla por lo bajini, para aprovecharte de los trenes baratos...

—Pues sí, eso, un plan. ¿Para qué te lo voy a negar, para qué quieres que te ande con rodeos? Me gusta como ternera que es. ¿Qué querías? Una formalidad no puedo yo permitirme ni con ella ni con nadie. Entérate. Me quedan muchos años de vida; me queda a mí mucho que correr por esos mundos para pedirle la palabra ni a Mariquita ni a Santa Mariquita.

Consciente de la gresca inevitable, antes de pronunciar la última palabra, adopta una posición defensiva. El golpe bajo que le dirige Toto con el puño tembloroso a la barbilla lo para fácilmente. No le acierta la cara, pero el camisolín rojo se desgarrá por el cuello.

Cuando los dos llegan al cuerpo a cuerpo y ruedan por el asfalto caliente, Antonio se interpone para separarlos:

—Quita, quita. ¿Estáis locos? —Los lanza a derecha e izquierda y logra separarlos difícilmente—. ¿Es que os habéis vuelto locos los dos? ¿Es que ni siquiera os dais cuenta de lo que estáis haciendo?

Están ya los dos jadeantes, uno frente al otro, mirándose fijamente a los ojos, sin demasiado odio ni demasiado rencor. El avenate ha pasado y el sudor les rueda por la cuenca de los ojos, por la barba, por la comisura de los labios. Silencio. El silencio duele. El silencio salpica las pestañas de rabia mal contenida, de arrepentimiento. El silencio multiplica el canto lejano de las chicharras bajo las buganvillas de los jardines. Antonio silba una tonada que no logra salir de los labios. Eugenio sacude el polvo al camisolín y se pasa la palma de la mano por la boca. Toto suspira.

—No quise ofenderte —dice Eugenio—. La verdad es que no podía imaginar que estabas arrancado por ella.

—Y yo creí que tú eras más hombre —contesta Toto.

—Oye, que lo soy, eh. Mucho cuidado, que lo soy y tú lo sabes. Y además se respetar cuando hay que respetar.

La voz de Toto tiene ahora un tono desgarrado:

—Yo pensando que la querías bien, ya ves; que la querías de veras; que si preguntabas por ella y la buscabas es porque la ibas a quitar de servir y te ibas a casar con ella y te la ibas a llevar por ahí, lejos para que yo no pudiera ya verla más, al fin del mundo.

—Eso eran figuraciones tuyas, Toto, figuraciones... ¿Tú crees que yo estoy en condiciones de mantener una boca más? Bastante tengo ya con lo que le mando a mi madre. Bastante tengo con no ser una carga para la familia.

—Que eres un gallina y yo un primavera —dice Toto—. Los dos sois unos gallinas —señala a Antonio—. Tú, y él, los dos, fíjate. Los dos estáis cortados por la misma tijera.

Es ahora Eugenio el que tiene que sujetar a Antonio que se abalanza sobre Toto.

—Deja. Está loco. Déjale —dice—. ¿No ves que está borracho? Con niños no se puede beber. Para beber hay que beber como hombres.

A Toto le caen lágrimas confundidas con el sudor. Se restriega la barba y los labios y se da luego un manotazo de rabia sobre el pecho:

—Mira que soy capaz de mataros a los dos. Uno a uno, o a los dos juntos, como queráis.

—Estás valiente —dice Eugenio—. Estás tú hoy muy valiente.

Soponcio a la cabeza. Humo y neblina. Turbias las aceras, turbios los tejados rojos y los maizales sin segar y la blanca flor del algodón. Arcadas. Toto arroja todo el fuego del vino que le quema la garganta apoyado en una verja. Antonio y Eugenio tienen que ayudarle para que no caiga redondo sobre la vomitina. Rechaza la ayuda y se limpia el espumarajo de la boca. Finalmente acaba por dejarse conducir dócilmente entre los dos.

—Toto, Totín, que está visto que no has nacido para borracho —dice Eugenio mientras le acaricia el cuello—. Hay que ver que te has puesto como una fiera por nada. Después de todo eres tú el que ha salido perdiendo: te has cargado el camisón y pensaba regalártelo antes de irme.

La tarde inútil que ni siquiera ha aprovechado la siesta se les clava a Toto y Antonio en la morriña cagalona. Que si no se fue a trabajar por el jolgorio y se perdió el jornal es necesario continuarlo, pero ninguno puede dar ya un paso.

Se sientan los tres en el bordillo del acerado como lo hicieran cinco años atrás, cuando marchaban al caer la tarde para asomarse a las celosías de la Colonia para ver desnudarse a las criadas. Buenos tiempos. Antes de ir a la «mili» para marcar el caqui, antes de poner cara seria a la vida. Cuando sólo se echaba de tarde en tarde

una peonada agrícola y el resto del tiempo se malgastaba en gamberrear, en ir y venir sin ton ni son, en pedalear la cuesta arriba de los alcores entrenando la afición a la bicicleta a ver si por allí podía dársele una salida a la vida.

La brisa atlántica levanta pequeños remolinos de polvo y hace tili-lar las hojas de los pitósporos. De tarde en tarde una tromba de aire caliente eleva una columna de tierra.

—¿Os acordáis cuando veníamos a casa de Francisco y nos dejaba libros y le veíamos pintar? ¡Qué manos tenía! —dice Eugenio.

—Pobre, pobre Francisco. Muchos favores nos hizo a todos. A mí me tenía prometido pintarme un cuadro como el tuyo. Si no llega a morirse... —tercia Antonio—. Ahora ya tú podías discutir con él y decirle que habías visto esto y lo otro de por ahí fuera. Ahora podías hablarle como un entendido de las cosas que has visto en Francia. ¿Y lo que se alegraría de verte así maqueado? Él que las traía contigo con lo del maqueo...

—Si no se hubiera ido. Si se hubiera quedado aquí. Si no hubiera tentado a Dios como tentó con otro viaje no estaría en las malvas.

—Fijo.

—Si no se hubiera creído que estaba curado y hubiera continuado aquí pintando lo que pintaba sin sacar demasiado los pies del plato, sin beber ginebra y sin hacer locuras.

—Pasa —dice Eugenio— que a la vida no se le puede poner cortapisas. Sería su sino. ¿Es que acaso sabemos ninguno de nosotros el nuestro?

Languidecen de nuevo los ánimos. Antonio da vueltas a una chinita suelta del asfalto y busca arrimar el ascua a su sardina viajera. Es ahora el que habla, despacio, dejando resbalar las sílabas, dando un tono especial de tristeza a cada palabra:

—Allí —pregunta— cuando estás libre y hace frío y no sales y no tienes con quien hablar te aburrirás, ¿no? Si tuvieras alguien que te diera compañía sería otra cosa...

Toto intenta reanimar el rescoldo de la discusión:

—¿Aburrirse? Con el tipo de este no hay quien se aburra; se marcará rápido un buen rollo, lo que le pasó con la Golondrina por ejemplo; lo contará una y mil veces, todas las que sean necesarias para quedar delante de las damiselas como matador.

El nombre de la vaca brava que le sacara las taleguillas tres años atrás, lejos de poner a Eugenio de mala uva, le devuelve el gesto marchoso que tuviera enfundado en el traje de luces en el festival taurino que se diera el día de la Patrona:

—¿Te acuerdas, Totín? Con un poco más de lado izquierdo y eso sí que hubiera sido vida —abre la mano derecha lentamente y saca el pecho; luego se pone de pie y hace ademán de citar de espaldas con la imaginaria muleta en la mano mirando hacia los balcones—. Nada de mancharse las manos de grasa ni ajustar tornillos, nada de meter el hombro: ¡Ja, toro, ja; ja, toro, torillo, ja! —La imaginaria muleta redondea la faena y recibe el también imaginario aplauso enfervorecido de la multitud con las manos en alto—. Allá no entienden de esto —continúa—. No entienden del avenate que quema las entrañas.

De su facha torera ni siquiera el pelo. A la semana de llegar a París tuvo que cortárselo al cepillo. La retinta frente bajo el pelo rizado le jugó la mala pasada de su estampa argelina. Sonríe tristemente recordando a los dos italianos del sur, compañeros de trabajo que se aclararon el pelo con agua oxigenada para evitarse complicaciones después de la razzia en la que fueron detenidos como nacionalistas norteafricanos y que estuvo a punto de costarles la vida.

—Si te hubieras quedado con una «foto» del cuadro que te pintó Francisco en traje de luces bien que hubieras presumido allá, ¿no? —pregunta Toto.

—A lo mejor. ¿Quién sabe?

Capote de paseo saludando con la montera y un fondo nebuloso de plaza de carros colgada de mantones. La fotografía quizá hubiera servido para identificarle como español la noche que salió a la calle sin pasaporte y le peinaron la espina dorsal en la Plaza de Italia con el cañón frío de una *metralleta* antes de conducirlo a la Prefectura.

—A lo mejor me hubiera servido de algo, para que veas. A lo mejor me hubiera servido...

—Ya está bien. No hemos dejado de doblarla para decir pamplinas.

—Si queréis, —dice Toto— podemos empezar otra vez a darle al vaso. Eché ya todo lo que tenía que echar y me he quedado como nuevo. Ahora que antes de empezar —se dirige a Eugenio— si quieres, para que veas que no te guardo rencor, vamos donde la Mari, para que la saludes ya que tenías tanto interés. Eso si no te importa después de lo dicho.

—¿Importarme?

—Podiera. Porque como eres tan sensible...

—Si vamos a ir, en marcha —dice Antonio—. En marcha y ojo con dar el petardo. Porque vosotros dos sois de los que si no la dan a la entrada la dan a la salida.

Eugenio y Toto se emparejan. Antonio camina tras ellos silencioso con las manos en la espalda. El cielo añil se ha puesto blanquecino. El sol ha huido de los porches y tiñe de amarillo sólo los chaflanes de los tejados, la ondulada uralita de los cobertizos y de los garajes. En las acacias y en los plátanos de India los pájaros se desperezan de su siesta, y de los jardines llega el rumor de las mangueras que riegan la grama. Es ya posible mirar al sol de frente sin engurruñar los ojos. Los niños corren por el acerado con los triciclos y a la carretera han salido a pasear las muchachas de servicio con sus cofias blancas arrastrando los cochecitos infantiles. Un camión cargado de bebidas refrescantes pone una pincelada roja aparcado junto a la cuneta, y un hombre viejo con un carrito

de helado mantecado a la galleta pregona a media voz su mercancía. El sol arranca leves reflejos a las tapaderas cromadas de las heladeras. Una adolescente con un pantalón rojo y una blusa blanca cruza de una carrera la carretera y detiene al carrito de helado para comprar un cucurucho. En la radio suena la guía comercial que sucede al «concierto de la tarde». Algunos automóviles de matrícula doscientos diez mil aparecen chirriantes —de vuelta ya de su jornada— en los bordillos de las aceras, y sus conductores sacan de su interior grandes bolsas de papel llenas de conservas y de cigarrillos, de pollos envueltos en celofán y de cartuchos de palomita de maíz.

En la torre de la iglesia el sol exprime un último reflejo de los azulejos de la espadaña, y de las huertas llegan las voces de los vaquerizos y el mugido doliente de las vacas de leche. El aire tiene sabor de gasolina, de geranio, de romero, de caramelo de menta y de miel silvestre.

Al paso, arrancando matitas de jazmines en las verjas, masticando hojas de pitósporos, de rosales secos, gamberreando, dando puntapiés sobre los plintos, tamborileando los dedos sobre los batientes de cinc de las ventanas; como niños, saltando sobre el ramaje de las acacias, calle arriba, caminan los tres, confusos, aburridos, con la cabeza turbia de vino aún, en busca de la Mariquita.

* * *

Los hombres han regresado de nuevo a la puerta de la taberna de Florencio y se alinean con las espaldas pegadas al lienzo del muro enjalbegado de donde ha huido ya el sol.

Algunos, sentados en el bordillo de la acera, tienen que levantarse cuando el autobús de línea da la vuelta a lo costanilla y aparca delante de la terraza.

En el puesto de pepitas de girasol unos niños compran tiras de triquitraque, las restriegan por los adoquines, y luego, una vez en-

cendidos, las esconden en el hueco de las manos para hacerlas chiriar.

Los hombres permanecen silenciosos con los brazos cruzados. En la panorámica de la Colonia el sol deja los últimos destellos sobre los automóviles multicolores aparcados a uno y otro lado de la carretera.

En las regolas los peones dan ya de mano y van recogiendo los picos, las palas y las esportillas de la obra. Algunos, de regreso a su casa, entran en la taberna para tomar un vaso de vino blanco e invitar al amigo en paro forzoso que en la acera espera inútilmente que se produzca el milagro de al día siguiente encontrar trabajo y dar de comer a los suyos. Una motocicleta con sidecar del PGC toma con desenfado la curva de la carretera y enfila luego la costanilla camino de la plaza. El autobús de línea pone ya en marcha su motor de gasoil y por su portezuela trasera suben los contados viajeros que regresan a la ciudad.

Tres hombres hablan junto a la terraza, en el límite que Florencio ha trazado para que los hombres en paro no ocupen toda la fachada. Florencio les escucha mientras hace subir el toldo rayado con el torniquete de manivela. Los tres hombres cruzan una mirada de complicidad y pasan a la acera de enfrente.

—Podíamos hablar con el cura —dice uno de ellos—. Es lo mejor que podíamos hacer, hablar con él, decirle y explicarle que no podemos seguir más tiempo en este plan.

—El cura se sabe de memoria todo lo que tú vayas a decirle —contesta otro—. El cura está al corriente. Son cosas del alcalde. Lo que hay que hacer es esperar a mañana y hacerle otra visita. Si mañana no logramos nada, echamos un pañuelo y sacamos dinero para el autobús: vamos y hablamos en la capital con los del Sindicato.

—Aún sería mejor que fuéramos andando. Eso es lo que debíamos hacer —dice Pedro el de Nieve, el más joven de los tres hombres—. Nadie nos puede impedir que vayamos todos antes que

salga el sol. Si tardamos siete horas como si tardamos veinte. Saliendo al alba, antes del mediodía estamos allí. Vamos al Sindicato y nos plantamos en la puerta a esperar. No creo que puedan echarnos, de no armar jaleo.

—Eso lo pudimos hacer hace quince días, pero ya Jeromo dijo que no, que podíamos terminar todos en la cárcel. Yo creo que él sabe de leyes.

—Si el de María la Bujarra, el José y el Manolo hubieran aceptado trabajar con el alcalde las cosas hubieran tomado otro cariz —dice el primero de los hombres—. En cuanto hagamos el menor movimiento se dejan caer con que son ellos los que nos han envalentado. Si hubieran aceptado el trabajo hubieran cambiado las cosas. No es que a mí me parezca mal que se hayan portado como hombres, pero porque ellos no hayan querido dejarse comprar vamos a ser nosotros los que suframos las consecuencias. Tres bocas menos hubieran sido a pasar hambre y nadie podía pensar que se trataba de un plante. Ahora el alcalde tiene motivos sobrados para decir que ha ofrecido trabajo y no lo hemos querido admitir. Es lo que dirá.

El autobús de línea se pone en marcha. Una nube alta roba por un instante los penúltimos destellos del sol. En la calle cantan las niñas una canción de rueda.

En mangas de camisa, con un cigarrillo en los labios, los brazos dejados caer a lo largo del cuerpo, y la mirada añil, Richard Stick entra en la taberna de Florencio y se acoda sobre el mostrador. Florencio saca de la fresquera tres botellas de cerveza y del anaquel media botella de coñac. Luego quita a las cuatro botellas el cierre y las coloca sobre el mostrador después de haber vaciado poco más de un cuarto de cada una en la piletilla de cinc.

Richard Stick arroja el pitillo que venía fumando y saca ahora un paquete de cigarrillos del bolsillo derecho de su camisa. Ofrece a Florencio uno que Florencio rechaza y vuelve a colocarse un nuevo cigarrillo en los labios, terciando una mueca con él mientras va vaciando la botella de coñac en las de cerveza.

Florencio limpia con una bayeta el mostrador y saca luego un encendedor de martillo para dar fuego al cliente que todas las tardes a la misma hora se acoda en el mostrador para beber en silencio, sin vaso, directamente de la botella, la extraña mezcla de cerveza y coñac veterano.

Richard Stick hace un gesto para que Florencio le cargue en cuenta el importe de su consumición. En la pizarra del servicio de los veladores, Florencio escribe con un trozo de yeso bajo el nombre de «Mister» otra cifra idéntica a la que precede en la larga columna de débitos. Richard Stick apura de un golpe media botella de cerveza, luego chasca la lengua y sonrío. Florencio, mientras despacha a los hombres los clásicos vasitos de vino blanco con un aperitivo de masa frita, aguarda al quite cualquier capricho, cualquier nueva extravagancia que solicite el hombre de los ojos de gato.

A veces, la mujer de Mr. Stick, cuando han dado las once de la noche y Mr. Stick no ha regresado todavía a su casa, se alarga desde la Colonia a la puerta de la taberna y hace gestos guiñolescos señalando a su marido. A veces, Mr. Stick abandona el mostrador y camina tras su mujer en silencio. Otras hace un gesto de desdén con la punta de los dedos, enciende un nuevo cigarrillo y pide otra ronda de botellas.

Florencio cuenta, a los que quieren escucharle, que *mistress* Stick tiene solicitado el divorcio y que Mr. Stick es un bala que, aunque se deje en la taberna diez duros cada día, no tiene dos dedos de vergüenza.

La opinión unánime de los hombres del pueblo es, sin embargo, contraria a la de Florencio. Para ellos, míster Stick es el único americano que no pasa delante de un niño sin acariciarle el pelo, el único que no ha faltado jamás a ninguna mujer, y también el único que cuando un peón vuelve del campo y él lo encuentra al volver al pueblo con su automóvil, le invita a subir aunque lleve aperos de labranza y esté sucio y sudoroso. Mr. Stick es también el único extranjero que da las buenas tardes cuando por las afueras, algunos días que sale a pasear andando, tropieza con una mujer, con un niño, con un hombre, e incluso con un perro.

El autobús de línea es sólo un punto añil al fondo de la carretera, en mitad de las acacias. Las golondrinas sobrevuelan la calle Real y rozan con el vértice de sus alas las regolas desiertas, a cuyos bordes juegan los niños dejándose deslizar por el terraplén y escondiéndose en los tubos de semigres apilados en las aceras.

—Es lo que debiéramos hacer —repite Pedro el de Nieves—. Es lo que procede: tomar el portante, bajar a la ciudad y ponemos allí también en fila, a la puerta de los Sindicatos igual que hacemos aquí. Ahora lo que falta es quedar de acuerdo todos y luego irnos ya a nuestras casas. Mientras menos nos vean juntos, mejor. Yo, por lo menos, es lo que pienso hacer. El que quiera seguirme ya sabe. Mañana aquí en la taberna al clarear: antes que la pajarada gallee.

El sidecar del PGC da la vuelta por la costanilla y aparca al fondo de la calle. El conductor se destoca de su gorra roja y entra en el zaguán de una casa. Los tres hombres prosiguen hablando a media voz. Luego cruzan la calle y quedan recostados sobre el lienzo de cal de la fachada de Florencio al lado del resto de los hombres. Unos a otros se van comunicando el acuerdo tomado. De dentro de la taberna llega a la calle el golpe seco del taco sobre las bolas de billar y el rumor de las fichas de dominó sobre los veladores de mármol.

A la mitad de la calle, a la puerta del Centro de la villa, se van ya sentando sobre las butacas de mimbre los socios del casino para hacer pronósticos y conjeturas sobre el todavía lejano verdeo, sobre la adjudicación al médico de un automóvil Seat 600, sobre la posibilidad de dar o no una subvención al equipo local de fútbol y prepararlo para que entre a formar parte de los campeonatos regionales la próxima temporada, mientras beben la primera copa de vino de la tarde.

Los hombres en paro forzoso van iniciando la retirada. Las palabras de Pedro el de Nieve parece haberlos por fin agrupado. Marchan despacio hacia sus casas con las manos en los bolsillos, torpes, cansinos, desesperados. Alguno enciende por el camino un cigarrillo de «tabaquera» con el mechero de yesca y se detienen un

instante mirando de reojo a los socios del casino que charlan apaciblemente, satisfechos y tranquilos, esperando la hora del rosario, con el botón último del cuello de la camisa desabrochado y los puños asomando por las mangas de la immaculada americana de hilo blanco.

Míster Richard Stick, en el mostrador, echa mano de la segunda botella de cerveza reforzada con coñac. Fuma un cigarrillo tras otro y arroja las colillas mediadas que los chicos se pelean por coger antes de que lleguen al suelo.

Florencio da la vuelta al mostrador con un cartucho de arvejas que va dejando caer amorosamente sobre la jaula del «reclamo», mientras le habla con palabras dulces y tiernas, casi femeninas.

En mitad de la calle, entre la taberna y el casino de la villa, cantan las niñas su canción de rueda:

*Qué lindo pelo tienes
¡Viva el amor!
¿Quién te lo peinará?
¡Viva la rosa del rosal!*

* * *

Es un hilo delgado, gelatinoso, casi imperceptible, que divide como un flujo plateado la garganta del muerto, rebrilla con el destello malva de la última luz y se cruza con el cuajaron de sangre que baja desde la frente y va espesándose, casi coagulada ya, sobre la nariz y los labios.

El cadáver, con los ojos abiertos, pierde su mirada vidriosa en la tierra de labor, en el mismo punto que el olivar se difumina y las matas de algodón surgen tras el barbecho de los maizales ya segados.

El cabo Nicolás Martínez se da cuenta al echarle por encima la loneta. Se lo hace saber al guardia Honorio que termina de escribir la primera diligencia y se seca el sudor de la línea del barboquejo:

—Donde dice sin señales externas —el cabo respira hondo y hace girar el subfusil— lo tachas. Aunque, bien mirado, mejor es que lo dejes ya como está —rectifica—. Lo mismo va a resultar; no le vamos a resucitar por eso. Cuando te dije que hoy tendríamos fregado...

—Es lo que pasa siempre —contesta el guardia Honorio—. Hay días que parece que amanecen para lo mismo. La mañana que me levanto con el estómago estragado, jaleo: no marra. El día que el cuerpo no me pide una copa de aguardiente por la mañana y tengo que pedirle a mi mujer, cuando me coge en casa, bicarbonato después del desayuno, fregado que te crio.

Tras cubrir el cadáver con la lona, los dos guardias pasean su ronda hasta el automóvil de turismo causante del accidente:

—Cuando vas a tener jaleo, desde luego se huele; se masca nada más te levantas. Son días.

—Lo mismo te llevas luego dos meses sin un apunte.

—Lo mismo.

—Y esta noche que estaba franco de servicio y prometí llevar al cine a la Luisa con los chavales...

—Es lo que pasa con prometer. El día que apuñalaron al Hiniesta el Cojo, tenía yo hasta las entradas compradas.

A ambos extremos de la carretera, la pareja de relevo del Grupo Móvil recién llegada ordena el tráfico por una sola vertiente.

—Si a nosotros nos llevaran y nos trajeran en un «Jepp» como a ellos, sería otro cantar —dice el guardia Honorio—. En la Móvil ya te puedes echar a soñar. Te llevan y te traen y no tienes que pensar en nada. En un santiamén, catapún, otra vez en el acuartelamiento.

—Pues no me cambio yo por ninguno de ellos —contesta el cabo.

—Con tus galones es fácil hablar así. Yo en cambio, si me ofrecieran el traslado al Grupo, decía si con los ojos cerrados.

El cadáver panza arriba, cubierto con la loneta, abulta poco. La débil brisa toma a intervalos la lona por velamen. Al conductor del turismo se le ha ordenado permanecer dentro del vehículo hasta la llegada del juez. El resto de los ocupantes del automóvil esperan sentados en la cuneta, bajo el olivar. En la línea que estrangula el amarillo del sol que se desvanece, dos colleras de mulas rubrican el horizonte por Levante y surcan el haza que beneficia el maíz tardío. Hasta que no llegue el juez de paz no hay prisa. Mientras, el cadáver no puede moverse del sitio, ni los civiles pueden abandonar su guardia. Están tomadas las medidas reglamentarias, las medidas previstas para el caso: todas las medidas. No cabe ya sino echar un cigarro y pasear la fúnebre ronda del muerto al turismo y del turismo al muerto, y renegar un poco del oficio y desempolvar otros casos, otros accidentes de circulación, otros años:

—Cuando el tren arrolló al camión en el paso a nivel —dice el cabo— sí que hubo complicaciones. Ya te quisiera yo a ti ver en un fregado como éste. Tuvimos que esperar Jiménez y yo, bajo la lluvia, que trajeran la grúa para quitar el camión de la vía, y a todo esto el «Taf» esperando en la estación próxima, y a todo esto la familia del chofer, la madre y la mujer a la que tuvieron la ocurrencia de dar el aviso antes siquiera de haber levantado el cadáver. Allí te quiero ver un espectáculo de coco y huevo. Y con la lluvia dale que te dale sin dejar de caer un momento.

—Cuando el Hiniesta fue peor —contesta el guardia Honorio—. Cuando el Hiniesta tú no estabas todavía en el puesto. Es el peor atestado que hemos tenido en muchos años. Lo dejaron espatarrado en la viña y cuando llegamos ya estaban los buitres rondándole. A fuerza de culatazos tuvimos que espantarlos; pero ellos nada, tercos allí mirándonos con los ojos amarillos como si no fuera con ellos, sin ganas de levantar el vuelo y como si el Hiniesta fuera una bestia. Entre los gañanes y yo, como si fueran las alimañas una piara de pavos, tuvimos que espantarlas a fuerza de palos y culata-

zos, y a todo esto la madre delante también. Yo estaba dispuesto a matar a los pájaros de un par de descargas; pero el cabo se oponía diciendo que podíamos no acertar y dar con las balas al cuerpo del Hiniesta que era cosa que no interesaba porque cuando la autopsia todo aquello nos traería complicaciones.

—En el Pirineo Aragonés me pasó a mí un caso parecido. Nos encontramos en la misma raya de la frontera un soldadito que había desertado y que estaba ya medio comido por las alimañas. Estas cosas cuando pasan en la guerra no impresionan lo más mínimo. En la guerra teníamos el cuerpo hecho a todo. Pues, como te digo, al soldadito le habían comido los hígados. Fue cuando lo del maquis. Más le valió casi al guripa morir. Más le valió aunque se lo comieran los buitres. Se ahorró ser fusilado en la ciudadela de Jaca.

Pequeño paseo, como de centinela; paseo de armas tomar, con el guiño siempre al segundo, aunque la precaución sea ridícula y el automóvil de turismo extranjero no piense escapar.

El cabo autorizó al peón caminero traer de la venta cercana unas gaseosas y un cántaro de agua fría para los viajeros. El peón caminero aparece ya con el cántaro a la cintura y las botellas de gaseosa sujetas por la mano libre. El chofer descorcha con los dientes una de las botellas y bebe un trago. Luego ofrece una de las gaseosas a los guardias que rechazan al igual que los cigarrillos que también les ofrece el conductor. El peón caminero marcha ya con el cántaro y las gaseosas hasta el olivar donde los viajeros están sentados.

Calor hondo y descolorido de tarde que no acaba de morir del todo, de día de verano al que le quedan casi dos horas de agonía a pesar de que el sol es ya sólo un disco opaco y redondo que resbala rápidamente por la punta del olivar.

—Tiempo aún tienes de llevar a la parienta al cine —dice ahora el cabo—. El juez llegará de un momento a otro. Tiempo de sobra ha tenido de estar ya aquí...

—Tiempo de sobra ha tenido para estar de vuelta; pero ése es capaz de tenernos aquí hasta el alba.

—Y si no nos tiene no será porque le falten ganas. Lo que pasa es que, aunque no sea más que por la cuenta que le tiene, no se hará esperar. Ése no deja de ir todas las noches donde tú sabes que va. No hay una noche que perdone el zureo. Y cuando vaya habrá dejado arreglado el asunto del muerto y la documentación a punto y al franchute empaquetado.

—¿Pero todas las noches va?

—Sin faltar una.

—Con las mujeres es desde luego cuestión de avenate. Yo tengo semanas enteras que ya pueden servírmelas en bandeja que no las quiero, y la siguiente olerlas y ponerme salido es todo una.

—Eso cuando lo notas bien es cuando estás de guardia. Estando de plantón en la principal, un poner, se me antoja a lo mejor estar con la parienta; se me van y se me vienen las ganas. Pues bueno, luego, acostado con ella, con los chavales al otro lado del tabique sin acabar de quedarse dormidos, ni pienso en tal cosa. Son rachas. También que tampoco somos ya unos chicuelos de veinte años; que a los veinte sí que estaba uno para coger moscas donde te las pusieran.

—Tampoco es eso sólo. Pasa que soltero como está el juez es otro cantar. Así es bien fácil. No le ve uno a las mujeres sino la cara que le quieran poner cuando va uno a verlas, y bien emperifolladas y olorosas que te salen al encuentro. Estar sólo a las maduras es fácil. A los hombres como hay que verlos es cumpliendo con la parienta las veces que haya que cumplir un día y otro del año, haciendo calor o frío, teniendo ganas o no teniéndolas, a pie firme aguantando el envite. Ahí es donde yo quisiera ver al señor juez que se las da de tan macho. Ese toro es el que yo quisiera verle lidiar.

Ronda aburrida y hablar por hablar. Parada de vez en cuando y mosquetón al suelo. Pavonado que rebrilla como la baba del muer-

to. Mosquetón sobre el costado y otra vez pasos cortos y cuarteles del parachoques del automóvil a la loneta y de la loneta al parachoques del automóvil.

El cadáver, enclenque, famélico, atravesado en cruz sobre la vertiente derecha de la carretera. La loneta no alcanza a cubrirle las alpargatas. En una de las rondas el guardia Honorio se agacha y da un tirón de la lona para que le tape por entero.

—Yo me pregunto a veces —dice el cabo— qué se siente cuando se está en el otro barrio, cuando se ha dado de sí todo lo que se podía dar.

—Eso te lo preguntas sólo en días como hoy: cuando estás tocando la muerte, cuando estás junto a ella. Luego se te olvida y no piensas siquiera en la cosa.

—Es lo que pasa.

—Listo andaríamos si desde que nos levantáramos hasta que nos fuéramos a dormir empezáramos a darle la vuelta al coco con lo mismo.

—Es lo que pasa.

—Por eso más vale no pensar. Eso es lo mismo que con las órdenes que tienes que cumplir y que tú sabes y que te malicias de sobra que son una injusticia. Las cumples y en paz. No piensas en el provecho que otro le sacará a lo que tú haces cumpliendo con tu deber. Por eso lo mejor en esta vida es no pensar en nada. Son disgustos que te ahorras. Los días que vayas a durar los tienes escritos sobre la espalda y no se pueden leer aunque se quisiera. Lo mejor arrear p' adelante y no hacerse preguntas. El que la gente piense tanto en lo mismo es lo que da a muchos de comer.

Sobre la cuneta izquierda, quebradas las ruedas, rasgada la tela de florecillas, boca arriba como una tortuga moribunda, el manubrio, retinto el barnizado de su caja de madera, deja al descubierto el mecanismo de sus cuerdas. Pilete, solo, cola las manos sobre las mejillas, tiene puestos los ojos en la lejanía de las colleras surcado-

ras. El pelo largo le cae sobre la frente y le llega hasta la mitad de los párpados, bajo los que quizá haya una lágrima. Siente ganas de fumar, pero la cajetilla de picadura está en el bolsillo de Garabito, dentro del bolsillo del muerto, allí, en mitad de la carretera, bajo la lona verdosa con que los civiles han tapado el cadáver. Su mirada se cruza ahora con la de los guardias en una de sus rondas con un relámpago duro —oficio a oficio— en el teje y maneje diario de la vida que no perdona: mirada cazadora y cazada y la suspicacia del gesto que no admite evasivas.

—Con la desgracia a ninguno se nos ha ocurrido pedirle el carnet de identidad al golfete.

—Daba grima —contesta el cabo—. Como sentirlo parece que lo ha sentido el chaval.

—De todas formas...

—Se le pide.

—Lo que no acaba de entrarme en la cabeza mientras más lo pienso es cómo ha podido pasar el suceso. Las dos partes aseguran que iban por su derecha. Ninguna de las dos parece mentir. Que el chaval y el muerto hubieran tomado unas copas es posible, pero no es motivo para ir como locos y para ponerse delante del coche como se tuvieron que poner. Échale un galgo para que se averigüe la verdad de quién ha tenido razón.

—Yo me inclino a darle la razón al chaval —dice el cabo—. Más me inclino por esa parte. —Camina hacia el sitio exacto del suceso y señala con la mano la dirección por donde viniera el automóvil—. También pudo torcérselo la dirección al franchute. Pensando que ellos iban a buen paso y viniendo el chico por el lado de afuera, el pianillo no podía ir tan al centro como dice el francés porque al muchacho no le ha rozado ni un pelo.

—También estos golfos de la música no saben ir jamás por su sitio. Se creen que la carretera es una trocha de ganado y así pasan las cosas.

El relevo del Grupo Móvil se acerca a la pareja:

—Ha sido mala suerte la del pobre viejo —dice uno de ellos—. No tenía el abuelo ya edad para morir en mitad del camino y con las botas puestas...

Con el tráfico ordenado por una sola vertiente, los camiones pesqueros que avanzan hacia el Sur aminoran la velocidad al tomar la curva taponada por el «Jepp». Todos los choferes ofrecen sus servicios desde las ventanillas antes de acelerar.

El vacío que dejan los camiones siguiendo las instrucciones de los guardias, pegándose a la cuneta para no rozar el cadáver, es la única explicación lógica de que una de las clavijas del manubrio haya saltado de pronto como una cuerda de guitarra. A todos les parece natural el chasquido. Sólo Pilete se estremece con un repelucó de susto que le escuece el alma bohemia.

Garabito, en su despedida terrenal camino del limbo verbenero, el limbo de los apaches y de los ciegos que cantan romanzas, de los ladrones forzudos y terribles que roban bolsillos de señora, de los titiriteros que cruzan a fuerza de destreza y de hambre la estrecha cuerda floja de la vida, de los gitanos trotamundos que hacen bailar al oso en mitad de las plazas, de los payasos que hacen reír y llorar a los niños, quizá haya querido —antes de elevarse a horcajadas de una rama de olivo verde y pacífica— dar marchoso una última vuelta al manubrio cascado, al manubrio con bastidor de percalina estampada de florecillas azules y rojas como un trigal en primavera.

—Para morir a esa edad —dice el guardia Honorio—, echándole como le echo para los setenta al vejete, no hay nada como morir en cama y bien abrigado en una cuesta de enero: es la muerte que cuadra.

—Tú —dice uno de los de tráfico— eres de los que, por lo visto, te apuntas a morir en una fecha fija.

—A una fecha fija me apuntaba yo a morir, sí, señor, y una cosa que te digo: de los que estamos aquí presentes es muy posible que

a fecha fija muramos todos, estando poniéndose las cosas como se están poniendo.

—¿Tenéis en el pueblo al de línea, no? —presunta el de la brigada móvil.

—Lo tenemos, pero como si no le tuviéramos —contesta el cabo—. Está con el somatén. Ni siquiera aparecerá por la casa cuartel. Cuando va al tiro, nada. No quiere ni que se le moleste. Si nos hace una visita es de puro compromiso.

—Por eso, porque esta mañana nos lo cruzamos.

—Para el teniente es un día de campo. Ya lo aconchabarán para que se ponga a darle al vaso, si es que doña Rosa, la viuda del capitán, no lo mete antes en el talego y lo quita de la circulación.

—Una bellísima persona es, ya lo sabéis. Pocos como el teniente Prado habréis tropezado en el Instituto.

—Ninguno —dice Honorio—. No tenemos queja por ese lado. No hay novedad. Y por otro que no me permitiría yo hacer un juicio de una jerarquía. Aquí el cabo dice lo del somatén porque es la fija. Cuando el teniente va a la inspección del somatén, no tiene nada que ver con el puesto, ni tiene obligación de visitarlo.

El chofer del automóvil de turismo abre la portezuela, estira las piernas, pateo sobre el asfalto y se pone a pasear luego por la carretera.

—¿Le habéis dicho que se quede dentro al francés? —pregunta uno de los de tráfico.

—Se le dijo que no se moviera. Ahora que lo mismo da que esté dentro o fuera del coche.

—Pues lo que debierais evitar —continúa el de la móvil— es que se ponga a hablar por detrás de vosotros con el pillete, que me malicio que es lo que está buscando. Lo mismo lo aconchaba y por unos duros se presta el golfo a hacer una declaración amañada. No me fiaría yo ni de uno ni de otro.

—Déjales hacer, hombre —dice el cabo—. Déjales hacer que es cosa que a nosotros ni nos va ni nos viene. El señor juez es el que tiene que decidir esas cosas.

El chofer se va poco a poco alejando del automóvil y despacio, con las manos en las espaldas, se llega hasta la cuneta donde Pilete se ha sentado. Saca un paquete de cigarrillos y ofrece uno a Pilete que lo acepta con una sonrisa.

—De estos franceses no hay que fiarse —insiste el de tráfico—. Ahí lo tenéis ya. Empezará con el cigarrito y terminará ofreciéndole un billete grande para que haga una declaración a modo.

El cabo y el guardia Honorio echan los fusiles sobre el hombro y se adelantan cruzando la carretera:

—Usted, de momento, verdad, como si estuviera incomunicado —dice el cabo al chofer—. No quiero que lo tome como una cosa personal, pero está usted bajo mi custodia en prevención y le está prohibido conversar con nadie —y a Pilete—. Y tú si llevas el carnet de identidad me lo debías haber entregado. ¿Lo llevas encima? Pilete deniega con la cabeza.

—¿Y qué haces que no lo has sacado? Siéntate y espera que ya no ha de tardar el juez en llegar. También que tienes unas cosas con haberle aceptado el cigarro... ¿Tú no sabes que nosotros si estamos aquí es para impedir la coacción? Pues bien, eso que ha hecho el chofer contigo es una coacción. ¿Te ha ofrecido dinero?

—No, señor, no. No me ha ofrecido nada —tira el cigarrillo y lo aplasta con la suela de la alpargata—. ¿Qué quiere usted que me ofrezca el hombre? Ha venido, me ha dado el cigarro y no me ha hablado siquiera.

—Tampoco es para que te pongas así. Se te dicen las cosas por tu bien —y en viendo como Pilete se pone a maldecir de su suerte y a dar patadas sobre la hierba seca de la cuneta y a sollozar—. Vamos, chaval, que hay que ser hombre. Poco vas a remediar ya porque llores —saca la petaca y ofrece un cigarrillo a Pilete que lo lía temblorosamente—. Calma y piano piano que se va lontano. No

me vayas a malfollar la picadura, que es el último tabaco que tengo para una semana.

—Ahí tenemos ya al juez —dice el guardia Honorio.

Sobre una motocicleta *scooter*, precedido de una camioneta roja, aparece por la curva el juez de Paz con sus gafas de motorista y su gorrilla de visera.

—¡Cómo no iba a estar el Chico, metido en el fregado! —dice el Cabo.

Las colleras de mulas que surcan el maíz bajan ya por la servidumbre de paso que separa la besana del olivar. El cabo saca de su cartera el apunte de la primera diligencia practicada y con ella en la mano se adelanta para saludar al juez. Chico Mingo habla ya con el guardia Honorio y Pilete se acerca al grupo cansina, torpemente, con las manos en los bolsillos.

Las colleras de mulas llegan junto al manubrio, dan la vuelta y se pierden en la lejanía verdiparda del olivar. Otros camiones de pescado atraviesan el lugar despacio para acelerar enseguida contra reloj en busca del norte geográfico de los mercados interiores. Chico Mingo se acerca a Garabito y levanta la loneta. Luego escupe a un lado y se pone a silbar. El juez de Paz ordena el levantamiento del cadáver.

Por la cortina de arpillera no entra ya en el sobrado ni una gota de sol. En el cuarto hay una penumbra azulada. Sobre el techo cuelgan las calabazas amarillas y secas, las ristras de ajos, las cordadas de pimientos. Junto al camastro, en el suelo, encadenados a un círculo de alambre, los faroles de señalamiento manchan el suelo con su residuo de aceite.

Sobre una silla baja, dentro de un plato de aluminio ha quedado intacto el vaso de leche. Al abrir los ojos le duelen los párpados, y una desconocida hasta ahora falta de respiración le atornilla la garganta y los bronquios. El colchón y las sábanas están empapados de sudor. Cuando se incorpora, el cuarto le da vueltas. Hace un esfuerzo y logra sentarse en la cama. Siente la fiebre sobre la sien, sobre el pulso, sobre la punta de los dedos, sobre el corazón. Le cae un peso de cien kilos sobre el hombro derecho. Con la mano temblorosa toma el vaso de leche y lo bebe de un golpe. Le sube por el camino de la garganta una extraña angustia y, por unos instantes, le parece irreal estar allí sentado con el vaso vacío de leche en la mano.

Vuelve de nuevo a cerrar los ojos y, enseguida, a abrirlos de nuevo para mirar hacia la tela de saco que cubre el ventanillo. Cuando trabajosamente logra levantarse camina hasta él y lo descorre. En la alcoba entra una claridad todavía violenta. El sol es un punto amarillo, luminoso aún, que resbala lentamente tras el caserío. De los tejados de las casas suben columnas de humo que salen de sus chimeneas y suben hasta el cielo.

Vuelve a sentarse en la cama. Cuando agacha la cabeza para buscar las alpargatas bajo el catrecillo de tijeras, la habitación le da vueltas. Se queda sentado rígido, sin mover un sólo músculo. De la calle llegan los gritos y los juegos de los niños, el lejano pregón de los buhoneros gitanos que cambian cacerolas, ollas y sartenes inservibles por globos de colores, por muñecos de lacre que bajan solos, graciosamente, por una escalerilla de alambre; por cariocas de papel plisado y bolsita de arena que las hace elevarse en el aire como estrellas fugaces.

Contiene la tos. Le es fácil hacerlo porque su tos es ya una tos débil, balbuciente. Escupe sobre el pañuelo y contempla el hilillo de sangre serpenteante en mitad del salivazo.

En el segundo intento de coger las alpargatas logra su propósito. Se las pone despacio, cuidando remeter las cintas bajo el talón después de hacerles una lazada. Los gritos de los niños se le clavan sobre las sienes. Luego de ponerse el pantalón y abrocharse la blusilla, toma el aro de los faroles de señalamiento y la botella de vidrio verde mediada de aceite y baja la escalera despacio. En él corral, las gitanillas y los geranios brillan opacos, aterciopelados, bajo la luz metálica del atardecer. Al llegar a mitad de la corraleda, la aldaba de madera de la puerta de entrada cruje levemente y aparece la madre con un saco sobre la espalda.

—Voy a poner a calentar agua para hacerte un poco de café —dice la madre dejando el saco en el suelo—. Me han regalado media lata de café en polvo.

—Déjalo. Es tarde. Mientras lo haces ha oscurecido.

La madre se acerca y le obliga a dejar el aro de alambre junto a la puerta:

—Es café de verdad, auténtico. Del que a ti te gusta —dice señalando una lata de Nescafé—. Me lo ha regalado la rubia inglesa, la mujer del sargento.

Contempla la lata de Nescafé y la etiqueta verde pálido cruzada indicando la prohibición de su venta a personas ajenas al Strategic-Air-Command.

—Si no tardaras me gustaría tomar un poco...

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, madre. Como siempre.

—Tienes los ojos brillantes —le toma el pulso y él hace un gesto para soltarse de la mano que le sujeta la muñeca y le coloca luego la palma sobre la frente—: te ha subido la fiebre.

—Déjame. No es nada. Estoy bien. Lo que tenga que pasar no va a dejar de pasar porque tenga fiebre ni deje de tenerla.

—De mañana no pasa —dice la madre— que veamos la forma de hacer algo.

—Para no conseguir nada, madre. Para que nos tengan otra vez con la promesa un día y otro, para que te hagan ir una y mil veces para acabar diciendo que no.

—Más que me cuesta a mi separarme... y, sin embargo, no hay otra solución. Tarde o temprano tendrá que llegar el día en que ellos accedan y entres en el sanatorio.

—No vamos a separarnos. No voy a ir a ningún sitio. Cuando no sea para mascar tierra no voy a ir a ningún sitio. Entérate de una vez que no tengo pagadas cuotas suficientes. Si pido la baja será peor. Es necesario esperar que terminen las obras. Con las cuotas que pago ahora, al menos durante el invierno no me faltarán medicinas.

Hablan los dos de pie, en mitad de la corraleda. La ropa puesta a secar sobre los cordeles está ya arrugada de tanto sol.

—Podía haberla quitado antes de irme —dice la madre tocándola—. Tendré que rociarla antes de plancharla —camina de un lado a otro quitando los alfileres de madera y descolgando las sábanas del tendedero—. Otra cosa más. Otro nuevo trabajo.

—Puedo ayudarte.

—Siéntate. No estés ahí de pie como un tonto. Ya me valgo bien sola. Voy a ponerte enseguida el agua para el café. Lo que podías hacer es ir y decirle al contratista que no puedes trabajar hoy. Alguien te puede sustituir por un día. Tu primo mismo te puede sustituir. Es lo mejor. Voy y se lo digo.

—No quiero que vayas a hablar con nadie.

La madre entra en la casa con el bulto de ropa seca y la coloca sobre una silla. Luego saca una esportilla de carbón vegetal y mete algunos trozos bajo el hornillo.

—Enseguida va a estar el agua caliente —dice.

El hijo no contesta. Sentado sobre una silla baja hace papilla unos pétalos rojos de geranios que al entrar ha cortado del arriate.

Luego, con los ojos fijos en la tira de papel impregnada de aceite que la madre ha colocado bajo el hornillo después de prenderle fuego, pasa los dedos manchados de rojo por el antebrazo.

Las llamas suben rojas lamiendo la tira de papel que desprende un tufo acre y van prendiendo lentamente la carboncilla. La madre aventa la hornilla con un soplillo de esparto y la habitación, sin chimenea, se llena de un humo blanquecino que le hace de nuevo toser.

—Sal al corral. Ya te sacaré el café en cuanto esté hecho —dice la madre—. No es bueno que respires esto.

Continúa inmóvil, con las manos y los brazos manchados con la pulpa roja de la flor hasta que la tos se le encabrita en la garganta y tiene que salir al corral, pálido, con el pañuelo en la boca, perdida la mirada, vidriosos los ojos, con la respiración jadeante y con el regusto dulce y acaramelado de la sangre en los labios, para sentarse convulso sobre el poyo de cemento.

Unas nubes torpes, cansinas, lentas, grises y violetas, avanzan por el cielo, y los últimos guiños de sol arrancan reflejos nacarados a los azulejos de la espadaña de la iglesia y a las torres gemelas del molino aceitero.

La punzada que ahora le inmoviliza es, más que de dolor, de leve cosquilla, y su misma tos, más que tos es como el susurro nervioso que los niños de pecho emiten cuando por primera vez el médico les coloca la cucharilla de plata bajo la campanilla, sujetándole la lengua para contemplar las amígdalas inflamadas.

De dentro de la casa llega la voz de la madre diciendo al hijo que no se impaciente, que ya el agua está hirviendo, que no tardará sino unos instantes en servirle una buena taza de café caliente.

Antes de echar a andar pone derecha la costura de las medias y corre un punto más en la hebilla de su cinturón que sujeta la amplia falda plisada. Sus tacones tirotean el pavimento, fijas las pupilas en los extremos de la toca blanca que la precede en el interminable pasillo de mármol blanco.

En el techo, a todo lo largo del corredor, los ventiladores giran a un ritmo cansino. A intervalos, la cañada acre del ácido ascórbico, del formol, el espeso y picante sublimado de los yodos, y, sobre las paredes, la estrecha pincelada verde de una cenefa sobre el zócalo de azulejos higiénicos (que armoniza en idéntica tonalidad con el verde hoja seca de su blusa de seda y con los marcos con ramilletes de flores exóticas sobre los testeros encalados).

El olor se hace más violento a medida que avanza trémula tras los pasos sosegados de la Hermana de la Caridad. Le parece no haber salido de la primera adolescencia y caminar, hasta la enfermería del colegio de Concepcionistas Gratuitas, tras la celadora, para curarse la herida que se hiciera en la rodilla mientras jugaba en el jardín una tarde de verano también, sólo unos meses antes de su ingreso en la Academia Mercantil donde taquimecanografiara dos cursos intensivos hasta encontrar el anuncio por palabras de su empleo que no llegó sino al cabo de tres inviernos, echados fuera con el mismo abrigo —quizá verde hoja seca también como su blusa y como la cenefa del corredor— mientras ampliaba sus conocimientos con las clases de corte y confección y alternaba novios universitarios con novios empleados de Banca que no exigían demasiado a cambio de espantarle las tardes de otoño provinciano en la última fila de butaca de los cines de sesión continua o en los merenderos encristalados y cubiertos de madreSelva del Parque del General Sanjurjo.

El corredor parece no terminar nunca. Se avergüenza de su taconeo felino tras las pisadas silenciosas de la sor, casi igual que le sucediera nueve años atrás cuando de su rodilla manaba la sangre y sujetaba la sangre con el pañuelo y se contenía para, por vergüenza también, no gritar de dolor por el cristal que se había clavado en la

rodilla —un minúsculo trozo de vidrio, como un diamante, escondido en el polvo amarillo del terreno de juego a un metro escaso de la portería de baloncesto—. De tarde en tarde, la cenefa verde hace un quiebro y se convierte en un arabesco que coincide con la conducción eléctrica de los ventiladores colgados del techo de la travesía central del Hospital de Urgencia.

Por fin, la puerta del fondo se abre levemente y unos dedos se aprietan sobre unos labios mal dibujados de carmín. Es como un relámpago la señal imprecisa que se cruza entre la enfermera y la monja. Y otra vez la Hermana ante ella abriendo el camino de regreso hasta el *hall* de entrada, y de nuevo sus tacones tras las pisadas de la sor repiqueteando sobre las baldosas de mármol. De nuevo el zumbido de los ventiladores y la angustia que se agarra como una sanguijuela bajo la piel suave del cuello y se bifurca en temores bajo las venillas por toda la red sanguínea y martillea el nacimiento de la cabellera blonda, azuleada de reflejos, perfecta de equilibrio en cada onda, en cada remolino, en cada repliegue. La oleada de sangre llega luego, bombeada a doble presión, hasta los extremos de las uñas de los pies.

El paréntesis del corredor, entre lo que ya no puede suceder porque haya sucedido, se cierra de nuevo al llegar a la sala de visita, una vez que terminan las ventanas y los cuadritos de floresta y el verde hoja seca de las cenefas y el vaho tibio y enervante de la farmacopea.

La monja la hace pasar al recibimiento y sentarse frente a ella. La mirada fue punzante desde un principio, desde que al llegar al hospital la recibiera y la hiciera esperar una hora y otra y la acompañara por fin después, silenciosa, por el largo pasillo hasta la puerta del quirófano; pero ahora se agudiza con un rictus enigmático, con la mascarilla que triunfa siempre a pesar de prodigarse, adelgazada en el gesto de los llantos ajenos día a día, de las ajenas tribulaciones turbias, del diario palpitar, de saberse a veces también humana. Le habla en consonancia con la mascarilla y no deja de mirarla mientras lo hace, como queriendo estudiar la reacción que cada una de sus palabras deja en la comisura de los labios, en las pestañas ribeteadas de rímel, en el movimiento de las manos:

—He creído entender —dice— que se trata tan sólo de una empleada del negocio, de su secretaria creo que me dijo. Se impone, pues, la necesidad de avisar a los familiares —la mirada se hace más penetrante todavía y se agudizan los contornos inquisitivos de las cejas— a su mujer, a sus hijos. Podemos hacerlo todo tranquilamente. En estos momentos es cuando es más necesario que nunca tomar todo con calma, cuando las cosas no tienen ya remedio y se ha hecho humanamente todo lo que se podía hacer. Aquí tiene un teléfono —señala la mesita barnizada de blanco—. Si no se encuentra con fuerza para dar personalmente la noticia, puedo darla en su lugar. Estoy acostumbrada.

Durante unos segundos no contesta. Se deja caer en la butaca de mimbre con arabescos de rejilla del recibimiento, blanca, descolorida, repitanda. Luego, lentamente, mientras se muerde los labios, balbuce nombre, número telefónico, lugar geográfico, mientras su mirada se pierde en la rinconera con Virgen milagrosa y jarroncillo alargado de cristal con rosas de arteificio, jacintos de alambre, tela almidonada, pañito de hilo con puntilla y almanaque de taco de librería religiosa.

—Sería, naturalmente, mucho mejor que se tranquilizara y fuera usted misma la que hablara por teléfono. Es muy lógico que le haya afectado tanto. Es hermoso que sintamos afecto hacia los demás. Mucho más si se trata de nuestros propios patrones, con los que trabajamos y que Dios ha puesto en nuestro camino para, por su mediación, ganar el pan nuestro de cada día. Tome el aparato cuando se encuentre serena. Solicite la conferencia y pida luego el importe, por favor. El doctor vendrá de un momento a otro. Mientras tanto rece. Si quiere entrar en la capilla puede hacerlo. Es lo único que queda, tener confianza en la misericordia infinita del Señor. Ahora me va a perdonar, pero es necesario que prosiga mi tarea.

No se siente siquiera capaz de descruzar las piernas y de levantarse cuando la monja empuja la puerta de cristales esmerilados y se pierde despacio en el largo pasillo. Todo le parece ahora llegar de un golpe, como un jarro de agua fría. Lucha con un tropel de imágenes superpuestas que no quieren desaparecer en su retina y a las

que cuesta trabajo colocar en un orden cronológico: un día como otro cualquiera el que muere ya, a no ser que por la mañana él, cuando ella entrara en el despacho con un abanico de facturas para la firma, no tuviera un gesto lívido y permaneciera inmóvil, con los ojos hundidos y apagado el brillo de los ojos, y no tuviera apenas fuerzas para hablar y decirle que algo le debía de funcionar mal dentro del pecho —se señalaba el corazón y el vértice del hombro izquierdo y el antebrazo— y que sería necesario aplazar la cita concertada la víspera para almorzar por la tarde juntos como todos los jueves en el restorán refrigerado de siempre, y que sería también necesario llamar a un médico porque parecía que la vida se le escapaba de pronto, pero que todo lo hiciera sin alarma, tranquilamente, sin avisar siquiera a la familia, sin estridencias. — Señaló luego la caja metálica empotrada en la pared y le hizo sacar un sobre blanco lacrado obligándola a meterlo en el bolso, comprendiendo ella el contenido y asintiendo él con la cabeza, no atreviéndose ella a contradecirle y sonriendo él con un rictus de angustia antes de caer en coma sobre el cristal verdoso de la mesa de despacho. Teniendo ella todavía la serenidad de cerrar la caja fuerte antes de salir para poner en conmoción a todo el personal de la oficina.

Fue como el despertar de un largo sueño que duraba ya casi dos años. Nada por legitimar —con excepción del blanco sobre lacrado que todavía no ha abierto—. Todo lo más, tras el balquinazo comercial, quizá unos meses con razón social precedida de Viuda de, y luego otra vez la vida ancha delante, otra espera para acomodarse a jornal laboral sin concesiones, a sueldo, sin pluses sentimentales, y con la máxima exigencia a su capacidad profesional casi olvidada. Y, por quedar, ni el recuerdo. Los que perduran de su mundo, al filo de sus veinticinco años, son trozos desvaídos de la primera adolescencia. De él —del amo— tan sólo el módulo de los días iguales, cojos en la semana inglesa, escapando por las carreteras oscuras de los sábados, con cuenta kilómetro a tope buscando ciudades cercanas, hoteles de primera B, discretas butacas de patio para la segunda sesión de revista, y desnudarse con escalofríos tras los pasteles y el café al salir del teatro, bien excitado él con la carnaza de las vicetiples. En el sobre —cada final de mes— la nómina

por la reglamentación. Luego, aparte, los billetes de la plusvalía lúbrica. Lo que ofreció por lo que recibió. Cuando cobraba sólo la nómina de la respetabilidad —fue por aquellos primeros días cuando conoció a la mujer y a los hijos— compadeció la suerte de la esposa. Atisbo en el sombreado de sus ojeras hundidas a propósito la película de las noches insomnes de las hembras insatisfechas.

Y ahora —si se lo hubieran dicho al oído aquellos primeros días cuando escuchó por vez primera la risa fría de él que se enredaba en el bajo vientre y subía húmeda, calculada, hasta el bulto vicioso de los labios, hubiera muerto de asco— dos a llorar la muerte, dos mujeres a notar el vacío y a echar de menos su respiración cortada ya para siempre en la monstruosa caja torácica de sus casi cien kilos, boca arriba sobre la mesa de operaciones desde donde es izado —ella no sabe que es en este mismo instante cuando es izado— hasta la camilla rodante cubierta con una sábana blanca que entra ya en el ascensor y que desciende hasta el sótano.

Casi cien kilos; pero no pesaba cien kilos entonces —ella era sólo una niña que ni siquiera sabía que había muerto su padre sobre un paredón encalado un día de primavera, cuando ondeaban banderas que se llamaban victoriosas— ni sobre el bolsillo interior de su chaqueta había cosida, como ahora, ninguna etiqueta de sastre de lujo. Él se lo contó todo una noche: Le contó la historia completa —naturalmente, amañada— para hacer valer ante ella que todo lo que tenía en la vida se lo debía a su propio esfuerzo. Le contó casi toda la historia desde su casamiento, cuando se embutió en un terno azul cruzado con chaqueta estrecha y pantalones demasiado anchos y se sintió feliz con el cuello de brillo y la corbata listada en verde y rojo. El cabello le caía en caracolitos grasientos sobre el cogote lustrado de brillantina porque aún no se había planchado el pelo ni recortado la patilla hasta la línea, superior de las orejas. Terminada la ceremonia, antes del banquete de boda, se echó a pecho un vaso de aguardiente seco y respiró tranquilo. Luego abrazó a todos los invitados y rompió el tabú de su timidez congénita que tanto le había costado vencer a pesar de todo su desparpa-

jo golfo. Era el primero en tachar las leyes de la herencia —y se sentía feliz y satisfecho por serlo— de flojera de casta en la línea de los varones, y en la de las hembras tres tías solteras comprometidas: una con matador de toros y otra con mozo de espadas y una tercera haciendo la calle —según la estrella de cada cual, como decía su abuela materna—, pero todas ayudando a sacar adelante la familia. A cambio de una semana de amor, la más pequeña de las tres, con la que se llevaba sólo unos años, logró su enchufe en automovilismo cuando fuera movilizadado con la «quinta de los llorones» el segundo año de la guerra civil.

Quizá por aquello del pelo de caracolito fue por lo que supo engatusarla y llevarla al altar y hacerla su mujer, una vez licenciado, a pesar de que ella había paseado con los oficiales italianos y hasta se decía la encontraron una tarde en la estación, en un departamento de primera, en la vía muerta, con el segundo teniente Vinicio, oficial de aprovisionamiento de los Camisas Negras.

No hubo dote, pero se la entregaron sin querer con largueza con aquel «torito» de cuatro mil kilos cuando todavía pelaba la pava en el zaguán. Y volante de día y volante de noche, y volante sorteando a los de tráfico y a los de Fiscalía, siempre dispuesta la cartera y siempre aliviando ajenas calamidades de aquel año cuarenta. A los dos años regulaba el transporte sólo con mercancías garantizadas a todo riesgo, por quien podía hacerlo.

A los cuatro de casado, cuando se evidenciaba el desembarco angloamericano en Europa, adquirió la casita de la playa. Todo el mundo a la sierra, a huir de la posible Escuadra fantasma que podía de un momento a otro sorprender las costas del Sur. No desembarcaron sino chokolatinas en bolsas de plástico, latas flotantes de Nescafé y de cigarrillos, y píldoras para espantar el sueño.

Y él sonreía allí en la playa —como ha sonreído ahora hasta unos minutos antes de su muerte— frente al mar solitario, sentado en la terraza, contemplando la estela luminosa del faro.

Precisaron —ajustaron fechas, una noche con los labios pegados— que también ella estaba aquel primer año en la playa con la colonia

escolar, con un gran lazo blanco sobre el pelo, haciendo castillos en la arena, y que quizá jugaba delante de él, delante mismo de la terraza de la casa donde él acariciaba a sus hijos y fumaba vegueros aromáticos y bebía satisfecho su copa de coñac y movía con la cucharilla de plata el café mientras los pescadores sacaban el copo y la playa aparecía tranquila y desierta a pesar de ser julio, con la mandanga caliginosa cayendo tórrida sobre las ciudades del Sur.

Siente sed: una sed llegada de pronto que le seca el paladar y que hace se le pegue la lengua al cielo de la boca. Siente también ganas de llorar, pero ninguna lágrima es capaz de salir de sus ojos. Sin embargo, es necesario llorar y lo intenta hasta que por fin las lágrimas afluyen a tropel a fuerza de forzar la imagen de la muerte: de los que agonizan en el hospital, de las madres que han perdido al hijo, de los hijos que al nacer han perdido la madre, de los enfermos que sufren, de los que padecen la larga agonía del dolor. Y el tropel de lágrimas estropea su maquillaje y resbala por sus mejillas y descolora el carmín de sus labios.

El teléfono está allí, sobre la mesa, a menos de dos cuartas de sus dedos, de sus uñas puntiagudas levemente sonrosadas de esmalte; pero no se atreve a tocarlo. Cada vez que intenta descolgar el auricular y solicitar comunicación devuelve las manos al regazo una y otra vez, hasta que inconscientemente toma el bolso de rafia y lo abre y saca un paquete de cigarrillos y prende uno con el encendedor de plata sobredorada —gemelo al que ha quedado con todo el resto de las prendas personales en el bolsillo interior de él—. Da una chupada honda y el humo le entra como un chorro en los pulmones, para expulsarlo luego por la nariz de un golpe, como a él le gustaba que lo expulsara cuando los dos solos se quedaban en la oficina bebiendo sorbos de whisky, esperando la llegada del general de Aviación y de Jesusa, su amiga, que todas las semanas, cada vez que volvía de Tánger, traía a la oficina el rollo de películas pornográficas, que en un principio tanto le repugnaran, pero que al final se convirtieron en un mordiente que —junto con la «coca»— dejaba tensos los músculos y a punto el deseo.

El humo, en volutas azules, sube lento hasta la rinconera y queda enganchado en el arabesco de la marquetería. Una y otra bocanada, y otra más, aprisa, como si se fuera a acabar el mundo y fuera el último cigarrillo que fuera a fumar en la vida.

La sala de visitas ha quedado en penumbra. Por el corredor transcurren pasos, murmullos de ruedas de goma de camillas, breves pisadas. De tarde en tarde, llega también el grito del dolor soterrado, quizá sólo el eco del grito y no el grito mismo. Cuando el fuego mancha ya la rodada de carmín del cigarrillo y la candela está a punto de quemarle los labios, levanta el auricular. Todavía da una última chupada antes de marcar. Aplasta el cigarrillo con la puntera del zapato e introduce el dedo en el disco. Aún faltan unos minutos para que su voz se estrellé en el crepúsculo malva de los Alcores.

Candilazo. Ribazos cárdenos. Ribazos camuflados de manchas pardas y verdosas, militares manchas. Tornasol en las gavias vacías de tierra y de hombres. Candilazos para el poniente quebrado de cristales, de ventanas inauguradas tras la siesta, de persianas subidas a peso de garruchas chirriantes. El sol pierde totalmente el equilibrio y resbala por el muro que apuntala la bóveda en occidente.

Andrés sube lentamente la escalinata de ladrillos camino de su cuarto y rechaza la ayuda de la Mariquita que tras él, con la hama-ca y los libros, tararea una melodía italiana mientras contempla las luces recién encendidas del pueblo, luminaria veraniega que le trae el recuerdo de las fiestas que se aproximan a paso de gallo, de los tiovivos del prado comunal, de las voladoras; de los bueyes tocados de espejos, portadores del estandarte oro y violeta de San Miguel y de la bandera azul y blanca de la Purísima; de los cohetes altos sorprendidos de palmeras que se abren sobre la plaza y llegan más alto aún que el campanario de la iglesia; de las carretas de sacos y de cintas; del olor a sudor de la caballada el día de la romería; de los besos a hurtadillas al anochecer en el soto de Torrijos; del baile en las callejas solitarias al compás de la música de los tenderetes; de las funciones del pequeño circo de lona listado de almagra y añil donde un hombre, desnudo medio cuerpo, escupe

fuego por la boca y donde los perritos enanos bailan vestidos de muñecas al compás del vals.

De la calle llega el murmullo del juego de los niños —de los otros niños que no visten harapos, sino listadas marselesas y pantalones vaqueros—. Andrés da un golpe sobre el trasero de la Mariquita cuando ella se adelanta con la hamaca y los libros al llegar al porche:

—¿En qué piensas?

—En nada. ¿En qué quieres que piense? Lo que quiero es que no me gastes bromas de mano.

—Piensas en tu novio.

—No tengo novio.

La mirada de la madre, acodada en la baranda, se pierde en la perpendicular de la calle. Por primera vez no se ha preocupado de que su hijo abandone el jardín antes que empiece a caer la blandura nocturna. Lo ve subir la escalera sin advertir que ya casi es de noche y que los pájaros no patinan sobre las acacias.

—Hoy te has librado por tablas —dice Mariquita—. Porque tu madre parece que está hoy en la inopia, que si no... hace más de una hora que debías ya estar dentro.

—Te metes en lo que te importa —dice antes de tomar la escalera para subir a su cuarto.

Mariquita se queda todavía un momento en el *hall* mirando las luces del pueblo.

Cuando llega a su alcoba se desnuda, enciende la pantalla de la mesilla de noche, y se sumerge nadando —de manos de Salgari— en el mar de los Sargazos. Cuando gana ya la costa acantilada, desgarrada la ropa con los zarpazos de los golpes de mar, llegan los gritos de la calle:

—Mari, Mari, Mariiiii...

Eugenio, Toto y Antonio, remolonean en el cancel, obstinados, feroces, borrachines:

—Mari, Mari, Mariiii...

Llega enseguida la voz de Mari disculpándose ante su madre:

—Señora, que yo no tengo la culpa que me persigan esos golfos, esos trápalas, esos pendones, señora. La voz de Toto se distingue del resto de las voces: —¡Anda sal, Mari, que está aquí el Eugenio! Sal, mujer, que no se diga que no quieres verle; que no se diga que no eres capaz de bajar a ver a tu antiguo pretendiente.

El timbre del teléfono suena insistentemente. Oye a su madre hablar con Mariquita en voz baja:

—Si quiere usted, señora, bajo y les pongo las peras a cuarto a esos gamberros. Y si usted cree que yo tengo la culpa porque les he dicho que vengan, está usted equivocada —Mariquita solloza y da patadas en el suelo—. Está usted muy equivocada, porque una sabe respetar y una no es de las que está de picos pardos con unos y con otros.

El timbre del teléfono continua su cantinela, pero ninguna de las dos parece oírle. Por un momento está tentado a saltar de la cama y salir al corredor para coger el auricular, pero se arrepiente, hace un gesto vago y continúa leyendo.

De la calle siguen llegando los gritos:

—Mari, Mari, Mari...

Y la voz de Mari:

—Si usted quiere que baje, si me da permiso, yo le aseguro a usted que no se vuelve a repetir esto. Porque no es sólo que bajo, sino que es que me voy derecha y llamo a un guardia y a esos golfos borrachos, que es lo que son, unos borrachos, les quito yo la borrachera. Ya verán si les quito la borrachera de momento. Están llamando al teléfono, señora —se interrumpe—. Voy a ver quién es.

—Deja.

—Puedo ir yo, señora.

—Deja. Es igual. Baja si quieres y no me armes escándalo. Les dices a tus amigos que la próxima vez que vengan a esta casa atropellando lo pongo en conocimiento del alcalde.

Mariquita atraviesa el hall, baja la escalera de ladrillos y atraviesa el jardín. Toto, con la cabeza dentro de la verja, recibe la bofetada que le da Mariquita sin rechistar. Luego se pone a llorar como un niño. Eugenio y Antonio lo toman del brazo y lo alejan de la cancela. Mariquita también solloza cuando atraviesa de regreso el jardín. Sube la escalera mordiéndose los labios y mirándose la mano que ha caído dura y rotunda sobre la mejilla de Toto.

Cuando Mariquita regresa al *hall* es cuando ella toma el auricular. Los minutos que Mariquita ha empleado en ir y venir hasta el cancel han sido los mismos que ella ha necesitado —como si a través del hilo pudiera llegar su imagen— para dejar resbalar las manos por las caderas para poner derecho el sesgo de su falda y pasar luego suavemente la palma de sus manos por los cabellos. Antes de descolgar el teléfono se ha sentado con las piernas cruzadas sobre la butaca.

Se sorprende de que, al otro lado del hilo, sea una voz femenina la que hable; una voz gangosa y gutural que tartamudea. De la calle llegan de nuevo los gritos llamando a la Mariquita. La voz se adelgaza y se quiebra como un cristal. El escape de un camión que cruza la Colonia le hace fruncir los labios y tapar con las manos el aparato. Es ahora Eugenio el que estremece de nuevo el añil desvaído de la anochecida: «Mari, Mari, Mari...». Logra por fin reconocer la voz que le habla atropelladamente de viaje, de urgencia, de muerte.

En el cancel, insisten, haciendo sonar con una piedra un envase de latón, y la voz de Eugenio se eleva bravucona:

—Baja, Mari. A ver si eres capaz de darme a mí también. A ver si te atreves.

Niña-Linda y el gringo roncan en la alcoba matrimonial su siesta india en sueño encadenado hasta el alba. Como todos los días, ella queda desvelada después del baño y del almuerzo en el *living*, a la querencia de los cigarrillos y del alcohol.

Le vuelan los azacuanes por el techo raso. Le sobrevuelan las sienes los zopilotes. El sudor revienta de su piel cenicienta y, en riadas, le empapa el güipil. Casi borracha ya, el susto gallináceo de las auras le hace cerrar los párpados. Se imagina estar sentada sobre la tierra roja en mitad del desierto, o sobre la roca calmada de un peñasco en mitad de la pradera esmeralda con un «Smith & Wesson» colgado a la cintura al lado del centinela que aguarda el paso del regimiento federado, como en los días lejanos de su infancia, antes de que su padre fuera admitido como emigrante para trabajar de peón agrícola en la Unión y atravesara un día el Río Grande y tuviera que aprender un nuevo idioma y olvidar su graduación de oficial en el ejército revolucionario, y enseñar el nuevo idioma a sus hijos y hacerlos ir al *school-children* y más tarde dejarlos libres para que marcharan hacia el Este: Hacia Nueva Orleans Horacio, y hacia Chicago Juan Diego, y ella hasta Nueva York con el hombre que pasó reclutando muchachas para las revistas musicales, y que llegó un día al poblado fronterizo masticando un habano; muchachas delgadas con las caderas ceñidas y las piernas bien hechas, obligándolas a enseñárselas hasta la línea de la ingle delante mismo de la familia sin dejar de masticar impasible su veguero baboso, mientras ultimaba las condiciones del contrato y recogía la autorización y la firma de los padres de cada una de aquellas hijas de emigrantes mestizos antes de ir metiéndolas a todas en su automóvil y recogiendo sus equipajes para llevarlas al apeadero férreo y desde allí embarcarlas camino del Este, de un Nueva York algodonoso y frío, cerrado en sus muros de cemento, en donde vivió tres años mostrando cada noche las piernas embutidas en negras medias de malla, hasta la llegada de un ruidoso carnaval en que conociera al soldado que volvía de las guarniciones europeas a las que se había prometido no regresar sin llevar mujer a su lado.

El humo azul de su cigarrillo, a medio apagar sobre el cenicero, resbala por el tiro de aire de las rendijas del ventanal, o se desvanece en el sofá mismo donde está sentada, soñando despierta, aguantando el fustazo de su diaria borrachera de whisky o de ginebra, o de aguardiente a granel de la taberna de Florencio.

Le sobresaltan los golpes que llegan del jardín, el cimbronazo del cancel agitado y el timbre eléctrico. No tiene puesto sino el güipil. De cintura para abajo desnuda y descalza. Bosteza antes de levantarse y, por un momento, el *living* da vueltas sobre sí mismo. El breve cuquillo de *nylon* le modela los sobremuslos sudorosos, le marca el delta de la ingle. Al incorporarse, el *living* gira una y cien veces sobre sí mismo. Le parece oír el aullido agrio de los coyotes y la grznada seca de los sanates. Hace un lazo a la cinta de seda que le sujeta el pelo desmelenado sobre el hombro derecho, y que oculta el bordado del güipil, y abre la puerta. Luego baja dando camballadas, agarrándose al pasamano de la escalera y atraviesa el jardín después de dar la vuelta alrededor de la piscina. Ha bebido demasiado alcohol para notar la palidez de la Mariquita al llegar a la verja, ni el temblor de su voz, ni las lágrimas que le resbalan por el guiño de su tartamudez:

—Dice mi señorita, señorita. Dice mi señorita.

—Aclárate no más que me fatigas. Si vienes por la niña duerme. Y sabes además que no me gusta que salga de noche a la calle.

—No es eso lo que vengo a decirle. No es eso.

—Aclárate no más.

Mariquita castaña los dientes y no le sale el resuello del cuerpo. Tartamudea una y otra vez mientras se seca las lágrimas con el delantal.

—Ándela, pasolera; que me asusta. Suceso de lágrima te has de traer para ponerte en este trance. ¿Te ves en trazo de cucaracha? ¿Te perdió el novio?

Mariquita gana los minutos perdidos con un chorro de urgencia mientras sujeta con las manos los picos del delantal y gesticula:

—Que dice mi señorita que han avisao que el señorito está grave, que se nos muere, que ha de llegar enseguida si quiere recogerle el aliento. Que si su esposo puede llevarla en el coche por el amor de Dios es lo que quiere.

Se le abre la boca con un gesto de incredulidad. Hasta ahora no advierte que ha bajado al jardín casi desnuda y se esfuerza inútilmente en alargar la falda del güipil:

—No puede ser. No es posible. Ayer tan derecho —se seca también una lágrima formada en un instante—. ¡Cual te dilataste en el recado! ¡Anda y vola a darle el consentimiento! ¡Ahorita despierto al esposo! ¡Ahorita el «carro» está listo para bajar a la señora! Díselo. Dile también que paso a echarme una ropilla y marchó enseguida a consolarle la desgracia. ¡Señor, guanaca muerte! ¡Ándele no más!

—No adelante las cosas, doña Linda, que no ha muerto todavía el señorito.

—Ponte en lo peor.

Mariquita abandona el cancel y da una carrera por el acerado. Linda espera, asomada a la calle, verla entrar en la casa vecina. Luego, dando camballadas, atraviesa de nuevo el jardín.

A través del seto de pitósporos de la medianía llegan los gritos. Andrés busca ya zapatos que, por no utilizar, han desaparecido de la circulación doméstica, trajes que le vienen estrechos, cuellos de camisas que no puede cerrar. Termina por calzarse unos zapatos de su padre y por vestirse un traje de su padre. Luego, inmóvil, sorprendido de sí mismo, vestido con una chaqueta demasiado ancha y con unos pantalones que apenas le llegan a los tobillos, con una camisa que huele a tabaco y, a masaje facial y a perfume de mujer, cuenta los instantes que faltan para la salida del automóvil.

Ruedan por las vertientes de los tejados las campanadas de la torre de la iglesia, y el aire trae los compases de un viejo *fox* de la barra-ca del tiro al blanco. Junto a él, Mariquita le ofrece sus manos, frías, y él las toma y se echa luego en sus brazos como si fuera un niño.

El sargento mayor descorre las puertas del garaje sobre la arcada del soportal y pulsa el contacto. Linda abre la verja de hierro. El automóvil se desliza por el sendero enarenado y roza con las ruedas delanteras el bordillo de la acera hasta quedar aparcado delante de la casa vecina.

Niña-Linda, despierta ya, llora en la galería. Mariquita acaricia los cabellos de Andrés cuando entra en el automóvil precedido de su madre.

El «Ford» —rosa y blanco como un helado de fresa— enfile la calle y es enseguida un punto en la línea serpenteante de los Alcores solitarios.

* * *

Remoloneo de los preparativos de regreso que se alargan inexplicablemente. Parcheo de pinchazos que al entrar por la mañana en los brezales nadie se preocupó de arreglar hasta presumirse la vuelta, ya con las primeras sombras sobre el pinar y los primeros escalofríos húmedos tras la calma chicha del día asfixiante de julio.

Es necesario esperar, tras la impaciencia de los primeros pedalazos y las carreras cortas en zigzag, en círculo, a que terminen los rezagados, a que, bajo una luz que ya no existe, se peguen los parches y se vuelvan a llenar las cámaras para ser probadas en la orilla, estirando la tripa roja de los neumáticos.

Todo se desarrolla en el calvero rodeado de despojos, de servilletas de papel, de trozos de cuerda, de envases de mantequilla y de *foie-gras*.

No es posible dejar a nadie atrás. Quintito, insobornable, agenciándose imaginarias responsabilidades paternas que nadie va a exigirle, camina de un lado a otro repitiendo: «Volveremos todos juntos como hemos llegado. No quiero discos. Si hay que esperar se espera lo que haga falta». Sin embargo, chicos y chicas se dividen en grupos, en pandillas de afinidades descubiertas —recién inventadas— en el transcurso de casi doce horas.

Los últimos golpes de bomba se dan a prisa, casi con la serpiente multicolor ya en marcha. La anochecida encabrita los ojos de Momi, azules, inquietos, reventados de luces verdes, dilatadas las pupilas en la penumbra del misterio del bosque, tras la niebla pegajosa que empieza a envolver la pinada, anuncio de noche orillada de agua, de noche bruja y rapaz para los insectos que amanecerán en ella a su palpitación vital y que empiezan ya a moverse despacio, dejando su murmullo debajo de las hojas secas.

El pedaleo lubrica el silencio tenso de la carretera, sin un cuchicheo, sin una canción, jadeantes, agotadas las posibilidades físicas de toda una jornada, sólo con la fuerza precisa para la vuelta, y ya con todas las cestas de mimbre vacías, vacías todas las mochilas, vacíos todos los termos, y de nuevo el monstruo anillado hambriento, acostumbrado a su estricto reglamento, a sus horas cronometradas, disciplinadas, a la segunda merienda dos horas antes de la cena delante de los porches, con las piernas cruzadas, mientras se juega a las prendas y se llevan a cabo las confidencias adolescentes, o se cuentan las aventuras ocurridas durante el curso escolar mientras se sueñan las aventuras que a cambio debieron de haber realmente sucedido.

Los ojos de Momi, cargados de secretos goces, de vacaciones que empiezan a tener una razón de ser, sortean la rueda de la bicicleta que le precede, apenas imaginada en la sombra azul y tensa del asfalto. Sobran ya para ella todas las palabras, todos los medios tonos vacíos, sin sentido. Erguida y firme sobre los pedales, como un hermoso muchacho, con la melena corta que escobilla la brisa, se encuentra capaz si fuera preciso de cambiar el orden establecido de las cosas, capaz incluso de morir mientras mira fijamente el disco redondo de la luna, tenue y rojizo tras los estratos pálidos del

cielo de verano; capaz de rendir en una hora el débil y femenino corazón de Lisi que pedalea al principio de la fila asediada de torpes y balbucientes promesas masculinas de las que no puede sentir celos porque cada hombre es siempre para ella un poco subirse sobre un poyete para mirar por la ventana de un cuarto de baño, un poco fumar lentamente un cigarro mientras sonrío y mira a hurtadillas los muslos tersos de las adolescentes a espaldas de su mujer, un poco huir y decirse muerto sin estarlo. Extraños, brutales, grandes cerdos siempre.

En la carretera, los ases de luz de los faros se cuelgan de mariposas deslumbradas, de grillos de alas azules y violetas, de panzudos y torpes escarabajos que se transforman en bolas de polvo de oro.

La serpiente multicolor se pega a la derecha de la calzada, y chirrían los tacones para ayudar a los frenos cuando se ha puesto demasiado coraje en el pedal. La cabeza de la formación inicia el *Coronel Bogey*. La melodía resbala a lo largo de los anillos. El latigazo musical da ánimos, fuerza para flexionar las rodillas, y, cuando el silbido se apaga, cuando vuelve el silencio, se acentúa la moscarda de los piñones bajo las cadenas y el leve murmullo de las cubiertas de goma sobre el asfalto. Enseguida la vieja canción del *Carbonero*.

Reconoce la voz que asierra el vértice de la hilera, la voz gélida y cascada de Lisi. La reconocería entre cientos de voces. También canta ahora ella, pero haciendo subir una nota más en el tono que es como una contraseña, como una ratificación de la amistad recién nacida, sellada de lacre joven, como una confirmación a la promesa de salir muchos días juntas en las largas tardes de otoño e invierno del próximo curso escolar, de sentarse las dos en los bancos solitarios de los jardines, de cruzarse regalos en los onomásticos y en los cumpleaños, de acudir a la primera misa los domingos y, aprovechando el pretexto, dormir aquella noche juntas en la casa de una o de otra, tras la cena en la mesa con mantel almidonado y cubiertos de plata, bajo la mirada tierna y comprensiva de los padres que advierten el equilibrio y la serenidad de las hijas adolescentes que saben intimar sólo con amigas de su misma clase social y comportarse dentro de la línea de decencia que esta clase social

impone, con el santo temor de Dios siempre en los labios y el respeto hacia las instituciones sabiamente establecidas en el transcurso de los tiempos para mantener el prestigio de la élite que mueve el pulso de la vida, que da normas justas de contrapunto, que ofrece la diaria lección de laboriosidad, de justicia, de honradez y de civilización.

La brisa trae el frescor del lejano aire salino que cruzando los arenales solitarios se interna en los pliegues de la catástrofe geológica de los Alcores. La temperatura descende de golpe casi diez grados. La luna roja —insultante— como un farol de último vagón de ferrocarril, en mitad del azul topacio de la noche, parece correr rondando tras las nubes algodonosas que poco a poco van cubriendo el cielo. La humedad produce escalofríos en los pechos y en las espaldas cubiertas sólo con los *nikys* de punto, con las listadas marselesas. Los perros cortijeros ladran aburridamente desde uno y otro lado de la carretera a la luna y a la luz amarilla y sucia de un tractor pintado de rojo que rotura el plateado cañizal de un barbecho. Las luces del pueblo aparecen tras el azul ceniza de los olivos. La carretera abre una recta en el último kilómetro, y el reflejo de las luces de la «noria» en mitad de las barracas ilumina la perspectiva de la torre de la iglesia.

Momi presente el otoño; la tristeza lacia y húmeda del otoño, después de tantos sueños en las horas postreras del día tan salpicado de veleidades. Las mamas se le estremecen erectas de escalofríos alrededor de la botonadura rosa de los pezones adolescentes que quisiera hundir para siempre, para que por siempre perdieran el relieve de su vergüenza. Recuerdos del escándalo colegial vencido ya el curso, con marzo coleteando sus verdes recientes. Porque podía también ahora —no lo piensa exactamente, pero lo presente como si una venda se le hubiera caído de los ojos— haberse equivocado como entonces y ser todo un espejismo o una encerrona preparada de antemano. La duda la confunde mientras pedalea, la duda y el cansancio mental —que se une al cansancio físico— de haber mantenido la atención durante toda la jornada entre dos zonas de interés: los gujarros saltando sobre el agua, y los cuerpos jóvenes, sin secretos, tensos bajo el sol.

Sólo la separan unos metros de la entrada del pueblo. Se atraviesan ahora los suburbios del lugar, con sus casas excavadas en la tierra, sus cuevas adornadas de pitas y chumberas, sus niños desnudos, panzudos y hambrientos, sus candilejas de aceite y las aspas rojas del escudo de Falange orlado de pintura luminosa.

Sólo les separa también unos metros de las mesas puestas puntualmente bajo las pérgolas de las terrazas con sus luces amarillas para espantar a los insectos, del juego de agua de los surtidores de los jardines, de las amables conversaciones a media voz, de los vasos de cristal tallado llenos de jugo de fruta.

La noche, al llegar —su noche— si consigue conciliar el sueño, se le poblará de fantasmas y de lances guerreros, de acrobacias aéreas, de carreras de automóviles, de trenes veloces, donde ella —la protagonista— será el hijo del príncipe, y el piloto, y el conductor, y el maquinista.

Seis, siete, nueve, doce pares de pies, ayudan al frenazo definitivo arrastrándose por el asfalto, levantando montoncitos de arena y briznas de hierba. Los pájaros han silenciado ya todos sus trinos bajo las acacias. Los rectángulos amarillos iluminan la carretera. De las casas llega la música de las radios. Falta sólo un instante para que la pandilla se desparrame camino de las terrazas encendidas. El corazón se le desborda y late a prisa, tímido el revuelo de su falda sobre la redecilla de su bicicleta, cuando Quinito, trémulo, jadeante, corre la banda de la calle y va cuchicheando la noticia al oído de los que van llegando.

Todo lo que se había prometido con la mirada, todo lo que se había imaginado con el gesto, sube ahora a flor de piel, electrizante, fieramente varonil. Se le agarran a la garganta las ansias de consuelo, las ansias protectoras de ofrecer, arrollado de entusiasmo, su brazo fuerte de muchacho y sus tiernas palabras de mujer. Lisi camina ya hacia su casa entre Felipe y Araceli. Deja abandonada su bicicleta sobre el acerado, se adelanta, y se une a ellos. Linda Cheehw y Mariquita, con Niña-Linda en brazos, esperan a la entrada de la verja.

El aire tiene una transparencia diáfana y los cuadriláteros de las luces forman un tablero de ajedrez en los caminos enarenados, en la grava, donde crujen los pasos de los niños que aún juegan.

La luna roja queda oculta por velos y más velos de algodón que rápidamente van difuminando el cielo.

Aún se oye la voz de Quinito que va comunicando la noticia a los rezagados: «El padre de Lis ha muerto. El padre de Lis ha muerto».

* * *

El Cabo primera del Parque Móvil aparca la motocicleta delante de la casa de doña Rosa y tira luego de la campanilla dorada del zaguán.

El Teniente no ha regresado aún de su peregrinar por el pueblo, de su visita a las bodegas donde los somatenes guardan sus botas y sus toneles de vino dulce y viejo, dorado y oloroso, de las ocasiones señaladas.

Cuando el Cabo primera abandona la casa se pone a pasear la calle, y en una de sus rondas, de la casa de doña Rosa a los tubos de cemento de la conducción de agua y de los tubos de cemento a la casa de doña Rosa, se da de cara con el Teniente. El Teniente se acuerda de la peineta de carey y del cartucho de arvejas que las hermanas le han regalado para los palomos. El cabo queda en el zaguán mientras el Teniente entra en la casa.

De nuevo en el patio, con la «vela» ya recorrida y el rectángulo de cielo algodonoso asomando al final de los lienzos encalados, recibe don Roque los parabienes de las hermanas para su hija Asunción y la disculpa de no poder asistir a la boda.

Al salir, revoloteo de pañuelos en el cierro pintado de verde, y, ya con un pie en el sidecar, la sonrisa de despedida a la celosía adornada de gitanillas y de geranios y el deseo de arrellanarse, de hundirse en el asiento forrado de plástico de la motocicleta, de sentir la

cosquilla de la brisa serrana, de huir carretera adelante hacia su puesto de jefe de la línea para desprenderse de las botas y sentarse descalzo al fresco en el patio de la casa cuartel.

El Cabo da una patada sobre la puesta en marcha para seguir la calle Real y bajar luego por Valdehigueras, costeano las zanjas de la obra, sin hacer caso de las vallas de prohibición ni de los faroles rojos que interceptan el paso. En el momento mismo en que suelta el embrague, el Teniente vuelve la cara tras los golpes dados sobre su hombrera estrellada y ordena al Cabo que cierre el contacto para oír la voz de la muchacha que gesticula en la acera al lado de la motocicleta:

—Doña Merceditas que vaya usted, si es usted el teniente Prado. Es para un recado urgente que quiere darle —dice Seráfica.

El Teniente levanta los hombros y pregunta:

—¿Quién es doña Merceditas?

—Doña Mercedes. ¿Quién quiere usted que sea?

Don Roque hace un esfuerzo mental, pero no se atreve a negar porque alrededor de los ojos se le marcan dos rodajas rojas de vino y el torrente de su voz se encasquilla levemente con el sopor del «palo cortado». De pronto, inesperadamente, le llega por fin la imagen de la patrona de la fonda y chasca los dedos para indicar al Cabo que aplace la salida.

—Me encargó la señora que se diese prisa, que es cosa urgente —insiste Seráfica.

Latigazo a la virilidad y al recuerdo brigadier de una noche de amor en la fonda al lado de la patrona. Salta del sidecar. En el cierrro, doña Rosa y su hermana hablan en voz baja. Sigue los pasos cadenciosos de la sirvienta mientras el Cabo primera baja de la motocicleta y limpia la visera de hule de su gorra roja. El desgarrro de la ropilla de Seráfica caminando ante él le sugiere curvas densas, suaves delicias adolescentes bajo el crespón de la falda rameada. No se atreve a preguntar nada. Seráfica toma el camino de la

costanilla. La noche tiene un sabor agrio y húmedo, y hasta la calle, desde los patios de las casas, llega el olor penetrante de la albahaca y el dondiego.

La blanca bombona iluminada pintada con letras azules de «La Consolación» colgada del quicio de la fonda lo tranquilizan. Doña Mercedes, ante el portal agita las manos que proyectan sombras chinescas en la mancha de luz. Ordena su desaliño desde la tirilla al cinturón; luego pone derecha la teja del tricornio, se estira la cruz de los pernils, hace una aspiración, mete hacia dentro el estómago y dulcifica el gesto. Doña Mercedes lo recibe camastrona y moruna:

—Gracias a Dios que ha llegado usted, Teniente. Diez minutos más y ese bestia que tengo encerrado arriba me echa la puerta abajo.

Le obliga a sentarse frente a él después de rogar a doña Mercedes que los deje solos. Desde su ascenso admite el diálogo; se pronuncia por unas maneras más suaves en los interrogatorios. Jura obtener con el nuevo método confesiones más sinceras y prestigiar el cuerpo desacreditado con las asechanzas líricas del *Romancero*. Doña Mercedes abandona el comedor. «Ya ve usted —le había dicho al llegar—, que soy enemiga de la violencia. Ahora que marchármeme sin pagar el almuerzo, sin conocerle yo de nada como no lo conozco, sin estar garantio, y, por si fuera poco, haberme tratado como una golfa...» —el Teniente echó de menos mientras la escuchaba el tú íntimo de aquella noche cenicienta y lejana de cinco a seis años atrás, no recuerda exactamente—. «Ahora que las cosas por su sitio —continuó la patrona— que le peguen no quiero, Teniente; sólo que se me haga justicia. A cada cual lo suyo y yo no pido sino el importe de la minuta, de la cama y de las botellas de cerveza que se bebió el muy tunante.»

—Lo primero contarme lo que ha pasado —dice el Teniente a Santiago en cuanto doña Mercedes pisa el umbral del comedor—. Después explicarme los motivos que le han movido a venir al pueblo sin un céntimo en el bolsillo. Porque no me va a decir que se presentó así como así y sin un duro. Su venida es natural que obe-

deciera a algún móvil, y ese móvil, sea de la índole que sea, es el que necesito yo saber para poder juzgar en consecuencia. ¿Ha comprendido?

—Ni he comprendido nada, ni me interesa comprender. No tiene usted ningún derecho a preguntarme.

—Te advierto que a la autoridad no se le contradice —sentencia don Roque—. Te vale que estoy de buen humor esta noche y que he venido de mediador llamado por una señora que me ofrece todas las garantías.

—Tire por donde quiera que no le va a servir de nada y hábleme de usted. ¿Entendido?

—Aunque no fuera más que por circular sin documentación podía empapelarle. Así que déjese de rollos y vamos al grano. Me basta preguntar a la centralilla a qué número ha llamado por teléfono.

—Se trata de un asunto privado.

—Se trata de una fábula portuguesa, se trata de una combina, se trata de un golpe, mi amigo. Estamos cansados de malandrines y de pupilos de ocasión. Lo más probable es que ni siquiera haya llegado solo y que tenga un cómplice para mediar en el apaño.

Santiago pierde los estribos y se levanta de la silla:

—Yo debo aquí unas pesetas y ese es un hecho que no puedo negar y que estoy dispuesto a reconocer. Las pago y se terminó la presente historia.

—Si eso es todo —dice el Teniente— ya podía usted haber dado de cara, haberse retratado, vamos. Y si cree que lo que le exigen no es el precio justo formule una denuncia en regla en el Sindicato de Hostelería. Pero lo primero desde luego es pagar.

—Todo eso hubiera sido muy sencillo hace dos horas. Ahora ya no puedo hacerlo porque su amiga, o lo que sea...

—Mucho cuidado con las palabras —corta el Teniente.

—... Su amiga o lo que sea, y me repito, me ha dejado encerrado. ¿Y sabe por qué? Por una razón muy sencilla: porque se quiso meter conmigo en la cama. Le parecerá a usted disparatado, porque desde luego esto se cuenta y no se cree, pero es la fija. Le doy a usted mi palabra de honor. De modo que si eso es lo que quería saber, ya lo sabe.

El teniente frunce el ceño y disimula el disgusto. Se levanta también de la silla y pasea por el comedor. Las últimas palabras de Santiago han bastado para que se le caiga del pedestal el santo de su pretérita aventura:

—Sea como sea —dice— es cosa esa que no viene a cuento. Este no es lugar para discutir la virtud de una señora. ¿Y la documentación? ¿A quién tenía que cobrar el dinero con el que pensaba pagar?

—Ninguna de las dos cosas le importan.

Don Roque cree haber llevado la conversación hasta donde le conviene:

—Es todo lo que necesitaba saber. Por lo pronto esta noche va a quedar detenido. Mañana se las entiende con el Cabo comandante.

Doña Merceditas escucha tras la cortina, y el Teniente, viendo asomar por el quicio el filo de su falda, le ordena que entre en el comedor:

—Llame usted ahora mismo por teléfono a la Comandancia y diga de mi parte que venga un guardia libre de servicio a la fonda.

Doña Mercedes murmura entre suspiros mirando a Santiago antes de salir:

—Que si se hubiera avenido a razones...

—Claro.

—Que mal no quise hacerle, señor.

—No quiso, pero bien que me ha fastidiado...

Don Roque corta en seco el diálogo:

—Yo he venido al pueblo, señora —dice dirigiéndose a doña Mercedes—, a la práctica reglamentaria del tiro, no a detener malandrines, ni a mediar en asuntos de alcoba. Llame a la Comandancia y déjese de pamplinas.

—De tiro al plato —masculla Santiago por lo bajo.

—Guárdese las deducciones, que esta noche no le salva a usted de la sombra ni la Santa Caridad. Ya no se trata de lo que pasara ni dejara de pasar aquí esta tarde. A mí no me toma usted el pelo. De ahora en adelante sabrá hablar con el debido respeto a las autoridades.

Doña Mercedes, llorando a todo trapo, se acerca al Teniente y lo toma del brazo:

—Por mí lo dejamos, don Roque —suplica—. Que también las ganas de verle a usted más que nada, sabiendo como sabía que estaba en el pueblo, ha influido en todo; que me dije, Don Roque podía arreglarme el asunto por las buenas; que por eso no me fui directa a la casa cuartel a denunciar; que no quería sino una mediación y de paso invitarle a una copita de ponche.

—Pues no es ése el camino —contesta el Teniente—. La denuncia tendrá usted que firmarla, y se abrirá un atestado y se investigará todo lo que haya que investigar y se aclarará todo lo que haya que aclarar. Avise al cuartelillo.

Doña Mercedes sale del comedor y sube la escalera sollozando mientras el Teniente se aprieta el cinturón, da una patada sobre los baldosines rojos y dice a Santiago:

—Esta noche duerme usted en el calabozo de la casa cuartel. Mañana el Cabo abrirá una información. Supongo que no tendrá usted nada que objetar, mi amigo. Muchos como usted quisiera yo tropezarme todos los días nada más que por el gusto de meterles las

cabras en el corral. Gente como usted es la que a mí me gusta para quitarle el cuento a mitras.

* * *

Sole tropieza al entrar con la sillería antes de lograr atinar con la llave de la araña de cristal nimbada con el forro rojo de un viejo salto de cama. Los muebles del recibidor, enfundados en blanca muselina, son como nevados espectros inmóviles. Cuando logra por fin dar la vuelta a la llave, las bombillas continúan apagadas. Vuelve a insistir una y otra vez hasta que oye en la jamba de la puerta del recibimiento la voz de doña Eduvigis que ha subido tras ella al piso principal:

—Es mejor que abras el balcón. Algo más se verá. Me parece recordar que dejamos flojas las bombillas.

El balcón no ha sido abierto desde el pasado verano. Cuando Sole logra atravesar el salón y abrir el pestillo de la balconada, por las juntas resacas de la puerta resbalan las cochinillas grises aprisionadas entre el cristal y la barra de metal que sujeta los visillos. El polvo y la lluvia de todo un año han dibujado franjas de mugre y cuajarones de barro reseco sobre la tarlatana plisada.

Tres lamparillas de ánima permanecen encendidas en la casa; pero doña Eduvigis se ha empeñado en encontrar en la gaveta del comodín del recibimiento una vela rizada de primera comunión que ha ardido en el altar de Santa Bárbara y que servirá para proteger la casa de la tormenta nocturna que auguran los naipes, las doloridas piernas y el candilazo.

Antes de empezar a buscar la vela salen las dos para asomarse al balcón recién abierto, y, recostadas sobre la baranda de hierro, permanecen milagrosamente calladas, abstraídas en la línea de la calle, en la luminaria del pueblo, en el reflejo de los anuncios comerciales que se proyectan en la pantalla del cinematógrafo al aire libre.

Es Sole la primera en advertir el paso del cortejo que se acerca y que rubrica ya la suave curva de la carretera precedido del juez de paz sobre su *scooter* pintado de azul. Tras él, con los faros a media luz, la camioneta de Chico Mingo trae sobre la batea el cadáver, y el manubrio con las ruedas quebradas, y a Pilete de pie sobre la cabina. A continuación el automóvil de turismo causante del accidente, y, sobre sus guardabarros, con los fusiles terciados, la pareja de la Guardia Civil.

Las dos presienten la muerte bajo la lona, y a ambas les sube por la espalda un escalofrío al identificarse inconscientemente con las florecillas de la tela rameada que oculta los registros del manubrio atropellado también, muerto también en accidente de carretera.

Los faros pilotos de los vehículos se confunden ya con las luces del pueblo. Es la muerte que pasa, pero ninguna de las dos es capaz de decírselo en voz alta, ni de cruzar siquiera una palabra. Contemplan silenciosas, recostadas sobre la baranda, hasta que doña Eduvigis aprieta el brazo de Soledad:

—¡Te llegas al pueblo y te enteras de lo que ha pasado!

—¿Yo?

—Sí, tú. No sé cómo iba a mandar, a una de las chicas para que volviera al cabo de tres horas...

Olvido para la vela rizada, para el presagio de aguacero, para el terceto rimado de la santa. Bajan ya las dos la escalera sin preocuparse de haber dejado siquiera cerrado el balcón.

—Sabe que no sirvo para estas cosas —dice Sole—. Sabe que me pongo nerviosa enseguida.

—Te llegas y ya estás aquí, y no me seas novelera y te me pongas a dar valsones. No me tengas con el alma en un hilo.

En el contraluz de los descansillos, corretean por los lienzos encajados las sombras de los dedos enjorjados de la dueña. A las dos les inquieta su propia sombra procesionada a lo largo de la escalera

que se convierte en llamas, en lenguas de fuego, en perfiles sonámbulos de blancos fantasmas silenciosos.

Después de cruzar el *hall*, cuando llegan a la puerta del jardín advierte de nuevo doña Eduvigis antes de que Sole salga a la calle:

—No te me entretengas de palique. Le pides noticias al de Paz. Le dices que vas de mi parte. ¡Ya te dije esta tarde que tendríamos novedad, ya te anuncié que tendríamos quebranto!

En cuanto Sole sale, manda cerrar las ventanas, los tapaluces, correr las cortinas, el balcón abierto del recibidor, atrancar la puerta de la corraleda trasera, cortar el interruptor eléctrico.

Las pinches cumplen a regañadientes mientras se ríen del miedo de la vieja que no sabe mandarlas con el descaro de la Sole a pesar de haber tratado tantas mujeres en la vida, a pesar de haber sido hembra bravía en su juventud como era necesario que fueran entonces las del oficio, a pesar de haber marcado muchas veces la mejilla de alguna como era necesario hacerlo: como a aquella argentinita a la que señaló la cara con el culo de un vaso de cristal, achinándola para toda la vida a pesar de su marchosa valentía porteña. ¡Casi treinta años atrás!

Las dos muchachas de servicio continúan riendo mientras se pellizcan en la oscuridad. Las llama a su lado después de hacerlas jurar que ya todo ha quedado a punto, en disposición de pasar la noche tranquila sin el temor de los relámpagos: «Que una chispa trae otra chispa. Que la electricidad llama a la electricidad. Que las culebrinas entran hasta por debajo de las puertas». Luego las sienta a su lado para iniciar el trisagio.

El silencio se corta con la respiración que hace oscilar las lamparillas de ánimas estratégicamente colocadas. En la penumbra, junto a la dueña, las dos sirvientas contestan los rezos de doña Eduvigis concentrada en sí misma, trémula de entonaciones, alejada de todo vestigio terrenal, perfecta y equilibrada la voz: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos. Llenos están el Cielo y la Tierra con vuestra gloria».

* * *

Se dan de cara con la comitiva en el preciso momento de la despedida. Fuman el último cigarrillo de la jornada sin tomarle el gusto, aburridamente, en la esquina de la calle Real, frente a la taberna de Florencio. No se atreven a preguntar siquiera si es la muerte la que llega. Saben que es la muerte la que viene bajo la lona sobre la batea de la camioneta de Chico Mingo, porque las trazas de la muerte trae.

Los hombres se agolpan alrededor de la camioneta cuando Chico Mingo maniobra pegándose al bordillo de la acera para tomar la curva; pero no es un hombre sino un chico de pelo rubio como la panocha de maíz el que salta con desenfado a la batea y levanta un pico de la lona.

Pilete mantiene su gesto lívido de pie junto a la cabina, y ya los guardias urbanos rodean la camioneta y forman un cordón que obliga a los hombres a retirarse. El chico rubio escapa salvándose milagrosamente del capón que le tira uno de los guardias municipales.

Chico Mingo enfila la calle y toma la costanilla camino de la rotonda del juzgado.

Caminan los tres despacio, inconscientes, tras la comitiva, después de haber pedido razón del suceso, como todos los hombres sentados en la terraza del casino o en la puerta de la taberna.

Desde el prado comunal llega la música de las barracas de tiro al blanco, la música carnavalesca y dulce de los tiovivos, de las calesitas que suben y bajan, de las barquitas oscilantes pintadas de rojo y colgadas de una barra de metal a las que un hombre con una camiseta rayada pone en movimiento a fuerza de músculos.

La música los encabrita y les devuelve el pulso, y olvidan ya la muerte y aprietan el paso camino de las barracas con centellas rojas y azules dejando que se aleje el cortejo que es en seguida un

murmullo de voces al fondo de la calle, en la Plaza del General Franco.

—Si hubierais visto el parque de atracciones de París... —dice Eugenio—. Si lo hubierais visto.

Frente a ellos se levanta la primera barraca, la barraca solitaria, alejada del resto de los tenderetes, brochazo de colorines, serpentina de palotes, diana de las flechitas de culo peludo, bazar de muñequitas, de bolsitas de celofán con caramelos rancios, Buffalo Bill melenudo blandiendo un «Colt» de purpurina, perseguidor de pieles rojas mil veces repetidos en la cenefa del retablo pintado de añil.

—¿Sabéis vosotros lo que siente un hombre cuando muere? —pregunta Toto—. Debe ser algo así —continúa— como cerrar los ojos cuando duermes para no pensar ya más en nada.

—En Francia hay más de cien accidentes de carretera cada día —tercia Eugenio—. Son cosas que tienen que pasar. No hay que tomarlo demasiado en consideración.

—¿Creéis que lo enterrarán aquí? —vuelve a preguntar Toto.

—Puede —dice Antonio—. No creo que ese pelao tenga para costearse un traslado, siendo como dicen que es un murguista. Lo meterán en la fosa común. Habiéndole correspondido el accidente a este juzgado, lo mismo le corresponde el entierro.

Nadie dispara en el primer tenderete. Las escopetas de aire comprimido están vacantes en el armero. La chica que, tras el mostrador, atiende la barraca permanece acodada sobre él, flamígera su mata de pelo rojizo bajo los tubos fluorescentes.

—Vida. Una escopeta a modo —pide Eugenio. La persigue con la mirada mientras la chica toma la escopeta del armero. Se excita con los senos en punta bajo el jersey de algodón—. ¡Machos, yo horrores! ¿Qué me decís?

—Que sí, hombre, que sí. Lo que ella diga, ¿verdad, prenda? — contesta Antonio.

—De guasa nada, eh —dice la muchacha—. ¿Vais a tirar o no?

—Vamos a tirar los tres con una sola escopeta; para que no se preste a engaños. Voy a demostrarle a estos mataos —señala a Toto y Antonio— cómo sé darle gusto al dedo —dice Eugenio.

—Aquí tenéis —dice la chica mientras deja caer los plomillos sobre la cazoletilla de lata incrustada en el mostrador—. Pero no me vayáis a hacer una faena. A ver si me chafáis las botellas y me destrozáis las muñecas a tiros con el cachondeo...

Cuando abandonan el tenderete lleva cada uno una docena de caramelos envueltos en celofán.

—En París, una tarde, hice diana diecisiete veces seguidas, y cada vez que hacía blanco, una «foto».

—Ya está bien la cosa por hoy, ¿no? —dice Antonio—. Cada mochuelo a su olivo. Estoy que no puedo más, en serio. Estoy que no puedo tirar de mi alma: igual que si me hubieran dado una paliza.

—Blando eres tú —se burla Eugenio—. Vamos a tener que darle la razón a éste y pensar que tienes menos redaños que una hembra. ¡Ya verás lo que es bueno si es que vienes a Francia! ¡Que cobrarás más billetes que aquí porque esto es un país de hambre y de miseria, no lo dudes! Pero que no vayas a creer que vas a estar con los brazos cruzados. De eso nada, rico. Al que trabaja lo explotan en todas partes. Tendrás que ganarte el dinero a pulso. Si por una tarde que estás de cancaneeo sin doblarla y dándole al vaso y contento al lado de los amigos resulta que no te tienes en pie, no sé qué te pasará cuando te hagan cargar con una pieza a modo de un lado a otro de la nave. Pasa que hay que tenerlos muy bien puestos y tirar p'alante si quiere uno abrirse camino en la vida.

—Tú sabes que si me llevaras, si me sacaras de aquí, no te arrepentirías...

—No tengas cuidado que te lleva —tercia Toto—. Que te lo he dicho esta tarde y te lo volveré a repetir. Te lleva o antes de que pasen dos días tiene que coger el tren por no oírte.

—Lo que hago si queréis es que os invito al cine —dice Eugenio cambiando de tema—. Y, si tenéis hambre, un tentempié con unas anchoas os puedo dar.

Ni Toto ni Antonio contestan. Caminan los tres de regreso subiendo la larga cuesta que separa el prado comunal del pueblo. El reloj de la torre da la campanada de una media.

—Si os decidís tiene que ser rápido —insiste Eugenio— porque la segunda sesión está ya a punto de empezar. A ti lo que te pasa — señala a Toto— es que estás cabreado por lo de esta tarde y crees que la Mariquita va a tomar en consideración que hicieras el gamberro como lo has hecho. Eso es lo que te pasa. Se ve que conoces mal a las mujeres, que lo que les gusta es eso, el castigo.

—Lo que le pasa —Antonio habla lentamente— es que lo mismo él que yo, cuando lleguemos al tajo mañana, nos dan la boleta, ¿comprendes? Nos ponen de patitas en la calle. Y esta vez no es porque les falte motivos, que no soy yo falto de razón para comprender que por muy cabrón que sea el contratista no tiene esta mano razón. No sólo hemos perdido media peonada sino que hemos estado luciéndonos y nos ha visto todo el pueblo borrachos. Tú vete pensando que a mí por lo menos me tienes que llevar cuando te vayas, porque lo que es mañana no pienses que me van a dejar seguir con el encofrado.

—Lo que de verdad puedo yo hacer, y os lo he dicho, es invitaros al cine para que se os quite la tristeza. Mañana será otro día y de todo se hablará cuando llegue la hora. Ahora que si no queréis no insisto, os dejo y me voy solano a darme un garbeo para ver a la damisela de las escopetas y le apunto el cante a ver si no me sale por peteneras. ¿Os fijasteis en los limones que tiene la moza?

—Lo que siente un hombre cuando muere es lo que quisiera yo saber —dice Toto de pronto—. Lo que siente un hombre cuando muere.

* * *

La luz del carburo ilumina agria y azul la entrada de la choza. En la noche pura y cerrada la luz es como una canción sobre los alcores solitarios.

La luna no rebrilla ya sobre la vía férrea, y en la peña los cuervos y los grajos han silenciado ya su serenata de graznidos.

De tarde en tarde, llega a la chamiza el ladrido angustioso de los perros cortijeros y el canto de los grillos sobre las tomateras, más arriba del melonar. El niño duerme colgado de la viga sobre la cestilla de esparto. La brisa mueve a veces la llama azul y el aire trae el regusto picante y salado de la marisma lejana.

Rosarito, sentada sobre el banquito de madera a la puerta de la casa, se adormece despacio. Como todas las noches, llegan hasta la choza murmullos de los cuatro puntos cardinales que le ayudan a coger el sueño; el silbo del tren que sube los alcores, el galope de un caballo en celo en la dehesa que se abre al fondo de la peña, la música lejana de las barracas, el altavoz del cinematógrafo, los pasos de algún hombre que se acerca a la querencia del amor prohibido.

Rosarito abre de pronto los ojos a pesar de no haber oído ningún ruido extraño. Es imposible ver, pero es fácil escuchar a quien se acerque a la choza.

La rastrojera cruje y Rosarito toma la luz de carburo y la apaga de un soplo. Ha de esperar a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad total. Poco a poco va presintiendo los contornos difuminados de las cosas: el olivar, el haza de los melones y de los tomates, la cantera con sus malecones blanquecinos, las luces del pueblo y la mancha encalada del caserío, el cañizal sobre el barbecho que

atraviesa un hombre despacio, desorientado, un hombre que, al parecer, no conoce el camino y que se guiaba por la luz recién apagada.

Rosarito no conoce el miedo. Nunca ha sentido miedo de vivir en el campo, media legua alejada del pueblo. Nunca la ha estremecido el susto en las largas noches cerradas del invierno con lluvia y con tormenta, ni en las asfixiantes del largo verano, ni en las templadas de la primavera cuando los hombres, tras la jornada de trabajo, caminan hasta la choza con el corazón escapándosele por la boca. Sin embargo, algo le dice que se acerca lo desconocido y sus pupilas se dilatan más de ansiedad que de miedo, igual que los cervatillos en el bosque con las pisadas del cazador.

El hombre con el que ha pasado la tarde hace ya casi cuatro horas que saliera de la choza. No puede ser, pues, el mismo hombre que vuelve de nuevo a la querencia. Tampoco parece ser otro hombre cualquiera del lugar, ni la pareja de la Guardia Civil, ni siquiera un mendigo, porque ella conoce las pisadas de los hombres del pueblo que andan firmes y duros arrastrando los pies y la de los botos camineros de la Civil, y las pisadas leves y medrosas de los vagabundos que, a veces, se acercan a la choza a pedir un poco de agua.

Es como si de pronto se le abrieran los ojos, como si se hubiera hecho de golpe y porrazo de día, como si empezara a amanecer. Agazapada en la esquina de la choza ve ya claramente cada árbol, cada piedra, cada mata de hierba y también la figura alta, desgarrada, confusa del hombre que se acerca con una botella en la mano. Su paso es torpe, pero, sin embargo, sus zancadas son largas como las de las cigüeñas cuando bajan a tomar un manojo de gavillas y se enseñorean despacio por el cañizal. El hombre, desorientado sin la luz, da una y otra vuelta por el barbecho sin saber exactamente dónde está la choza que unos minutos antes iluminaba la llama azul. Luego, el hombre, toma un trago de la botella y la arroja lejos. El vidrio suena hueco, como un latigazo en la segada barbechera de maíz. Más tarde el hombre tararea una canción mientras camina dando tumbos sin ton ni son a un lado y otro.

A ella le es difícil coger la letra de la canción. Las palabras que canta el hombre se enredan las unas con las otras; son como pequeños gritos guturales que se le agarran a la garganta y salen sibilantes y gangosos de la boca. Rosario sigue todos sus movimientos: primero el hombre alcanza la línea del cañizal y tuerce a la izquierda; después parece buscar el caminito entre el barbecho y la linde que serpentea, y allí queda parado en mitad de la tierra sin dejar de cantar su extraña canción. De nuevo vuelve a cruzar al otro lado.

Vuelve a sentir miedo. Nadie hasta ahora la ha molestado y siente temor de que un desconocido se acerque de noche a buscarla con paso largo de ave zancuda, de ave noctámbula y rapaz y con una canción en los labios cuya letra no logra entender.

El cielo está cargado, angustiosamente cargado de nubarras pardas que presagian un aguacero de verano, una tormenta fugaz.

Cuando se sentó a la puerta de la choza tuvo que echarse por los hombros y los brazos el mantoncillo negro de algodón porque tiritaba. Sin embargo, el hombre que cruza el barbecho llega en mangas de camisa: de una blanca camisa que es una mancha insultante sobre el cañizal segado.

Durante un solo momento que ha dejado de mirar hacia el barbecho el hombre parece haber desaparecido de la escena. Lo busca por toda la línea de la linde, por el serpenteante caminito que llega a la choza. Luego da la vuelta a la casa por si el hombre ha logrado dar con el camino trasero. Cuando regresa lo vuelve de nuevo a ver, tendido a unos metros escasos de la puerta de entrada revolcándose como un animal por la hierba con las manos en el estómago. El ruido que producen sus arcadas es tan fuerte que llegan a despertar al niño, que llora dentro de la choza.

Por un instante queda indecisa sin saber lo que hacer. No se atreve a entrar en la choza porque a pesar de saber ya que el hombre está borracho y se revuelca arrojando el alcohol, siente miedo de que el hombre se levante de pronto y entre en la choza mientras ella tiene el niño en brazos.

No lo piensa más. Da un paso y otro y se adelanta hasta el caminito de entrada. El hombre yace boca abajo, casi inconsciente. De vez en cuando articula cortadas palabras en un lenguaje que ella no conoce. Es ahora cuando vuelve a la choza y tomando un jarro de aluminio lo llena de agua. El niño ha dejado ya de llorar y duerme plácidamente. Vuelve a salir de la choza, se llega hasta el hombre y le arroja el jarro de agua a la cara. El hombre se incorpora lentamente, apoyándose en los hombros de Rosarito, y Rosarito camina hacia su casa con el hombre tambaleante, agarrado a su cuello como una sanguijuela.

A la luz del carburo que vuelve a encender, Rosarito reconoce la cara del hombre, la mandíbula cuadrada y el pelo cortado al cepillo del hombre, y el gesto del hombre, el mismo al que ha visto poner todas las tardes —cuando alguna vez ella ha bajado al pueblo—, alineadas, media docena de botellas de cerveza junto a una de coñac, sobre el mostrador de la taberna de Florencio.

Hace entrar al hombre en la choza y lo acuesta en su camastro. Antes le quita los zapatos y le desabrocha la camisa. El hombre se pone enseguida a roncar sin decir ni una sola palabra.

Rosarito sale de nuevo al porche con su hijo en brazos después de dejar encajada la puerta de la choza. El niño se despierta y Rosarito, acurrucada en el portal, con el olor agrio de la vomitina y el alcohol que llega de dentro, piensa que tendrá que pasar la noche al relente. Arroja al niño con su mantón, lo aprieta contra su regazo, sentada en el banquito de madera de olivo, y canta muy bajito:

Ferrocarril, camino llano.

En el vapor se va mi hermano.

Se va mi hermano, se va mi amor.

El aire trae olor a tierra mojada y a pulpa de melón, a estiércol y a otoño.

* * *

El registro se lleva a cabo en mitad de la rotonda del Juzgado para que el secretario pueda tomar nota de los objetos de uso personal y de la documentación del muerto. Así que Juan, el enterrador, sube a la batea de la camioneta, levanta la lona, y va dejando resbalar el cuerpo de Garabito hasta que las piernas quedan apoyadas sobre el ángulo que forman la tablazón de la caja con las guardas de hierro.

—Es mejor así. Más tranquilo me quedo —dice el enterrador—. Que luego, en la piedra, lo que pueda pasar hasta mañana no se sabe. A mí ya, de reclamaciones naranjas...

—Quedando tú como te vas a quedar de custodia, no sé qué es lo que podía pasar —dice el secretario.

—Precisamente por eso, mire. No quiero tener discos. Lo más importante es tener la conciencia tranquila y que no desconfíen de uno —va sacando los objetos que Garabito tiene en el bolsillo y se los va entregando al secretario—. Acuérdense, acuérdense de la última vez que tuvimos un atestado.

Uno de los Guardias Civiles ilumina con el haz de luz de su linterna la batea del camión. Los urbanos mantienen a distancia a la multitud apiñada junto a los arriates de la plaza del General Franco. El secretario va depositando los objetos que el enterrador saca del bolsillo, sobre un papel de periódico. Cuando Juan el enterrador palpa la bolsa de tela cosida a la blusilla caqui y da un tirón para desgarrarla, Pilete abre los labios para protestar, pero guarda silencio. El dinero que contiene la bolsa le pertenece en su mitad. A partir de ahora, mejor dicho, por entero, que ni Esperanza la Cata con la que el difunto vivía, ni nadie, puede ya reclamar nada. Para hacerlo necesitaría ser su mujer ante la ley y Garabito se divorció de la suya por el treinta y dos, cuando podía hacerse. Pilete lo sabe. Se lo contó una tarde, antes de tocar retreta, en el patio de la prisión. Le dio detalles. Le dijo cómo Eduvigis Solís Cruz, de la que no había vuelto a saber, le pajareó la boda, y cómo a los cuarenta días de casados voló para regresar al cabo de los años para pedirle el divorcio al que él accedió porque Eduvigis le untó bien

untado a cambio de firmar los papeles y dejarla libre para siempre. Mal puede ya reclamar. Ni el cadáver. Aunque estuviera allí mismo y no como le dijo Garabito que está, al otro lado del mar, en el Brasil de las Américas.

Cuando Juan el enterrador estima que ningún objeto queda ya sobre el cuerpo de Garabito, da un salto desde la caja de la camioneta, después de volver a tapar al difunto con la lona. Luego sigue los pasos del secretario que entra en el Juzgado seguido de la pareja de Civiles y de Pilete.

Algunos chicos, que han logrado burlar la vigilancia de los urbanos, cruzan la rotonda y tocan el guardabarros de la camioneta de Chico Mingo, y uno de ellos hasta se atreve a encaramarse sobre las ruedas traseras para mirar dentro de la caja. Los hombres van disgregándose ya tras les arriates para volver a la puerta de la taberna de Florencio o a su butaca de mimbre a la puerta del casino.

Sobre la mesa del Juzgado, junto a la escribanía de alpaca, quedan las papeletas del Monte de Piedad por dos tresillos panaderos y un reloj pulsera PLAQUÉ OR, G, 10. M. M., trescientas sesenta pesetas en billetes y treinta y dos en calderilla —halladas en la faltriquera—, y dos certificaciones de libertad provisional y una de buena conducta de la prisión de Sevilla a nombre de Germán García Reina, alias Garabito, de sesenta y cuatro años de edad, de estado civil en blanco y de profesión en blanco, y una licencia municipal de músico ambulante, y el descargo de dos penas preventivas, sobre papel amarillo copia, por la Ley de Vagos y Maleantes, y el sello del registro sobre la antefirma del alcalde, y un pañuelo sucio, y un mechero de yesca y medio paquete de tabaco de picadura, y un librito de papel de fumar, y una bola de cristal azul de una antigua botella de gaseosa...

Se acuerda entre el Juez de Paz y el secretario que el dinero hallado costeará la caja y el cura, con lo que el Ayuntamiento se verá libre de la carga, que por la Ley le corresponde, de hacer frente con los fondos propios al enterramiento.

Así que ya, con todas las diligencias cubiertas, unido al primer atestado de la Guardia Civil y «otro sí digo», y «otro sí digo» más de Pilete como testigo y del conductor del automóvil de turismo que resulta llamarse Mariano Lara Auriol de Casablanca, de nacionalidad francesa, y, «otro sí digo más», casado y de treinta y cinco años, se da por terminada la encuesta.

Se incluyen en el atestado setenta y dos horas de prisión —que no se cumplirán ante la fuerza mayor de no haberla adecuada en el lugar— y se autoriza al procesado, en unión de su familia, a pasar la noche en la fonda. Dándose fin al sumario, firmado y rubricado y listo para su envío al Juzgado de Instrucción que corresponda.

En la plaza, Chico Mingo pulsa el contacto de la camioneta, y, con Juan el enterrador sustituyendo a Pilete de pie junto a la cabina, sale camino del cementerio para dejar el cadáver de Garabito en la piedra, tras la tapia encalada del corral de la muerte.

El manubrio queda en la rotonda del Juzgado, apoyado sobre el pedestal de la estatua ecuestre del General Franco, con las ruedas quebradas y rozando los podados cipreses del jardincillo que rodea el monumento, y allí continuará un día y otro, al relente y al sol, al haberse convenido que, por ser de alquiler y haber sufrido desperfectos en el accidente, se oficiará por el Juzgado de Paz a la casa arrendadora para su recogida, tras haber sido ya anotado el número de su matrícula y el nombre de la casa que lo construyera, tomado nota de la placa de metal —Luis Casal, Sucesor de Pombla y Cía, Barcelona— y advirtiendo asimismo que los daños ocasionados serán abonados por la parte culpable resultante en el procedimiento recién incoado, etcétera.

La pareja de la Guardia Civil, con los fusiles colgados del hombro, atraviesan la plaza y saludan con la mano a Pilete, sentado sobre el bordillo del acerado, que ni siquiera los ve tomar la línea de la calle camino de su acuartelamiento. El automóvil de turismo también se ha puesto en marcha con un guardia urbano subido sobre uno de los estribos que guiará al procesado y a su familia hasta la fonda.

La plaza ha quedado desierta y sólo un par de chicos juegan cerca del manubrio sin atreverse a tocarlo enviando a Pilete y a uno de los urbanos que ha quedado en la puerta del Juzgado de Paz, fumando, expulsando lentamente bocanadas de humo en mitad del rectángulo de luz de la ventana tras la cual el Juez y el secretario discuten ya de sus cosas: de los precios que han tomado las borregas y el ganado vacuno en toda la zona del Aljarafe, y del peso que ganarán las aceitunas de verdeo si, como al parecer, durante todo el verano se mantiene la blandura nocturna y alivia el resquemor de las terronerías polvorientas algún que otro chubasco aislado.

Pilete queda todavía un rato sentado sobre el bordillo con las manos hundidas en la cara. Luego, se levanta, camina hasta el manubrio y acaricia suavemente la empuñadura de la vara y la correa de cuero reseco que ayuda al tiro, y pasa un dedo por la brecha abierta sobre la tela y sobre las tachuelas doradas que adornan los costados formando arabescos de florecillas y de estrellas. Más tarde echa a andar despacio, poniendo mucha saliva al papel de fumar cuando lía el pitillo de tabaco de Garabito —que es lo único que el Juez ha autorizado se le entregue, junto con el mechero de yesca—. Sus cabellos, despeinados, se iluminan con la llamarada roja del chispero al encender el cigarro que se abre como una flor y llena de puntos azules de candela la pechera de su blusa mugrienta.

Dejándose llevar por donde las piernas le quieran llevar, como un animal herido, sube la leve cuesta de la rotonda para tomar la costanilla. Todavía mira un par de veces hacia atrás para dejar los ojos fijos en el manubrio, al que ya los niños se han atrevido a acercarse sin que el guardia urbano se tome el trabajo de llamarles la atención. Luego continúa andando con las manos dentro de los bolsillos del pantalón, despacio, con los ojos entornados, sin pensar siquiera cuál será el camino que tomará, sin meditar en el sitio donde pasará la noche y si le ofrecerán siquiera un pedazo de pan para matar el gusanillo que ya empieza a cosquillearle el estómago.

Y así continúa andando, abstraído, ausente, como si no hubiera pasado nada, como si el día hubiera transcurrido sin novedad. Y a medida que avanza calle arriba, cada vez más a prisa, le parece oír

la voz de Garabito, jerárquica y marchosa: «Jala, chaval, que nos coge el torete, que dentro de media hora no hay Dios que dé un paso cuesta arriba».

Ni siquiera advierte que al desembocar en la calle Real, donde a la puerta del casino fuman y charlan los socios, al lado casi de donde trabajan los hombres en las regolas de sol a sol, tiene los ojos llenos de lágrimas.

* * *

—Antes del alba pienso estar en la puerta de la taberna —dice Pedro el de Nieve—. El que me quiera seguir que me siga. No es que vaya a tirar por aquí ni por allá, es que voy. Sabéis que siempre que he dicho blanco ha sido blanco.

La mujer de Pedro ha sacado a la puerta de la casa tres banquetas de madera. Los recién llegados están sentados frente a Pedro y guardan silencio mientras Pedro habla, y cuando Pedro les pregunta su opinión, los hombres continúan callados.

Uno de los hombres se decide a mover los labios en el momento en que Pedro pregunta ya abiertamente:

—¿Tú, Romero, y tú, Cantalejos, estaréis conmigo, no? Y tú también, Matías. Tú sabes también que es la única solución llegar y ponernos en la puerta de los Sindicatos con los brazos cruzados sin decir nada. Veinte, treinta, cuarenta hombres sin decir nada. ¡Bien sabrán ellos por qué estamos allí!

De dentro de la casa llega el llanto de los niños que no quieren acostarse todavía. Sobre la explanada amarilla del arrabal, las luces de las casas excavadas en la misma tierra proyectan una luz triste de fuego fatuo. Una mujer grita, tres cuevas más arriba. La mujer de Pedro se asoma a la puerta con uno de sus hijos en brazos:

—Es la Amparo —dice—. Ya está otra vez dale que te dale, como si el pobre de Daniel tuviera la culpa de nada. Como si no hubiéramos en el pueblo doscientas mujeres que estamos en el mismo

plan. Como si fuera una deshonra ser pobre y cenar pan con aceite y ajo...

Pedro hace un gesto con la mano para que su mujer entre en la casa:

—Entra —dice— y déjate de chismes cuando están hablando los hombres.

—Todos sois iguales —dice la mujer de Pedro al entrar—. No hay ninguno que se salve. Todos estáis cortados por la misma tijera.

Matías rasca el forro de su chaqueta de dril y saca del bolsillo una briznas de tabaco. Cantalejos le ofrece un papel de fumar.

—Es una pila —dice Matías—, pero qué le vamos a hacer. Poco es, pero es del estanco. He prometido no fumar ya más tabaquera. ¡Cochina tabaquera que me va a hacer polvo los pulmones!

Pedro inicia un tic nervioso con las rodillas:

—Decidme en qué vamos a quedar entonces. Si habéis venido habrá sido por algo... ¿Pensáis ir o no?

—Pedro —contesta Romero—. Nos conocemos de toda la vida para andarnos con engaños. Aquí estos —señala a los hombres— han venido conmigo esta noche para no hacerte el feo. Yo di palabra que venía y ellos han venido por acompañarme.

—¿Qué quieres decir? ¡Qué feo ni qué historias!

—Lo mismo que tú piensas, Pedro, lo que sabes tan bien como nosotros y no eres capaz de confesarte: que no hay nada que hacer, que nadie, empezando por nosotros, estará al alba en la taberna, que todo eso es un sueño; que delante tuyo todos dicen que si por no llevarte la contraria, pero luego, cuando te vas, toman tus cosas a chacota. Yo te digo que la toman porque es para tomarla, porque tengo más edad que tú y me conozco de memoria la vereda. No es ese el camino y tú lo sabes. Tú sabes que no hay nada que hacer, que incluso lo que lucieron esta mañana el de María la Bujarra y los otros, no sirve para nada. Ganas de sacar las cosas de su sitio y

emberrechinar al bicho más emberrechinado todavía que está. El verano es corto y se tira con cualquier cosa. Ninguno de nosotros, además, somos los más indicados para quejarnos, porque tenemos un oficio muy bonito y no va a tardar más de un mes que abran de nuevo la tonelería. Por otro lado, las mujeres, en cuanto comience la exportación, irán a trabajar al almacén. Por todo eso hemos venido éstos y yo, para quitarte la idea de la cabeza.

Pedro escucha en silencio con las manos sobre las mejillas. Se muerde luego los nudillos.

—Qué vida —dice—. Cobardes tú y todos. Tú también, Matías, y tú, Cantalejos. Yo también el primero por fiarme de vosotros. Todos sabéis que tenemos razón y que debiéramos ir, pero no vamos, no, no vamos. Pensáis que estoy loco.

—La vida me ha enseñado a caminar ya más parao —contesta Romero sin inmutarse—. He sufrido más que tú y he luchado más que tú, pero me he cansado, Pedro. Estoy ya cansado de soñar y dejo pasar los días por tal de seguir viviendo, aunque mi vida sea una vida que no merezca ser vivida. Antes de que nos demos cuenta estará encima el verdeo. Para el verdeo las cosas se pondrán mejores, que peores no se ponen ningún año. Se paga entonces lo que se debe. En la tienda nueva y en la de Raimundo están dispuestos a seguir fiándonos. Por otro lado, Alejandro el panadero no nos niega el pan. Sabéis que no nos lo niega.

—No, si matarnos de hambre no nos van a matar —dice Pedro levantándose—. Matarnos de hambre del todo no nos matan. ¿Quiénes iban a cogerles las aceitunas? Dime, Matías, y tú, Cantalejos. ¿Quiénes iban a ararles la barbechera del otoño? Matarnos de hambre del todo no nos matan. Tenemos que seguir viviendo y morir poco a poco. Un año diez y otro quince, y nuestros hijos ocuparán nuestros puestos. Y los hijos de ellos les seguirán fiando a nuestros hijos el pan y el aceite, y nuestros hijos tampoco morirán. Poco a poco, cuando los encuentren desfallecidos, les echarán un buen mendrugo para que tengan fuerza suficiente para cargar con la canga —la voz de Pedro se hace bronca, dura, terrible, una voz antigua que parece salir de la tierra, del principio de los tiem-

pos—. No iréis conmigo, ya sé que no iréis, pero os digo que ése es el único camino. Y yo os juro por mis muertos y por los padres de mis muertos y por los padres de los padres de mis muertos, que ése y no otro es el único camino para empezar. El único camino.

Los hombres van estrechando uno a uno la mano de Pedro que, con los ojos bajos, no quiere siquiera mirarlos. Los hombres se despiden con el mismo aire triste de un funeral, como si le estuvieran dando la cabezada por la muerte de un hijo. Romero se acerca a Pedro el último y, mientras le estrecha la mano, le aprieta un brazo hasta lastimárselo:

—No me vayas a hacer locuras, Pedrito —le dice—. No me vayas a ir a ningún lado. Son malos los aires que corren. Son malos los vientos, que te lo digo yo que tengo más edad que tú y más experiencia de la vida. Tienes mujer e hijos. Algún día podremos hacer eso, pero no ahora. Nos falta unión y eso es lo primero que tenemos que conseguir. ¿Crees que soy de goma? Soy hombre de carne y huesos como tú. Más hombre que tú si cabe, porque cuando fue necesario hacer de verdad algo lo hice y tú lo sabes. Ninguno de nosotros es un muñeco, pero tenemos que parecerlo. ¿Comprendes? Puede que incluso que algunos días lo seamos de verdad a fuerza de disimularlo, no te lo niego; pero matar el gusanillo no han podido. El gusanillo no muere. Se podrá quedar dormido algún tiempo, como los galápagos en las pozas, pero el gusanillo no muere.

Pedro contempla cómo los hombres atraviesan ya la explanada. Luego entra en su casa —en su pobre, mísera y triste casa excavada en la tierra—. Los niños se han quedado dormidos y la mujer empieza a desnudarse. Pedro se echa vestido sobre el jergón. La mujer suspira y Pedro, por un momento, siente el deseo de quitarse la camisa y acercarse a la mujer; pero no se mueve, entorna los ojos y se queda mirando, a través de la puerta abierta, la explanada amarilla.

—Mañana iré —dice muy bajito—. Antes del alba iré. Me pondré con los brazos cruzados en la puerta y creerán que me he vuelto loco, pero iré. Iré. Es necesario que vaya.

Eugenio y Antonio —los felices viajeros de la Francia— le han acompañado hasta el transformador, a mitad de camino entre la Colonia y el cementerio. Tanto remachó el clavo con sus súplicas Antonio que Eugenio terminó por pararse en mitad de la carretera y estrecharle la mano después de ofrecerse a prestarle el dinero del viaje.

Ahora Toto, ya solo, siente ganas de llegar y a la vez de quedar petrificado en mitad de camino por tal de no seguir andando hasta su casa de la viña.

Eugenio y Antonio al norte ya; más lejos de Córdoba donde él estuvo de soldado y hasta más lejos de Madrid, dice Eugenio y será verdad.

Mientras camina y toma la vereda polvorienta que lleva hasta la viña piensa en el largo viaje de sus amigos. Todavía le queda un rato de camino para llegar al sombrero donde duerme en verano con su padre desde la guerra, desde que recuerda que vive y que le dan miedo los muertos y que siente la calor y el frío. Porque él no irá a ningún lado. No pasará jamás del último olivar, no marchará siquiera donde la Mariquita que el día menos pensado bajará a la ciudad a servir, o a lo que sea, para no volver nunca.

La modorra borracha, que aún se le espesa bajo los párpados, le da ánimos para caminar más a prisa, buscando tenderse cuanto antes en el sombrero junto a su padre que, con el chuzo, guarda en duermevela los racimos, los rubios pámpanos.

Al pasar junto al cementerio sabe que le vendrán a los ojos la punta de los cipreses y los nichos blanqueados, y los tejadillos de hojalata y las lápidas del cementerio orladas de Vírgenes dolorosas y las luces de los farolillos de aceite pintados de purpurina.

No le da miedo la muerte bajo tierra, la muerte horizontal, en su sitio, bien cubierta de terrones. Miedo sólo para la muerte suelta,

para la muerte al relente, para la muerte dejada de la mano, para la muerte sobre la piedra de la autopsia. Porque para imaginar en la piedra a Garabito no necesita haberle visto. Le basta la loneta que asomaba a la batea de la camioneta de Chico Mingo y la mancha de sombra de cuerpo bajo las bisagras del cierre del camión.

Sabe que nunca irá a ningún lado. Sabe que seguirá cada verano la misma senda que ahora atraviesa, con el miedo clavándosele como una aguja en la garganta, mientras su padre siga siendo el guarda de las viñas del alcalde. Sabe que dormirá una noche y otra panza a las estrellas durante el estío, y en el invierno en la casa del pueblo, en su pequeña casa del pueblo, en la cama compartida con los hermanos pequeños, frente a la otra cama en el mismo cuarto donde duermen las hermanas mozas, por lo que muchas noches tiene que cerrar los ojos. Sabe que seguirá con el piochín; porque ellos pueden irse, pero él no se irá nunca a Francia ni a ningún otro sitio. Él continuará, mientras haya trabajo, para echar una mano, siendo una ayuda para los viejos, y, en no habiéndolo como pasa casi siempre, una carga.

Y mientras no se mueran los padres o se case o se «rebuje» o lo que sea; mientras no tenga mujer cada noche, se seguirá dejando caer, cada vez que reúna un puñado de pesetas, por la choza de Rosarito.

Y una semana con otra que le vengan bien las cosas: para el verdeo o la recolección —piensa, siempre le pasa lo mismo y nunca ve cumplidas sus ilusiones—, bajará a la ciudad para meterse por donde él sabe.

Al terminar de andar la senda, se da de cara con el camino estrecho que separa las cepas, y entra en él casi a tientas y lo sigue, y le tiembla el corazón con la querencia de los ojos que enfilan sin querer el tapial del cementerio que es como un cuajaron blanco y lechoso contra el negro que todo lo rodea.

Y sube por la escalerilla del sombrajo y lo primero que hace es empinarse el cántaro de agua fresca porque le arde el estómago, y

despertar a su padre, que da una vuelta sobre el heno y sin abrir los ojos vuelve enseguida a quedarse dormido.

Le cuesta trabajo coger el sueño con la querencia del muerto a dos pasos, treinta metros lo más sobre la piedra de la autopsia, bajo el cobertizo.

El recuerdo de la Mariquita acaba tranquilizándolo, y, soñando con ella, piensa cosas que nunca le pasaron, ni nunca le han de pasar, cosas que no tienen ni pies ni cabeza, y es feliz.

La música que brota de los tenderetes enerva las trenzas de las niñas y confunde la puntería de los que —a la salida de la segunda sesión del cinematógrafo— disparan las flechitas de colores sobre las serpentinas sujetas con chinchetas en la barraca con dibujos de Walt Disney.

El frescachón, preludio de la borrasca, le desclava los alfileres de la cabeza. Sus alpargatas no silencian ya los pasos mientras baja lentamente por la calle en pendiente que llega al Prado Comunal.

Es mucho el vozarrón que sube tonante de los altavoces por la pendiente que prologa la sierra.

Arriba la luz roja y abajo la luz verde. Luego en torbellino, cuando sus ojos se cansan de mirar la noria, las dos luces se confunden, se emparejan y describen un aro de fuego que le hiere el fondo de las pupilas.

La fiebre de su atardecer tísico ha descendido de un golpe. El pulso le late despacio en las sienes y en las muñecas. Sólo al extremo de los dedos parece llegar el latido de su corazón.

Habría que echarle una jareta al camino, habría que cogerle un respunte a la cuesta para que las barracas de almagra y añil y el trasfondo de los caballos frisonos cabalgando el asfalto a la salida de Valdehigueras, le abrieran la andadura.

Camina despacio y no contesta siquiera al saludo de los que vuelven del Prado. Paso a paso, con la música dentro de la garganta y del corazón y la botella de aceite en la mano, busca con los ojos turbios el farol que guiña los últimos destellos de su luz granate y empieza a adelgazar por falta de combustible. De tarde en tarde, el gatillazo de la tos, y en la boca el dulzor espeso de la sangre antes del salivazo.

Se siente por fin dichoso al alcanzar el caballete: la puente de frisa tendida de uno a otro lado de la carretera, de un lado a otro del camino.

En el momento mismo en que empina la botella para llenar de aceite la alcucilla, tras haber corrido el cerrojo y hurgado con los dedos en el pabilo, comienza el desgarró. Truena el muro alto y negro del cielo, y todo él se llena de chispas azules y rojas, y los ribazos de la sierra desdoblan enseguida el trueno, y una y otra vez truena y una y otra vez se desdobla.

De pronto, las luminarias del carrusel se detienen y cada barquichuela en forma de cisne de la noria vuelve a tomar su color, y la música baja de volumen y la gente empieza a correr por la cuesta arriba o a refugiarse bajo las lonas listadas de las barracas.

Los goterones de lluvia le empapan la camisa y resbalan luego hasta la pretina del pantalón. El viento repiquetea sobre las paredes rojas del faro piloto que de nuevo ha vuelto a brillar.

Queda sólo cerrar el pestillo, y lo intenta una y otra vez sin conseguirlo, porque sus manos empiezan de pronto a temblar.

Y termina desesperándose y deja el farol abierto, por lo que un soplo de aire vuelve enseguida a apagarlo. Respira entonces hondo y se sienta en la parte más baja de la cruceta mientras los goterones prosiguen cayendo gordos y escandalosos. Su tos se confunde con el eco de los truenos.

Y allí continúa sentado, sin fuerza ya para moverse, ovillado, convulso bajo la lluvia, dando diente con diente mientras las culebrinas y los latiguillos desgarran la noche, agonizando sin saberlo mientras piensa en la ropa que su madre ha dejado puesta a secar en los tendederos de la corraleda y que la lluvia, la dulce y bienhechora lluvia que engordará la aceituna, manchará de salpicaduras de barro.

